
HARLEQUIN
Bianca
TRES HERMANAS
LYNNE
GRAHAM
EL DUEÑO DE MI CORAZÓN



EL DUEÑO DE MI CORAZÓN

LYNNE GRAHAM



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El dueño de mi corazón, n.º 142 - julio 2018
Título original: Sold for the Greek's Heir
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-690-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

JAX Antonakos, una vez en el box, se bajó del coche con la adrenalina recorriéndole todavía las venas por la emoción de la carrera. Solo había sido una carrera de exhibición por un motivo benéfico, se recordó a sí mismo mientras lo rodeaba una multitud ruidosa.

Se quitó el casco y dejó al descubierto el pelo moreno y despeinado y unos ojos tan verdes como esmeraldas. Se oyó el habitual murmullo de las mujeres, los fotógrafos dispararon sus cámaras, los periodistas le hicieron preguntas y las mujeres hermosas intentaron acercarse a él, pero todo eso era lo normal en el mundo que vivía.

No obstante, no hizo caso y fue a saludar al ganador de la carrera y vigente campeón del mundo.

–¡Me lo has puesto difícil para llevar tantos años sin pilotar! –reconoció Dirk–. A lo mejor deberías seguir corriendo y dejar de hacer cuentas detrás de una mesa.

–Ni hablar, Jax es un genio de los negocios –intervino una morena mientras lo rodeaba con los brazos antes de que él pudiera hacer algo–. Gracias por participar en el último momento cuando me falló Stefan. Ya sabes cuánto te lo agradezco…

–Kat…

Jax frunció el ceño cuando se dio cuenta de que, probablemente, los habrían fotografiado como a una pareja, pero no eran una pareja por mucho que la prensa y sus familias quisieran que lo fuesen solo porque eran jóvenes y muy ricos y estaban solteros.

Se apartó de ella con una sonrisa. Kat le caía bien, siempre le había caído bien, pero su padre iba a llevarse una desilusión si todavía esperaba que se casaran para que así se unieran sus inmensos imperios empresariales. Desgraciadamente, las fotos solo conseguirían que se hiciera falsas esperanzas.

–Vamos a beber algo –Kat lo agarró de la cintura–. Te agradezco de verdad que hayas venido aunque te lo dijera con tan poca

antelación.

–Era por una buena causa y eres una amiga…

–Una amiga que podría ser algo más –susurró Kat.

–Me he divertido con la carrera –comentó Jax para pasar por alto lo que le había dicho ella.

Al fin y al cabo, no había una manera amable de decirle por qué estaba perdiendo el tiempo al perseguirle y sería una hipocresía decírselo con la fama de mujeriego que tenía. Todavía recordaba con agrado lo desenfrenada que era Kat cuando eran más jóvenes, pero seguía sin querer casarse con una mujer que se había acostado con casi todos sus amigos. Sería un doble rasero, pero no podía evitarlo.

En cualquier caso, no quería casarse con nadie ni estaba preparado para tener los nietos que Heracles Antonakos, su padre, ansiaba tanto. Jax sabía mejor que nadie que ser padre era como un campo de minas, porque su infancia había sido muy infeliz y había estado llena de cambios y dramas sentimentales constantes.

Sus padres se habían divorciado cuando él era muy pequeño y su padre se había olvidado prácticamente de la existencia de su hijo menor durante los siguientes veinticinco años. Argo, el hijo mayor de Heracles, había nacido de su primer matrimonio. Al quedar viudo, se había casado otra vez, precipitadamente, y nunca le había perdonado a su segunda esposa, a la madre de Jax, su infidelidad. Él había pagado el precio de la aventura extramatrimonial de su madre de más de una manera. No había tenido dónde refugiarse de las repercusiones por las relaciones rotas de su madre y no había tenido respaldo paternal. Había sobrellevado solo los divorcios de su madre, sus intentos de suicidio y sus entradas y salidas de centros de rehabilitación.

Uno de sus primeros recuerdos era haberse escondido en un armario cuando su madre tuvo un arrebato inducido por las drogas. Debía de tener unos tres años, pero ya sabía que lo patearía y le daría un puñetazo si lo encontraba antes de que se le hubiese pasado la furia. Su madre era una impresionante estrella del cine adorada en público y un monstruo ofuscado por las drogas de puertas para adentro. Su padre lo había dejado en manos de esa mujer cuando era un niño indefenso.

Entonces, cuando tenía veintiséis años, todo había cambiado milagrosamente. Argo, su medio hermano, había muerto en un atraco fallido en plena calle y Heracles Antonakos, olvidándose muy deprisa del duelo, había empezado a interesarse por el hijo más joven que había desdeñado durante años. Naturalmente, su madre

ya había fallecido por entonces, pero él seguía sin poder entender el repentino cambio de actitud de su padre. No obstante, por fin había encontrado el apoyo y reconocimiento paternal que había anhelado desde su más tierna infancia. Naturalmente, seguía preguntándose hasta cuándo duraría el cambio de actitud de su padre y se había encontrado con toda una serie de complicaciones nuevas porque la vida del heredero Antonakos no era un camino de rosas.

Jax, como hijo único de uno de los hombres más ricos del mundo, no sabía qué hacer con tanto dinero. Lo fotografiaban y lo trataban como a una celebridad fuera donde fuese. Auténticas hordas de mujeres manipuladoras y rapaces lo perseguían como si fuese un trofeo de caza mayor. Sin embargo, tenía infinidad de proyectos estimulantes en el terreno empresarial que le permitían utilizar su brillante cerebro.

Uno de sus guardaespaldas le llevó el teléfono con una expresión seria y él apretó los labios al aceptar la más que probable llamada de su padre. Efectivamente, Heracles se subía por las paredes por su imprudencia al correr el riesgo de conducir a una velocidad endiablada en un circuito de coches. Él no dijo nada porque, después de dos años, ya había aprendido que discutir o intentar tranquilizarlo solo servía para alargar esos sermones apasionados. Desde la espantosa muerte de Argo, a Heracles le daba un miedo desproporcionado que el único hijo que le quedaba participara en cualquier actividad que pudiera hacerle daño y lo habría envuelto entre algodones si hubiese podido. Si bien valoraba el aparente apego de su padre, aunque no se fiaba de él, detestaba que interfiriera para limitarlo.

Había aceptado los cinco guardaespaldas, que no necesitaba y lo acompañaban a todos lados, solo para que hubiera paz, pero seguía siendo tan independiente como lo había sido toda su vida y, cuando necesitaba aliviar el estrés se iba a bucear mar adentro, a escalar montañas o a volar. También seguía acostándose con mujeres… inadecuadas, el tipo de mujeres con las que ni su padre esperaría que se casara.

¿Por qué? Le encantaba ser soltero y libre como el viento porque no podía soportar que nadie le dijera lo que tenía que hacer. La única vez que se salió de ese sendero acabó en una relación desastrosa y ya no tenía relaciones siquiera, solo tenía relaciones sexuales y sin complicaciones. Una vez se había escapado con la prometida de otro hombre y había estado a punto de no vivir para contarlo.

Franca se había metido en su cama una noche, cuando estaba

medio borracho, y la traición se había consumado antes de que reconociera siquiera con quién estaba haciéndolo. Naturalmente, Franca solo lo había utilizado para escapar de una vida que ya no le agradaba, pero él no lo había captado. Se había tragado el anzuelo de «damisela en apuros» antes de que se diera cuenta de que estaba tratando con una alcohólica muy manipuladora y destructiva. Había traicionado la amistad de su antiguo socio, Gio, pero había acabado pagándolo con creces. Sin embargo, ¿había aprendido? No. Su segundo mayor error lo cometió después de Franca… y fue otro error con forma de mujer.

Por eso, no quería ni esposa ni hijos y nada iba a cambiarlo, ni siquiera el deseo de complacer a su padre tanto tiempo ausente, reflexionó con escepticismo mientras Kat Valtinos se acercaba con unas bebidas y una sonrisa triunfal…

–No soporto que trabajes así –murmuró Kreon Thiarkis cuando su hija le llevó una bebida–. Es degradante.

–Trabajar mucho no es degradante, papá –contestó Gemma con una sonrisa tranquilizadora que le formó unos hoyuelos–. No seas esnob, no soy ni la mitad de pija que tú y no lo seré nunca. Kreon se tragó una réplica cortante porque no quería ofenderla cuando solo llevaba seis meses en su vida y le daba miedo ahuyentarla si actuaba como un padre estricto. Al fin y al cabo, Gemma no había tenido un padre que la orientara, se dijo a sí mismo con remordimiento. Sin embargo, aunque era muy independiente y orgullosa a los veintiún años, había tenido muy mala suerte para tener que acabar presentándose ante él con su nieta en brazos, las dos desastradamente vestidas y medio muertas de hambre. Ya era mayor, pero el corazón se le ablandó al pensar en la pequeña Bella, la niña más adorable y la luz que iluminaba su vida y la de su esposa Iola, porque Iola y él se habían conocido y se habían casado demasiado tarde como para tener hijos. Le encantaba que las dos estuvieran en su casa, pero estaba convencido de que su hija necesitaba un marido que las cuidara cuando él ya se hubiese marchado.

Su hija era una muchacha muy hermosa, y eso habría sido muy fácil de conseguir si Gemma no fuese tan insegura y recelosa. Los hombres se daban la vuelta para mirarla en el bar donde trabajaba. Tenía una melena rojiza y ondulada que le llegaba hasta media espalda, una piel muy blanca y los ojos azules y enormes, era una belleza clásica y delicada como una muñeca. Sacaba más propinas

que cualquier otra camarera del hotel y era muy importante para ellos, le había asegurado el propietario del hotel, que era amigo suyo.

Gemma siguió con su trabajo aunque sabía que ese trabajo que se había empeñado en aceptar le molestaba a su padre. Desgraciadamente, ser madre soltera era muy caro, aunque su padre y su madrastra la hubiesen ayudado maravillosamente durante los últimos meses. Estaba muy agradecida porque había ido a Grecia para conocer por fin a su padre y él y su esposa las habían aceptado con amor y comprensión. Su padre era hijo de un griego, pero se había casado con una inglesa y se había criado en Londres. Era un padre y un abuelo muy protector que había recibido a Gemma y a su hija sin un solo reproche aunque no le había hablado de Bella cuando la invitó a ir a Grecia.

Si bien ella estaba dispuesta a aceptar el alojamiento gratis y la ayuda de Iola para ocuparse de Bella, estaba decidida a no convertirse en una carga permanente y a no aprovecharse demasiado de la generosidad de las dos personas mayores. Reconoció que necesitaba ayuda cuando llegó a Atenas, pero ya estaba intentando por todos los medios ser independiente. No ganaba mucho, pero el sueldo le permitía pagarse ciertas necesidades, como su ropa y la de su hija, y, por el momento, eso bastaba para satisfacerle el orgullo.

Andreus, su jefe y propietario del hotel, se dirigió hacia ella mientras se alejaba de un cliente.

–Mañana, a las once de la mañana, se va a celebrar una reunión muy importante en la sala del fondo –le explicó él–. Me gustaría que tú sirvieras las bebidas y los entremeses. Solo te necesitaré un par de horas, pero te pagaré un turno completo.

–Lo comentaré con Iola, pero no creo que haya ningún inconveniente porque no suele salir por la mañana –contestó Gemma antes de ir a atender a un cliente que la llamaba con la mano.

El cliente intentó que le diera su número de teléfono, pero ella se limitó a sonreír con cortesía porque no tenía ni el más mínimo interés en salir con nadie ni en llegar a algo más físico, aunque sabía que algunos hombres creían que sería dada a los… encuentros esporádicos porque tenía un hijo. Ya había pasado por eso, ya lo había hecho y tenía una hija a cambio. Desdichadamente, a los diecinueve años era una virgen que no sabía nada de la vida y no se había enterado de que era una aventura esporádica hasta que fue demasiado tarde para prepararse y ya la habían dejado tirada como

a una colilla. En realidad, todavía llevaba grabada en el alma esa humillación, que el padre de Bella la tratara con ese desprecio e indiferencia devastadores, y por eso no pensaba en ello, ni en él, casi nunca.

Además, ¿de qué servía sufrir por los errores del pasado, por no decir nada de los rechazos inhumanos que había padecido? Sufrir no cambiaba nada. Ella lo había aprendido por las malas, una y otra vez, cuando era una niña vulnerable que se había criado en casas de acogida, que había estado a expensas de los caprichos de los demás y que no había podido decidir ni dónde ni con quién vivía. En ese momento, se traducía en que le costaba confiar en los demás y en que se sentía atrapada e impotente si no tenía cierta independencia y capacidad para decidir.

Sin embargo, la vida estaba mejorando porque, por primera vez desde hacía años, estaba atreviéndose a echar raíces. Hacía años que no era tan feliz y esperaba encontrar la manera de mejorar su panorama profesional por el bien de Bella. Lo más probable era que aceptara la oferta que le había hecho su padre de pagarle algún tipo de formación que le permitiera salir de los empleos mal pagados. Quizá hubiese llegado el momento de tomar algunas decisiones a largo plazo y de pensar como una adulta responsable.

Hacía dos años, en España, el padre de Bella le había dicho que valía para algo más que para ese trabajo mecánico. Haber tenido sueños y habérselos creído no le dio muy buenos resultados, se recordó a sí misma mientras recogía un pedido en la barra. Su amiga de entonces, otra camarera que se llamaba Tara, había sido mucho más realista sobre aquella relación.

–Se acostará contigo y se deshará de ti en cuanto se aburra –le había vaticinado Tara–. Los hombres como ese no se quedan con chicas como tú. Nosotras solo les servimos para divertirse un par de noches.

Notó el sudor en el labio superior y quiso abofetearse a sí misma por haberse metido, aunque hubiese sido un instante, en ese sendero de recuerdos. Retrospectivamente, se avergonzaba cada vez más de lo ingenua y necia que había sido. Entonces, ya sabía cómo eran los hombres y no se había criado precisamente entre algodones como si fuese una princesa protegida y querida. Debería haber estado prevenida y, aun así, tenía que perdonarse su atolondramiento.

Sin embargo, cuando acabó el turno y llegó a la cómoda casita de su padre, entró sigilosamente en el cuarto que compartía con su hija y se dio cuenta de que las cosas no eran tan blancas o negras.

Bella estaba dormida en la cuna, con el pelo rizado y moreno sobre la ropa de cama blanca y con las largas pestañas que le enmarcaban los resplandecientes ojos verdes. Era maravillosa, era como un angelito y, si bien podía arrepentirse de todo lo demás, no se arrepentía ni lo más mínimo de la existencia de Bella.

–Ven a cenar con nosotros el sábado por la noche –le propuso Iola durante el desayuno. Era una morena de cuarenta y muchos años con unos ojos oscuros muy sonrientes–. A tu padre le encantaría.

Gemma se puso roja mientras le limpiaba la cara a su hija. Sabía que a Kreon le gustaría que saliera a cenar con ellos, pero también sabía que tendría que sortear las proposiciones de al menos dos jóvenes, que, en ese momento, el objetivo principal de su padre en la vida era encontrarle un novio aceptable. En ese sentido, Kreon era un hombre anticuado porque consideraba inviable que Gemma eligiera seguir siendo madre soltera.

–¡Mamá! ¡Mamá! –exclamó con alegría Bella cuando la bajaron de la trona y la dejaron en el suelo para que gateara.

Gemma levantó a su hija cuando estuvo a punto de caerse sobre la caja de juguetes y le revolvió los rizos. Unos rizos indomables cuando el clima era húmedo y como una explosión cuando se los lavaban, iguales que los de ella, menos por el color. Miró con remordimiento a su madrastra porque le parecía que era una desagradecida por resistirse a hacer lo que su padre quería que hiciera.

–Es que no me interesa conocer a nadie en este momento, pero es posible que no piense lo mismo dentro de unos meses –alegó Gemma sin mucha convicción.

–Tuviste un comienzo desafortunado y has pasado por muchas cosas sola desde entonces –reconoció Iola con delicadeza–, pero tu padre es un hombre y no lo entiende. He intentado explicarle que, en este momento, tienes que cicatrizar…

–¡Eso es! –le interrumpió Gemma dándole un abrazo repentino–. No estoy preparada en este momento y tampoco sé si llegaré a estarlo alguna vez.

–No todos los hombres son como el padre de Bella. También hay hombres íntegros y cariñosos –le recordó Iola–. Yo lo sé mejor que nadie. Besé a muchos sapos antes de conocer a Kreon.

Gemma se rio porque su madrastra entendía lo que le pasaba. Unos minutos después, salió de la casa y fue a dando un paseo hasta el pequeño y selecto hotel Palati, donde trabajaba. Estaba en un barrio exclusivo de Atenas y, sobre todo, recibía una clientela que

se hospedaba allí por motivos de trabajo.

Su padre había conocido a Iola cuando la contrató de secretaria en una empresa de alquiler inmobiliario que había acabado quebrando. Hasta entonces, Kreon había vivido intermitentemente entre la ruina y la fortuna y se había divorciado una vez por infidelidad. Ella había agradecido su sinceridad e, incluso, había sido dolorosamente franco sobre el asunto de su difunta madre. No había edulcorado sus defectos ni había ocultado que tenía antecedentes penales porque participó en una trama piramidal cuando era joven. Sin embargo, a pesar de tanta sinceridad, no entendía bien cómo se pagaba su padre la vida tan cómoda que llevaba.

Sabía que Kreon apostaba de una forma casi profesional y que siempre estaba metido en algún negocio que esperaba que fuese lucrativo. Aun así, no le habría sorprendido que sus asuntos rozasen el límite de lo ilegal. Sin embargo, ella cerraba los ojos y se ocupaba de sus propios asuntos porque Iola y él les habían dado, a su hija y a ella, el hogar y el amor que no había conocido jamás.

Al fin y al cabo, siempre había sombras grises entre el blanco y el negro de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Ni nada ni nadie eran perfectos. Ella se había dado cuenta de que Jax tenía defectos y era humano incluso cuando su apasionamiento por él estaba en su punto más alto. Él había sido malhumorado, dominador y arrogante y se habían peleado como el perro y el gato cada dos por tres porque si bien medía poco más de un metro cincuenta centímetros y era poca cosa, también era dura de roer. En el fondo, era obstinada, corajuda e irascible. No habría salido bien aunque Jax no la hubiese abandonado de aquella manera tan espantosa, se dijo mientras sofocaba ese pequeño desgarro del corazón que todavía sentía por dentro. Le habían roto el corazón como se lo habían hecho a Iola y a miles de hombre y mujeres más. Eso solo había conseguido que fuese más resistente y menos necia e ingenua.

El director el hotel la acompañó hasta la sala del fondo, que habían redecorado unos meses antes para que gustara a los clientes más exigentes. Algunas veces, cuando soñaba despierta, se preguntaba si, en el caso de haber tenido unos orígenes más afortunados, se habría convertido en una de esas jóvenes elegantes y bien formadas que veía por el hotel. Desgraciadamente, su nacimiento la había marcado desde el primer momento de su vida. El matrimonio de sus padres se había roto después de que su madre hubiese tenido una aventura.

–Annabel siempre creyó que había un hombre mejor

esperándola a la vuelta de la esquina –le había contado Kreon sobre su madre–. Yo no era rico y sobrevivía gracias a mi ingenio, pero ella tenía grandes ideas. Vivíamos en Londres y ella estaba buscando financiación para montar una guardería. Por entonces, mi padre ya había vuelto a Grecia después de que mi madre muriera y se puso enfermo. Tuve que ir con él. Cuando me marché de Londres, no sabía que Annabel estaba embarazada y cuando le llamé para decirle que iba a volver con ella, me dijo que habíamos terminado porque había conocido a otro hombre. Ahora, a juzgar por lo que me has contado, es posible que se hubiese enterado de que tenía esa enfermedad espantosa y que no quería tenerme cerca aunque estuviese esperando a mi hija. No puedo entenderlo, nunca lo entenderé.

Gemma tampoco podía entenderlo porque se daba cuenta de que Kreon había amado a su madre y había pensado volver a Londres con ella. Sin embargo, cuanto más había hablado Kreon de la belleza de su madre, de su amor fogoso y de lo mucho que necesitaba la atención de distintos hombres, más había sospechado que había habido otro hombre y que Annabel había quemado todos los puentes con Kreon poco antes de que la enfermedad se la llevara sin compasión.

Ella tenía dos años cuando hospitalizaron a Annabel y su hija fue a una casa de acogida. Lo único que recordaba de su madre era a una pelirroja muy guapa tumbada en una cama y que le gritaba a ella, de modo que no sabía si se había perdido gran cosa. Kreon la había descrito como inconsistente y egoísta, poco dispuesta a hacer los sacrificios que tenía que hacer una madre. Además, para su asombro infinito, Kreon le había contado que Annabel había tenido otras dos hijas que había criado su propia madre, la abuela de las niñas, en el norte de Inglaterra.

Al parecer, tenía dos medio hermanas en algún lado, y que habían nacido de aventuras previas de su madre. Pensaba ahondar algún día en ese asombroso descubrimiento, pero no sabía ni por dónde empezar porque no tenía dinero ni unos nombres que le sirvieran de pista. Naturalmente, después de tantos años, Kreon no recordaba los detalles sobre la familia y la historia de Annabel. Al fin y al cabo, no había llegado a conocer a la madre de Annabel, quien le había dado largas cuando le había pedido conocerla. Solo recordaba que Annabel jamás había ido a visitar a esas dos hijas y él le había contado que ya entonces le había parecido que Annabel solo sentía un apego superficial por los demás.

Gemma se había considerado afortunada por no ser igual de

superficial porque adoraba a Bella y habría dado su vida por ella. Bella le parecía una de las pocas cosas buenas que le habían pasado en una vida que no había sido ni fácil ni feliz. Por otro lado, si Jax le hubiese importado menos, no la habría dejado tan devastada cuando desapareció. Se había quedado completamente desgarrada y había hecho auténticas estupideces, recordó con tristeza. La habían expulsado del yate del padre de él y los guardias de seguridad le habían advertido de que no querían volver a verla por el paseo marítimo. Le habían gritado, le habían llamado de todo y la habían humillado mientras perseguía infructuosamente a Jax. Todo, porque era estúpida de los pies a la cabeza, se reconoció con arrepentimiento.

Había sido un disparate por su parte llegar a creerse que para Jax significaba algo más que una aventura sexual esporádica. Además, cuando él acababa con una mujer, acababa para siempre. El tripulante del yate la había llamado ramera barata mientras la bajaba a empujones por la pasarela. Se había caído y se había dañado por esa brutalidad, y, además, ya estaba embarazada. Por eso no le había contado a su padre toda la verdad sobre quién era el padre de Bella y había preferido que él creyera que era el fruto de una aventura de una noche en España. Sabía que Kreon buscaría venganza y desagravio si le contaba toda la historia.

En cierto sentido, guardar silencio era proteger a su padre y evitar que hiciera algo precipitado. Kreon era exageradamente protector y se pondría furioso si se enteraba de que su hija no había tenido un techo cuando el padre de Bella era un hombre rico que podría haberlas ayudado fácilmente… un hombre rico que también era griego.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que ella había decidido que los ricos eran intocables, al contrario que el resto de la humanidad. Los muy ricos tenían el poder y el dinero que les permitía mantener al resto de la humanidad a raya, y lo confirmaba cada vez que veía a Jax en la prensa. Siempre iba rodeado de guardaespaldas y mujeres hermosas, nunca iba solo, nunca estaba al alcance de la mano, estaba tan protegido y alejado de la gente normal y corriente como una obra expuesta en la vitrina de un museo. Jax Antonakos, afamado empresario y multimillonario por méritos propios y con un padre que también tenía miles de millones.

Le temblaron las manos mientras dejaba la vajilla de porcelana en el carrito. En ese momento, odiaba a Jax con la misma pasión con la que llegó a amarlo una vez. Él le había dado falsas esperanzas y le había falseado muchas cosas, pero nunca jamás

podría perdonarle que, intencionadamente, la dejara tirada en España sin una casa ni un empleo ni una forma de sobrevivir. Que además se hubiese quedado embarazada era mala suerte, pero no sabía qué era la buena suerte.

Un grupo de hombres trajeados entró y les sirvió café, quedándose junto a la pared para esperar a que llegaran más personas. Entonces, se oyeron por la puerta entreabierta unos murmullos y muchos pasos precipitados que cruzaban el pasillo con suelo de baldosas. La puerta se abrió de par en par y entraron dos hombres con auriculares que empezaron a comprobar las salidas de emergencia y las ventanas. Ese despliegue de seguridad le indicó que alguien muy importante iba a aparecer. Los guardaespaldas se colocaron de espaldas a una pared y entraron otros dos que fueron hasta la pared opuesta. Ella casi se rio ante ese alarde casi militar y que parecía desproporcionado para una pequeña reunión de trabajo. Hasta que Jax cruzó la puerta y las ganas de reírse se le quitaron de golpe, y sintió una opresión en el pecho que le impidió respirar.

Capítulo 2

CUANDO vio ese pelo moreno y despeinado y esos impresionantes ojos verdes, quiso empezar a correr y no parar, pero la disciplina innata hizo que se quedara y que se cuestionara esa reacción. ¿Por qué iba a querer correr? ¿Qué había hecho para sentirse avergonzada? No era cobarde y no lo había sido nunca, se recordó, irritada por las ganas de huir. Si alguien debería estar abochornado, era Jax por haberla tratado de una manera tan despiadada.

Había parejas que rompían todo el rato, pero no tenía por qué ser algo tan profundamente desagradable. Ella no lo había acosado, no le había dado motivos para que la amenazara ni para que la obligara a largarse. Levantó la barbilla al acordarse de esa brutal despedida.

Jax estaba sentado en el lugar preferente de la mesa circular y era el centro de atención, pero, afortunadamente, no miraba alrededor y no la había visto. Había vencido la necesidad de salir corriendo, pero le fastidiaba volver a encontrarse en una posición servil respecto a Jax. Había llegado a fantasear, en un momento disparatado, con que algún día entraría en un club exclusivo, vería a Jax y no le haría el más mínimo caso para demostrar su superioridad como un ser humano íntegro. Sin embargo, en ese momento, se daba cuenta de que estaba indefensa, de que sentía una curiosidad espantosa y de que no podía dejar de mirarlo.

Conservaba el pelo corto. Lo había llevado largo, pero se lo cortó poco después de conocerla y ella supuso que lo había hecho porque a su padre le gustaba así, más convencional. En ese momento, le costaba creerse que se hubiesen sentido unidos porque a los dos les había faltado un padre. Jax había reconocido que, recientemente, su padre había reaparecido en su vida y le había hablado del dolor que sentía por la muerte de su medio hermano, por no decir nada de las infidelidades y los abusos de su madre. Esas conversaciones profundas no le habían parecido las típicas de una aventura esporádica, pero Jax era un individualista

impredecible, fogoso y misterioso, el arquetipo de héroe taciturno que tanto gustaba a las adolescentes románticas.

Se reconoció que era increíblemente guapo y que eso había influido en las fantasías que se había formado. Se mordió el labio inferior y se clavó las uñas en la palma de la mano. Tenía los pómulos prominentes, el mentón firme y bien definido, los impresionantes ojos bajo unas cejas negras e imponentes… Naturalmente, su madre había sido una actriz de cine española asombrosamente guapa y él había heredado su belleza. En un artículo sobre él que leyó una vez, ilustrado con un primer plano de su rostro, la periodista había elogiado esos ojos verdes y la longitud de sus pestañas.

Bella tenía sus ojos. Tragó saliva al acordarse de lo que sintió cuando los ojos azules que tenía su hija al nacer fueron adquiriendo un inquietante color esmeralda en su inocente rostro. Inocente, algo que Jax no era ni había sido en toda su vida. Haber leído sobre sus hazañas sexuales durante los dos últimos años le había ayudado a entender que siempre había sido un mujeriego egoísta y sin escrúpulos, pero ella había sido demasiado confiada e inexperta como para darse cuenta de cómo era de verdad. El corazón se le había acelerado y quiso llevarse una mano al pecho para frenarlo un poco.

Entonces, entendió su reacción y le espantó que, a pesar de todo, su cuerpo podía seguir reaccionando en su presencia. Él levantó la cabeza del texto que había estado leyendo y, en un abrir y cerrar de ojos, sus miradas colisionaron. Fue como una descarga eléctrica que le despertó sensaciones que casi había olvidado y que no había vuelto a sentir desde entonces. Sentía palpitaciones por dentro, no podía respirar y era como si le hubiese acariciado de verdad la piel. Entonces, ese instante terminó y Jax la dejó a un lado y le devolvió el texto a alguien mientras le comentaba algo sobre el margen de beneficio.

Ella iba aprendiendo griego poco a poco, pero cuando estaba en una situación desconocida, se encontraba tan perdida como cualquier extranjero que no supiera griego. Además, naturalmente, Jax iba a dejarla a un lado. ¿Acaso había creído que iba a saludar a una trabajadora tan ínfima como una camarera? Apretó los labios y se preguntó cómo reaccionaría si le dijera que era padre. Lo negaría con furia. Le había dicho muy claramente que no quería tener hijos. En ese caso, debería haber tenido más cuidado en cerciorarse de que no la dejaba embarazada.

Jax tenía los rasgos rígidos, como cincelados en granito, y no

había vuelto a mirarla. Tampoco hacía falta. Esa imagen fugaz le había perforado el cerebro. ¿Podía saberse qué hacía en Atenas? ¿Su aparición donde estaba él era un montaje? ¿Por qué? Él ya no se tomaba nada por lo que parecía. Ya tomó una vez a Gemma por lo que parecía y aprendió del error monumental que había cometido.

Notó el sabor amargo de la bilis cuando recordó brevemente lo que había leído en el informe de su historial; toda una serie de delitos relacionados con las drogas y condenas por… prostitución. Se había sentido como un idiota. Había salido corriendo para verla, para echárselo en cara aunque era muy tarde, hasta que vio con sus propios ojos quién era, hasta que la vio en un callejón entregándole a un hombre lo que él había tardado semanas en disfrutar.

El asco se adueñó de él y recordó la promiscuidad de su madre y las promesas vanas de fidelidad. La había visto engañar a más de un hombre que la adoraba. Su padre no lo sabía porque no se había atrevido a preguntarle cómo había sido la vida con su madre, pero Heracles no había sido el único hombre que Mariana había devorado y escupido en mil pedazos. En cuanto a Gemma, era una mentirosa y una estafadora y él no perdonaba la traición. Todo el episodio había sido sórdido a más no poder. Entonces, ¿por qué estaba recordando que con ella había tenido las relaciones sexuales más desenfrenadas y ardientes de su vida? Sin poder remediarlo, unas imágenes obscenas y explícitas se le colaron en la cabeza, aunque intentó mantenerlas a raya para seguir hablando del proyecto que estaba sobre la mesa. Se puso rígido de rabia y con una erección dura como una piedra. ¿Cómo se atrevía siquiera a entrar en una habitación donde estaba él? Siempre se había dicho que no había heredado el genio y la capacidad para guardar rencor de su padre, pero, en ese momento, se daba cuenta de que se había engañado. ¡Si hubiese podido expulsar a Gemma a patadas, lo habría hecho!

Uno de los guardaespaldas la agarró del codo y la sacó del ensimismamiento, de sus planes de venganza. Le señaló el café de carrito e inclinó la cabeza hacia su jefe, indicándole con cierta impaciencia que siguiera con su trabajo.

Roja como un tomate, Gemma intentó comportarse con naturalidad, pero tuvo que hacer un esfuerzo enorme para llegar hasta el carrito y servir una taza de café cuando lo que quería era vaciarle la cafetera en su arrogante y detestable cabeza. Dejó la taza, con la mano temblorosa, al lado de su codo, pero él no le dirigió la mirada ni se dio por enterado de su existencia. Luego,

sacó los tentempiés y rellenó las tazas antes de hacer una señal al camarero que estaba junto a la puerta cuando uno de los hombres pidió una copita de *ouzo* para bajar el café.

Jax, desde debajo de las pestañas y con movimientos casi inapreciables de la cabeza, siguió cada movimiento de Gemma como un depredador calculando el ataque. Un destello de la memoria lo deslumbró; una piel tan delicada como la porcelana más fina, sus dedos entre los rizos dorados desperdigados por la almohada, un cuerpo esbelto y menudo con unas curvas pequeñas y sorprendentemente sexys que se arqueaba hacia él… En ese momento, estaba un poco más… redondeada que antes, se dijo a sí mismo antes de volver a salir de ese ensueño tan impropio de él para contestar una pregunta. Hacía años que no estaba tan enfadado y ardiente.

El muy majadero podría haberle dado las gracias por lo menos por llevarle el café. Incluso, habría bastado con que le hubiese hecho un gesto con la cabeza, pero claro, Jax siempre había impuesto su ley, era despiadado, inflexible y desafiante, estaba hecho para triunfar, sobrevivir y prosperar como si lo llevara en los genes… y quizá lo llevara. La posibilidad de que Jax Antonakos sentara cabeza con una humilde camarera solo podía haber existido en la más disparatada de las fantasías. La amargura le atenazó las entrañas y la rabia fue como un fogonazo doloroso que le explotó por dentro. ¿Quién se creía que era Jax Antonakos para despreciarla de esa manera?

Jax llamó a Zenas, el jefe de su servicio de seguridad, con un gesto casi imperceptible de la cabeza, y le pasó una nota. Zenas retrocedió para leerla y la perplejidad se reflejó un instante en su rostro, antes de que la disciplina se impusiera y saliera de la habitación para cumplir la tarea que le había encomendado su jefe.

Ella prestó poca atención a esa maniobra, pero se puso tensa cuando su jefe apareció en la puerta y la llamó con un gesto para que saliera al pasillo. El hombre la miró con detenimiento y el ceño fruncido.

–El señor Antonakos quiere hablar contigo en privado cuando haya terminado la reunión. No sé si a tu padre le gustaría…

Ella lo entendió al instante. Andreus no sabía que ella ya conocía a Jax, creía que él estaba intentando… seducirla.

–Por favor, no se lo cuente a mi padre.

Ella no quería que se estableciera ninguna relación, porque si se establecía, los secretos podrían desvelarse. Andreus abrió la puerta de un cuarto más pequeño que había al otro lado del pasillo.

–Espera ahí… pero solo si quieres –añadió él sin disimular la intención–. Esto no tiene nada que ver con tu empleo aquí ni conmigo. He aceptado transmitirte su petición porque no quiero ofender a un hombre tan poderoso.

Gemma sintió una rabia dolorosa al imaginarse lo que estaría pensando su empleador. A Jax le daban igual las apariencias, nunca había tenido que preocuparse por ellas. Estuvo a punto de no aprovechar la ocasión de decirle a Jax lo que pensaba de él, pero estaba demasiado nerviosa, tenía demasiado presente lo que había pasado la última vez que Jax había considerado reprobable su mera existencia. Entonces, pagó a su jefe en España para que la despidiera y se había quedado sin empleo y sin el alojamiento que iba incluido. Ese era el poder que tenían los superricos. Su jefe de entonces había sido muy sincero y le había reconocido que no podía permitirse conservarla cuando le habían ofrecido tanto dinero para que hiciera lo contrario y la temporada de verano había sido mala.

Fue de un lado a otro por el cuarto que solía usar de despacho la gobernanta del hotel y pensó que era una suerte que Jax no estuviera alojado allí y la hubiese llamado a su habitación. ¿Por qué le había exigido que se reuniera con él después de dejarla de lado? Eso no tenía sentido desde el punto de vista de él. Al fin y al cabo, la había abandonado hacía dos años sin darle una explicación o escribirle algo al menos. Tampoco la había llamado y, cuando ella había intentado ponerse en contacto con él, habían bloqueado sus llamadas. O sencillamente se había cansado de ella o ella había hecho o dicho algo que lo había ofendido.

Le dolía acordarse de todas las semanas que se había atormentado preguntándose qué había hecho para molestarlo. Sin embargo, nada podía justificar lo que hizo después, que hiciera que la despidieran y que la obligara a marcharse de aquella zona como si fuese una vagabunda que le ofendía con su presencia. Eso era lo que menos podía perdonarle de todo.

–Tiene exactamente tres minutos o perderá el avión –le avisó Zenas a Jax en la puerta del cuarto.

Jax entró mientras se preguntaba si sería cierta la idea de que las personas necesitan dejar zanjadas ciertas vivencias, porque no podía imaginarse otro motivo para que todavía sintiera la necesidad de verse las caras con Gemma. Hacía dos años, no había querido verla o hablar con ella, pero, probablemente, la curiosidad era mayor de lo que estaba dispuesto a reconocer.

–¿Puede saberse qué haces en Atenas? –le preguntó él con la tensión reflejada en la cara.

Gemma dejó de mirar por la ventana, se dio la vuelta y se estremeció por dentro al tener a Jax al alcance de la mano. Era muy alto e irradiaba oleadas de una autoridad y una energía inquietantes. Levantó la cabeza, pero tuvo que inclinarla hacia atrás para ver algo por encima de su pecho. No era la primera vez que su estatura le parecía un defecto bochornoso. Muchas veces, la gente no la tomaba en serio o no la trataba como a una adulta porque tenía casi el tamaño de una niña.

–¿Qué tiene que ver eso contigo? –le preguntó ella en el mismo tono que él.

Jax la miró desde sus casi dos metros con un brillo de ira en los ojos verdes porque nadie, menos su padre, lo había desafiado desde hacía dos años.

–Contéstame –le ordenó él con impaciencia.

–No tengo por qué darte ninguna respuesta, no tengo por qué darte ni la hora.

Gemma replicó con un tono provocador que denotaba una familiaridad profunda e indeseada con Jax.

–Vas a contestarme –insistió Jax en un tono implacable.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás con una mano en la cadera. Los rizos rojizos le cayeron sobre los hombros, el pelo le enmarcaba el óvalo de la cara y resaltaba el azul desafiante de sus ojos y el tono rosa de sus labios carnosos. Entonces, apremiantemente, quiso tumbarla sobre la mesa y dominarla de la única manera que la había dominado de verdad, con la pasión abrasadora que era el fundamento de su carácter. Por un instante, se imaginó su húmeda calidez y las entrañas le palpitaron sin control.

Se recordó a sí mismo que había sido una relación tóxica, que había jugado con él como una farsante, con sus mentiras y su falsa inocencia. La rabia se adueñó de él como una bola de fuego.

–Si no me contestas, lo lamentarás –le amenazó Jax con la sangre bulléndole.

Una punzada de miedo le revolvió el estómago. Hasta su jefe le había recordado que Jax era demasiado influyente como para desafiarlo. Sabía que podía causarle problemas, que podía causárselos incluso a su padre si no tenía cuidado. Quizá lo odiara, pero sería un disparate arriesgarse.

–¿Qué hago en Atenas? –repitió ella inexpresivamente–. Por fin me puse a buscar a mi padre biológico y lo encontré aquí…

–Pero eso era mentira –le interrumpió Jax con cierta perplejidad–. No tienes un padre griego.

Ella frunció el ceño con un desconcierto sincero.

–¿Mentira? No sé de qué estás hablando. Creo que mi certificado de nacimiento es tan fiable como el de cualquiera. En este momento, estoy viviendo con mi padre y su esposa.

–Eso es imposible.

Jax se puso rígido cuando un ligero golpecito en la puerta le avisó de que no le quedaba tiempo si quería llegar al aeropuerto. Giró su esbelto cuerpo hacia la puerta para marcharse impulsado por el sentido común y el pragmatismo.

–Solo quiero que sepas que te odio y que nunca te perdonaré lo que me hiciste.

En realidad, quería gritarle y abalanzarse sobre él dándole puñetazos por el daño que le había hecho.

–Yo no te hice nada –replicó Jax sin inmutarse.

–¡Lo que me hiciste fue inhumano e innecesario! ¡Hiciste que me despidieran, me dejaste sin dinero ni alojamiento y me obligaste a volver al Reino Unido cuando no tenía nada allí!

Él arqueó una ceja por esa acusación de maltratarla y volvió a girarse hacia ella justo cuando se oyó otro golpe en la puerta. Podía ser cualquier cosa, pero siempre se había enorgullecido de no haber tratado mal a ninguna mujer.

–No tengo tiempo y tampoco debería buscarlo –reconoció él en un tono sombrío–. Eres una mentirosa y una farsante…

–¿Qué ibas a decir si no? Quieres reescribir la historia porque ahora te consideras por encima de todo el mundo –le soltó Gemma mientras pensaba en su inocente hijita–, pero jamás te mentí ni engañé, y tú jamás pensaste en las consecuencias, ¿verdad?

Quería el número de teléfono de ella, pero no pensaba pedírselo. Sabía lo que era y no quería tener nada que ver con ella. Una vez tomada esa decisión, y sintiéndose estimulado por haberlo hecho, no pudo entender por qué se volvió un hombre con doble personalidad y le dijo que se reuniera con él para tomar algo a la noche siguiente en un pequeño bar que solía frecuentar en el paseo marítimo, una guarida para sus momentos de sosiego que los paparazzis no habían descubierto todavía. Cuando se marchó, empezó a arrepentirse de haber hecho eso y cerró los puños. ¿Podía saberse por qué lo había hecho? Sin embargo, ¿qué había querido decir ella con «consecuencias»? Además, ¿cómo era posible que tuviera un padre griego si el informe decía que no lo tenía?

Solo sentía curiosidad y eso no tenía nada de malo ni de extraño. La libido no había tomado las riendas, se dijo a sí mismo con convicción. Algunos recuerdos lo habían excitado un poco al verla otra vez, pero no era nada digno de tener en cuenta. Todos los

hombres se acordaban de las relaciones sexuales especialmente buenas. Más aún, él tenía un cuaderno negro del tamaño de una agenda de teléfonos al que recurría cuando le apetecía acostarse con una mujer y estaba de viaje. Él vivía en ese mundo y no podía sentirse tentado otra vez por una farsante manipuladora como Gemma Dixon, reflexionó con satisfacción.

Naturalmente, haberse convertido en el heredero de Antonakos había hecho que fuese mucho más escéptico con las mujeres. Ya no hacía caso a las historias lacrimógenas ni dejaba que su caballerosidad innata lo gobernara. En ese momento, la visión de una mujer en apuros le producía aversión. Sabía por experiencia que esas mujeres solían causar más problemas que otra cosa. ¿Cuántas veces no le había quedado más remedio que acudir al rescate de su madre porque el hombre al que había engañado se había puesto violento al descubrir sus mentiras o cuando había necesitado que la ingresara en algún sitio discreto para rehabilitarse antes de que la vieran un público otra vez? ¿Cuántas veces había tenido que mentir para protegerla?

En el fondo, siempre había sabido que su madre era un ser humano egocéntrico y desequilibrado que no se merecía su cuidado y su respeto. Por eso había muerto Tina, su hermana pequeña. La negligencia egocéntrica de Mariana había provocado el incidente en el que se ahogó la niña. Sin embargo, él solo tenía catorce años, ¿qué podía haber hecho cuando tantos adultos habían presenciado el disparatado ritmo de vida de su madre y no habían hecho nada para proteger a sus hijos?

Gemma volvió pensativa a su casa. Naturalmente, no iría. ¿Para qué serviría? ¡Bella! Jax era el padre la gustara o no, pero ella sabía que esa noticia no iba a gustarle más de lo que le gustaba a ella. Además, ¿por qué le importaba tanto que ella estuviese en Grecia? No era muy probable que fuesen a ir dándose de bruces en la vida cotidiana. Jax se movía entre yates, aviones privados e islas privadas, no se rozaba con la gente trabajadora, normal y corriente.

Sin embargo, la desesperación estaba a punto de dominarla y no sabía por qué. Le había dolido volver a ver a Jax y le había dolido mucho más de lo esperado. Había tenido recuerdos que no quería tener. Lo había amado y, por primera vez en su vida, había confiado en un hombre. Su repentino giro de ciento ochenta grados la había destrozado porque se había entregado tanto que se sentía desvalida sin él.

Aun así, él seguía soltero. Había estado segura de que se casaría con la adinerada heredera que quería su padre, con la encantadora

y maldiciente Kat Valtinos. Aunque claro, Jax era terco como una mula. Intentar que Jax hiciera algo que no quería hacer era como empujar una roca cuesta arriba.

Kat Valtinos había organizado la fiesta donde ella había conocido a Jax en el inmenso yate del padre de él. Se remontó a hacía dos años. Entonces, Jax estaba organizando un complejo turístico en la costa de España. Cuando le empresa de cáterin organizó un jaleo con un exceso de reservas, Kat en persona recorrió todos los bares para buscar más camareras.

–Vosotras dos serviréis –les había dicho a Gemma y a Tara mirándolas de arriba abajo como si estuviese eligiendo *strippers*–. Sois jóvenes y sexys, como les gustan a los hombres. Tú te maquillas demasiado y tú enseñas poca pierna y poco escote –les había criticado a Tara y a ella.

No lo habría hecho si no hubiesen pagado tan bien, pero, en aquella época, tenía un sueldo con el que si no recibía propinas, tenía que conformarse con pan duro y pasar hambre. Su jefe no les daba de comer gratis ni tenían nada para cocinar en la buhardilla, calurosa como un horno, que había encima de la cocina del restaurante. Cualquier ingreso extra era muy bien recibido en aquellos tiempos.

La fiesta había estado repleta de hombres fanfarrones y agresivos que alardeaban en compañía de Antonakos y bebían demasiado. Uno de ellos la había arrinconado en la cubierta inferior cuando tuvo que ir a por botellas para el bar. Había intentado quitárselo de encima cuando intervino Jax. Jax, con un pelo negro con reflejos azulados que le llegaba hasta los hombros y unos ojos verdes que resplandecían como trozos de cristal, lo apartó con un gesto implacable y le dio un puñetazo sin vacilar.

–¿Estás bien? –le había preguntado el hombre más impresionante que había visto en su vida–. Eres tan pequeña… ¿Te ha hecho daño?

–Solo un poco –había contestado ella con la voz temblorosa.

Había estado completamente segura de que Jax la había salvado de una agresión grave porque, con la ruidosa fiesta de la cubierta superior, la cubierta inferior estaba vacía y nadie la habría oído si gritaba.

–Reponte –le había ordenado Jax mientras la llevaba a un lujoso salón y ella se dejaba caer en una butaca–. ¿Qué hacías aquí abajo?

Él había dado instrucciones para que un miembro de la tripulación repusiera las bebidas del bar y ella se había quedado mirándolo como si fuese completamente tonta, intimidada por todo

lo relacionado con él, desde el traje gris claro hecho a medida y los zapatos cosidos a mano hasta sus pómulos prominentes y su boca cincelada. Sin embargo, lo que más le había impresionado habían sido sus ojos verdes, la preocupación sincera que había captado en ellos antes de la valoración indiscutiblemente viril. Tenía unos ojos increíbles y su sonrisa, muy poco común, había sido como un rayo de sol en un día nublado.

–¿Estás bien? –repitió él.

No, la verdad era que no había vuelto a estar bien desde aquel día. Había algo que necesitaba para sobrevivir y que se había enrarecido, que se había ablandado para dejarle paso a él aunque hubiese sido en contra del buen juicio, del pragmatismo y de su propia experiencia. Efectivamente, no había vuelto a ser la misma desde entonces.

Capítulo 3

LE CORROÍA el remordimiento cuando por fin se montó en el autobús que la llevaría al paseo marítimo. Había tenido que mentir a Iola para salir. Había contado que iba a ir con otras dos camareras para tomar algo. Para que se sintiera peor todavía, Iola se había quedado encantada porque su hijastra iba a salir por fin a divertirse y le había animado a que se maquillara y a que se pusiera el vestido blanco y vaporoso que le había regalado hacía unas semanas. Sin embargo, ¿cómo iba a haber reconocido que había quedado con el padre de Bella?

Al fin y al cabo, ya había mentido cuando dijo que no tenía manera de ponerse en contacto con el padre de su hija. Kreon e Iola habían mirado hacia otro lado por la preocupación y la vergüenza y habían dado por supuesto que no sabía el nombre de ese hombre. Naturalmente, una mentira llevaba a otra mentira y le fastidiaba no poder ser más sincera, pero Kreon se subiría por las paredes si se enteraba de que Jax era al padre de Bella, y no quería que pudiera quedar en el punto de mira de la ira de los Antonakos.

Aparte, ¿por qué iba a verse con Jax cuando había jurado que no lo haría jamás?

Evidentemente, estaba pensando en las necesidades de su hija y se preguntaba si existía la más mínima posibilidad de que Jax hubiese cambiado su opinión sobre los niños y estuviese dispuesto a recibir con agrado la noticia de que era padre. Ella tenía la obligación de decirle que tenía una hija, se dijo a sí misma con firmeza mientras el corazón le latía con todas sus fuerzas y le costaba respirar ante la perspectiva de volver a ver a Jax.

También se riñó a sí misma mientras pasaba de largo por los bares llenos de gente y no hacía caso a los hombres que la llamaban. Era un hombre muy guapo y, naturalmente, ella se había dado cuenta de eso, pero no pasaba nada más. Ya no era una jovencita impulsiva, ya sabía cómo era él y lo que quería.

Jax salió del bar con Zenas pegado a los talones. El resto de los

guardaespaldas estaban a una distancia prudencial. No supo por qué estaba allí hasta que vio a Gemma con el vestido vaporoso que se le arremolinaba alrededor de las rodillas y con el pelo rojo que le caía sobre los hombros a la luz de las farolas. Entonces, supo por qué había ido allí, maldijo ese arrebato de lujuria animal y el enojo se adueñó de él cuando notó una tensión creciente por debajo de los vaqueros. Unos hombres se dieron la vuelta para mirarla cuando pasaron a su lado y Jax apretó los labios.

–¿La… camarera? –le preguntó Zenas en un tono algo burlón desde la sombras.

–Esta conversación tiene que ser privada –contestó Jax a su amigo del colegio.

Le tranquilizaba que Zenas hubiera entrado en su servicio de seguridad el año anterior y no supiera que ya conocía a Gemma. El guardaespaldas cruzó la calle obedientemente y se sentó en un banco. Jax levantó el periódico porque no quería seguir viendo a Gemma, que se acercaba hacia él, y alterado por su reacción. Satisfaría su curiosidad, escucharía las respuestas de ella y se marcharía. No habría nada más personal.

Gemma vio a Jax en la puerta del bar. Tenía inclinada la arrogante cabeza morena, el perfil anguloso estaba iluminado por la luz dorada de las luces y el pelo seguía siendo lo bastante largo como para que lo ondeara la brisa. Fue como si el corazón le rebotara como un balón de goma porque no podía evitar revivir la excitación que siempre despertaba en ella. Sentía cosquilleos por dentro, se le endurecían los pezones y se derretía entre los muslos. Todo el cuerpo se le recalentaba y eso la abochornaba enormemente.

Se sentó y Jax levantó la mirada para clavarle esos ojos verdes e inalterables.

–Al menos, eres puntual por una vez. Supongo que te has dado prisa…

Gemma parpadeó y se mordió la lengua. Su impuntualidad siempre había enfurecido a Jax, quien no soportaba que le hicieran esperar y jamás entendió que, algunas veces, el tiempo se le quedara corto. Él siempre había dicho que ser impuntual era de mala educación e indefendible. Aunque, claro, Jax, eminentemente pragmático y rebosante de iniciativa en situaciones complicadas, jamás habría tenido la debilidad de soñar despierto.

Sin embargo, soñar despierta siempre había sido su escapatoria para las situaciones adversas. Cuando no encajaba en los muchos colegios por los que había pasado, se subía a una nube en su cabeza

y se escapaba flotando. Cuando la vida resultaba especialmente ardua, se consolaba con la fantasía y soñaba con un mundo donde ella tenía amor, felicidad y seguridad.

Hizo un esfuerzo para salir del ensimismamiento y comprobó que Jax la observaba con impaciencia, como si supiera que se había dejado llevar por los pensamientos. Se le secó la boca y, por hacer algo, le dio la vuelta al periódico de él y se fijó en la noticia de un caso de custodia que había recibido mucha atención en la prensa.

–¡Dios mío! –exclamó ella mientras pasaba un dedo por el titular y lo traducía–. ¿El padre se ha quedado con el hijo? ¿Cómo pueden arrebatarle un hijo a su madre?

Jax se encogió de hombros con indiferencia y llamó al camarero.

–¿Por qué no? El mundo ha cambiado. Los padres y las madres ya son iguales.

–Sí, pero…

–Léelo y verás por qué ha tomado esa decisión el tribunal de familia –le interrumpió Jax.

–No puedo leer el griego lo bastante bien –reconoció ella.

–El padre está dispuesto a trabajar en casa para estar con su hijo mientras la madre lo dejaría en la guardería todo el día. En cualquier caso, ¿por qué estamos hablando de esto? –preguntó Jax con impaciencia.

–Es un asunto interesante –contestó Gemma en un tono tajante–. La madre es paramédica y no puede trabajar en casa.

–Mientras que el padre quiere a su hijo y lo que sea mejor para su hijo, que es lo que debería ser –replicó Jax mientras dejaban una botella de vino y unas copas en la mesa.

Una punzada gélida de miedo la atravesó mientras una copa de vino aparecía delante de ella.

–¿Eso es lo que sientes?

–No estamos hablando de mí. Yo no voy a tener hijos –añadió Jax con una mueca de escepticismo–. No quiero ni las complicaciones ni las responsabilidades, pero si lo tuviera, no me quedaría de brazos cruzados y permitiría que una mujer me lo arrebatara, más aún, no lo permitiría por nada del mundo.

El pánico se adueñó de ella y tomó la copa de vino. Esa posibilidad, el miedo de perder a su hija, no se le había pasado por la cabeza. ¿Por qué? Era posible que Jax no quisiera tener hijos, pero era muy posesivo. Lo suyo era muy suyo, no lo compartía, ni siquiera podía mirarlo o tocarlo otra persona. A ella la trató así y la enfureció al querer poseerla en cuerpo y alma y controlar todo lo que hacía. ¿Qué pasaría si le hablaba de Bella y quería hacer lo

mismo con su hija? Atenazada por el miedo, decidió que no diría nada de Bella hasta que se hubiese asesorado legalmente. En realidad, el camino legal podía ser el mejor camino para transmitirle la noticia. Sería más impersonal y, probablemente, evitaría la confrontación y los malos sentimientos. En ese momento, no podía decirle a Jax que era el padre de su hija y que no había podido decirle que estaba embarazada por cómo se portó después de que rompieran. No había sido culpa de ella, se recordó a sí misma, había sido culpa de él.

–¿Cuándo viniste a Atenas? –le preguntó Jax para cambiar de tema.

–Hace seis meses. Me costaba llegar a final de mes en Londres.

Gemma puso los ojos en blanco porque eso era quedarse corta y dio varios sorbos de vino para darse fuerzas.

–Cuando hablamos en España, no tenías pensado buscar el rastro de tu padre –le recordó él con el ceño fruncido–. Pensabas que había renegado de tu madre y dijiste…

–Me equivoqué. Cuando necesité ayuda, mi padre me la prestó –reconoció Gemma–. ¿Por qué me has pedido que nos viéramos?

Jax la observó. Estaba dando un sorbo de vino y movía un dedito a lo largo del tallo de la copa con los labios carnosos y húmedos. Él, como un adolescente en celo, recordó lo que había sentido con esa lengua y se puso duro.

–Jax… –insistió ella dejando la copa.

Él, con la tensión reflejada en el rostro, le rellenó la copa. Había intentado enseñarle a elegir el vino, a saborearlo, a paladearlo de verdad, y ella seguía bebiéndoselo casi de un sorbo como si fuese un vino peleón. Esa había sido otra de las lecciones que habían acabado inexplicablemente entre las sábanas. Aunque claro, nada había salido según lo previsto con Gemma. Su disciplina se había esfumado. La había llevado de compras y la había tomado contra la pared del probador mientras le tapaba la boca con la mano para amortiguar los gritos. Efectivamente, ella se había ganado ese vestido rojo que luego le había visto puesto mientras entregaba su cuerpo a otro hombre.

–¿Por qué? –volvió a preguntar Gemma con cierta desesperación por el silencio de él.

Jax hizo un gesto con la cabeza a Zenas y habló con él en voz baja cuando se acercó.

–Iremos a un sitio más… privado.

Gemma se encontró con esos ojos brillantes y abrasadores como esmeraldas y se puso rígida.

–No.

–No sé qué estaba pensando. Aquí no podemos hablar.

O pelearse, se dijo Jax a sí mismo, al caer en la cuenta de que lo más probable era que se intercambiaran reproches cuando la interpelara.

Gemma dio otro sorbo de vino para intentar dominarse y pensar con calma antes de hablar.

–No quiero ir a ningún otro sitio contigo.

–No seas mentirosa –le advirtió Jax con ironía–. No tardaría ni cinco minutos en tenerte tumbada si eso fuese lo que quisiera… pero no lo es.

La piel blanca de Gemma fue poniéndose roja poco a poco y lo miró espantada por su crudeza.

–No puedo creerme que hayas dicho eso.

Jax volvió a encogerse de hombros con un brillo muy elocuente en sus impresionantes ojos.

–Sencillamente, es lo que los dos estamos pensando.

Gemma se encrespó como una gata furiosa y se puso muy recta.

–No, no lo es. Habla por ti.

–Una vez me creí el truco de la virgen, pero no tientes a la suerte, *koukla mou* –le aconsejó Jax mientras se levantaba–. Las santas y virtuosas no tienen nada que hacer conmigo.

–No me llames eso, ¡no soy la muñeca de nadie!

Sabía lo que quería decir eso en griego porque su padre solía decírselo a Bella.

–No tientes a la suerte, Campanilla.

Ese había sido un apodo familiar y oírlo fue como una cuchillada. Se quedó pálida porque la llevaba a un sitio al que no quería ir, a una época en la que había creído que la querían y que estaba a salvo. Sin embargo, todo había sido una mentira despiadada. Lo que más le dolió fue que le había encantado aquella mentira y que había anhelado que durara para siempre, como en los cuentos de hadas.

–Todavía no me has dicho de qué se trata todo esto –replicó ella mientras se terminaba el vino con pequeños sorbos que le quemaban en la garganta–. Yo voy a quedarme aquí.

Una limusina plateada llegó con un susurro. Estaban en una zona peatonal y ese coche no debería estar allí, pero los dos policías que patrullaban por la calle no hicieron nada para impedirlo.

–Móntate en el coche o te montaré yo –le advirtió Jax en tono amenazante.

La obstinación de ella había acabado con su poca paciencia.

Había cometido un error. Giró la cabeza y vio que Zenas estaba pasmado, que había oído su amenaza.

–No te atreverás –le retó Gemma entre risas.

Se atrevió. La tomó en brazos de la silla y la dejó en el asiento trasero de la limusina como si estuviese recuperando un paquete perdido, y dándose cuenta de que sus guardaespaldas estaban mirándolo como si se hubiese vuelto loco. Sin embargo, era toda la culpa de Gemma. Jamás hacía lo que se le decía, jamás aceptaba que él sabía lo que tenía que hacer. Además, toda la situación se iba al garete y podía culparse a sí mismo porque, para empezar, no debería haber quedado con ella. ¿Por qué iba a importarle lo más mínimo lo que pasó hacía dos años?

Ella le había mentido para ganarse su compasión y embaucarlo, había fingido que era más joven e inocente de lo que era en realidad. Él ya sabía por qué lo había hecho. Había mentido para impresionarlo porque era rico y, en aquella época, a ella solo le movía la codicia y las ganas de ascender en el mundo. Cientos de mujeres lo habían perseguido de mil maneras por el mismo motivo. Entonces, ¿por qué le escocía todavía el engaño de ella?

Se montó también en el coche irradiando tensión y con un destello de rabia en los ojos verdes. Gemma lo miró fijamente.

–Todavía tienes muy mal genio –se quejó ella–. Además, acabas de secuestrarme y la policía no ha hecho nada…

–A lo mejor deberías haber gritado y haberte resistido un poco para mostrar miedo –se burló Jax.

Estaba convencido de que ella, en el fondo, estaba encantada de estar otra vez en su limusina y de que lo más probable era que ya estuviera ideando cómo sacarle provecho a su aventura en España.

No iba a conseguirlo, se juró a sí mismo mientras miraba hacia otro lado. Ella lo observaba como si fuese una araña que pensaba tejer una tupida red para atraparlo. Por otro lado, él podría jugar con ella como ella jugó con él una vez y, además, podría hacer con ella lo que quisiera. Esa idea lo dejó atónito porque no solía jugar con las mujeres. Sin embargo, no podía negar que la idea de jugar con Gemma lo excitaba muchísimo.

Gemma tomó una bocanada de aire para tranquilizarse. Se fijó en el hombre que tenía a su lado, la fina tela de los pantalones se le ceñía a los poderosos muslos y a su… miembro. Lo miró un segundo antes de apartar la mirada apresuradamente porque la erección era evidente. ¿Acaso estaba pensando todo el rato en sexo? Se sonrojó porque llegaron a tener una relación muy física. Había durado seis semanas, aunque solo habían… intimado durante las dos últimas,

pero se había dado cuenta de que el sexo era increíblemente importante para Jax y no disimulaba ni refrenaba ese impulso. Al fin y al cabo, habían concebido a Bella en un arrebato en un probador, se recordó a sí misma con humillación. Había intentado resistirse, pero no podía resistirse a Jax cuando el cuerpo le abrasaba como si ardiera con un fuego que no podía sofocar.

–Te odio –le dijo ella pensando todavía en aquel probador donde no usaron protección.

–¿Porque te descubrí o porque te dejé? –preguntó él con cierto aburrimiento.

Gemma se clavó las uñas en las palmas de las manos. Le había dicho la verdad, lo odiaba. En realidad, la idea de vengarse de Jax la daba fuerzas. Él tenía una seguridad en sí mismo insoportable, estaba seguro de todo lo que hacía, algo que no le pasaba a ella. Era inteligente, triunfador y rico. Las mujeres también lo adoraban como al dios griego que parecía.

–¿Adónde me llevas? ¿Por qué quieres hablar conmigo? Ya se ha hecho tarde, ¿no?

–¿De verdad? –preguntó Jax mientras pulsaba un botón para abrir un mueble bar.

–¡No te entiendo! –exclamó Gemma con desesperación.

–Ni falta que hace.

Jax le dio una espumosa copa de champán. Estaba desconcertada, lo veía en sus ojos azules, y sintió cierto remordimiento, aunque, naturalmente, estaba fingiendo, se dijo a sí mismo con rabia. Como solía decirse, «si me engañas una vez, la culpa es tuya, pero si me engañas dos, la culpa es mía».

Sabía que Gemma podía hacer una representación digna de un premio, pero él conseguiría lo que quería. Conseguiría respuestas, que ella llorara y que, encima, se justificara y se pusiera a sus pies. Esbozó una ligera sonrisa ante la idea de tener a Gemma a sus pies. Gemma de rodillas para complacerlo… justo lo que le recetaría el médico a un multimillonario aburrido.

En el fondo, por eso se comportaba de una forma tan rara. Estaba aburrido. Le aburrían los halagos y todas esas mujeres ávidas por complacerlo. Bueno, Gemma nunca lo había halagado. Había discutido con él, lo había criticado y le había vuelto loco mil veces. Aun así, había estado con ella seis cortas semanas salpicadas con viajes de trabajo que los habían separado. Seis semanas… Eso le daba que pensar. ¿Por qué recordaba tantas cosas de ella cuando le costaba acordarse del nombre de una mujer con la que se había acostado hacía una semana? Porque le había herido el orgullo.

Decidió que ese era el único motivo por el que se acordaba de ella todavía. Bueno, eso y las relaciones sexuales ardientes y plenamente satisfactorias.

Gemma dio un sorbo de champán y sintió un cosquilleo en la nariz. Tenía gotas de sudor en la frente, se sentía sin el control de la situación y no le gustaba. Estaba en el coche de Jax y no sabía ni a dónde la llevaba ni por qué quería hablar con ella después de tanto tiempo.

–Quiero irme a mi casa –dijo ella bruscamente.

–No, no es verdad.

–No me fío de ti. No quiero estar a solas contigo –insistió ella en tono cortante.

–Mi ama de llaves vive en la casa –murmuró Jax inexpresivamente.

–¡Como si fuese a cambiar de opinión por eso! Ninguno de tus empleados te llevaría la contraria. ¿Crees que soy tonta?

–Un poco histérica –contestó él–. Además, no me lo merezco, jamás te he hecho daño.

–Pero tus empleados sí me lo harían si se lo dijeras. Hace dos años me sacaron arrastras del *Sea Queen* y me hicieron daño –le recordó Gemma.

Jax giró la cabeza y la miró con el ceño fruncido mientras la limusina se paraba.

–¿Puede saberse de qué estás hablando?

Ella se bajó a un camino iluminado que llevaba a una villa muy moderna y de un tamaño impresionante. Hacía frío y se sintió un poco mareada. La copa de champán había sido excesiva. El alcohol siempre le había afectado.

–Hablaremos de eso dentro –siguió Jax con impaciencia–. Vamos…

¿Cómo se había metido en esa situación? Se preguntó ella con rabia. No sabía dónde estaba y no tenía ni idea de cómo podía volver a su casa. Debería haber organizado un jaleo cuando la levantó de la silla del bar, pero no había hecho nada para no montar una escena en público. En ciertos momentos, Jax era imparable, le daba igual lo que pensaran los demás, solo le importaba lo que pensaba él mismo.

–Quiero que un taxi me lleve a casa. En este momento…

–Creía que estabas deseando contarme lo que te pasó en el yate –murmuró Jax en un tono amable que ella no se creyó.

Gemma se movió con incertidumbre. Vio a los guardaespaldas y a la mujer que esperaba en la puerta principal para recibirlos.

Apretó los labios e hizo un esfuerzo para seguir a Jax hasta el recibidor. Había tantos espejos y reflejos que se desorientó y no dijo nada cuando Jax le puso una mano en la espalda para dirigirla hacia un salón inmenso decorado con sofás y obras de arte modernas y monocromas.

–Te arrastraron por el yate… –comentó Jax en voz baja–. ¿Cuándo pasó?

–Unas dos semanas después de la última vez que te vi en España…

–Yo ya me había marchado por entonces. Cuéntame qué pasó.

–Fui a buscarte y me dijeron que no estabas a bordo del *Sea Queen*…

–Y era verdad.

–Ese tripulante era espantoso. Me llamó de todo y me maltrató.

–¿Cómo te maltrató? –le preguntó Jax, que se había quedado inmóvil.

–Dije que no iba a moverme de allí hasta que me dieran un teléfono o una dirección para ponerme en contacto contigo. Quizá fuese una tontería. En cualquier caso, ese tipo grande y calvo se puso agresivo, dijo que era una… ramera y me arrastró por la cubierta y la pasarela. Me caí, me hice sangre en las rodillas y los codos y nadie me ayudó. Además, alguien llamó al servicio de seguridad del puerto y me acusaron de colarme en una zona prohibida. Fue atroz.

Él había fruncido las cejas, de color ébano.

–Me niego a creerme que alguien de la tripulación fuese tan violento con una mujer…

–¡Pues créetelo porque pasó!

–Tampoco me creo que hubiese maltrato… verbal, pero sí puedo confirmarte que no iban a darte mi número de teléfono o mi dirección porque di esa orden –reconoció él en tono sombrío.

–¿Por qué? ¿Qué creías que iba a hacer? ¿Creías que iba a cometer un acto terrorista contra ti o que iba a acosarte?

–No quería que te convirtieras en un engorro –contestó él inexpresivamente.

Se apartó un momento de ella porque los recuerdos estaban mezclándose con sus pensamientos. Lo que había sentido por ella había sido demasiado intenso. En ese momento, retrospectivamente, se daba cuenta de que su reacción había sido excesiva al descubrir cómo era ella de verdad y había reculado para protegerse, le había parecido que no podía volver a verla ni a hablar con ella.

–No entiendo por qué fuiste al yate o por qué intentaste ponerte

en contacto conmigo otra vez –comentó él en tono cortante mientras volvía a darse la vuelta para mirarla.

Los reproches se le acumularon en la boca, pero se los tragó porque no quería comunicarle la existencia de Bella en medio de una discusión acalorada. Era posible que Jax pareciera gélido e inexpresivo como un glaciar, pero el ambiente echaba chispas y la tensión era espantosa.

Naturalmente, intenté ponerme en contacto contigo, pero te esfumaste. No volví a saber nada de ti. Todo el mundo querría una explicación…

–La explicación era muy evidente. Me había aburrido –murmuró Jax con desdén.

–Algunas veces… eres muy… desagradable –balbució ella sin creerse que él pudiese ser tan humillante.

–Pon tus cartas encima de la mesa, *koukla mou,* y es posible que yo también las ponga.

–No sé adónde quieres llegar.

–Deja de hacerte la víctima –le ordenó él con impaciencia–. Me contaste muchas mentiras entonces y…

–¡No es verdad! –le interrumpió ella con furia.

La desesperación lo atenazó por dentro. Gemma iba de un lado a otro con los ojos azules clavados en él. La lámpara de suelo que había detrás de ella hacía que su vestido rosa fuese casi transparente y desvelaba el contorno de sus pequeños y suculentos pechos y la sombra rosada de su areola. El miembro se le puso duro al instante.

–¿Qué mentiras? –siguió Gemma airadamente mientras observaba el movimiento elástico del cuerpo de él al ir de un lado a otro por delante de ella.

Era tan hermoso que todavía le cortaba la respiración. No era solo su rostro alargado y sus impresionantes ojos verdes. Jax irradiaba virilidad y fuerza desde la inclinación agresiva de su arrogante cabeza hasta la amplitud de sus hombros y la imponente presencia de sus piernas largas y musculosas. Lo contemplaba con tanta codicia que no podía concentrarse. Se le endurecieron los pezones y notó esas palpitaciones cálidas entre los muslos.

–¿Qué mentiras? –insistió ella, aunque no podía pensar con claridad.

Jax apretó los labios por la erección. Se acabó la conversación. Gemma lo enredaría con las palabras, se iría por las ramas, lo adornaría y se escurriría hasta que él quisiera estrangularla. Además, ¿por qué estaba molestándose siquiera? Ya no mezclaba

los sentimientos con las mujeres. No le interesaban sus motivaciones ni sus secretos más profundos. Todo era sencillo y sincero. Entonces, ¿por qué no estaba siendo sincero consigo mismo? No había llevado a Gemma a su casa para hablar con ella, ¿verdad? La miró detenidamente y esbozó una sonrisa sarcástica.

Era la sonrisa de niño malo que le había visto a Jax cientos de veces en las revistas. No era la sonrisa que había hecho que el corazón le diera un vuelco y que se le desbordara de amor. Era una sonrisa algo sombría y con cierto aire amenazante y sensual. Las pocas defensas que le quedaban se tambalearon. Retrocedió un paso para mantener la distancia y conservar el dominio de sí misma. Jax, sin embargo, le agarró una mano con un movimiento repentino y la atrajo hacia sí. Luego, la rodeó con los brazos y la levantó fácilmente para estrecharla contra su cuerpo.

Era un momento decisivo y lo sabía. Sabía que podía empujarle los hombros para que la soltara y la dejara en el suelo, pero nada le resultaba tan sencillo cuando se trataba de Jax. Mientras la bajaba, le pasó los labios por el cuello y se lo rozó con la barba incipiente. Se estremeció tanto que se sintió mareada. Además, el olor de su colonia se mezclaba con el olor viril y limpio de su piel, era un olor tan increíble que quiso meter la nariz entre su pelo. Le rodeó el cuello con las manos y se agarró como una lapa durante una décima de segundo, mientras él recorría el camino hasta sus labios separados.

Solo un beso, se concedió a sí misma, solo uno, pero el hombre que ya la sedujo una vez con sus besos no estaba dispuesto a traicionar su historial. Siempre sabía lo que ella quería y siempre se lo daba, le había enseñado a anhelar esa pasión abrasadora. La besaba y ardía en llamas, el deseo se adueñaba de ella con cada acometida de la lengua. Se retorcía con la respiración entrecortada, con toda la avidez que había sofocado.

La tumbó en una superficie firme aunque también cedía un poco. Echó la cabeza hacia atrás mientras él le bajaba el vestido para tomarle un pezón rosado entre los dedos. Luego, se arqueó cuando se lo introdujo en la calidez de la boca. Sintió como un río de lava por dentro que acababa entre las piernas. Dejó escapar un gemido de excitación mientras él le recorría el cuerpo con la boca.

Hasta que se preguntó cómo se las había ingeniado él para llegar a ese punto y la respuesta le asombró tanto que se soltó con vehemencia, se cayó del sofá y se hizo daño en la cadera al golpearse con el suelo. Con lágrimas de humillación, se puso de rodillas y, torpemente, volvió a taparse con el vestido que tenía por

debajo de la cintura. Una oleada de vergüenza se adueñó de ella.

–*Thee mou…*

–Quiero irme a casa en taxi –le interrumpió ella–. Esto no va a llegar más lejos –aseguró Gemma sin poder mirarlo siquiera.

Jax quería romper algo, pero tomó una bocanada de aire muy profunda. Gemma no había cambiado. Tenía que tenerlo todo muy bien atado antes de hacer algo. Hacía dos años, lo había persuadido al negarle las relaciones sexuales, pero ya no era tan influenciable. Sin embargo, cuando la tocaba, ella se adueñaba de él.

Mientras intentaba, con una considerable falta de dignidad o elegancia, atarse otra vez el vestido sobre los hombros, el odio a Jax creció como una marea venenosa dentro de ella. Había tardado diez segundos en tenerla medio desnuda, solo había conservado las bragas. Había sido pan comido. Decidió, con lágrimas de rabia en los ojos, que estaba tan ávida de tener relaciones sexuales que quizá necesitase tener un hombre en su vida. Sin embargo, ese hombre no podía ser Jax Antonakos.

–La limusina te llevará a casa –dijo Jax inexpresivamente–. Si de verdad quieres marcharte.

–Ahora me toca a mí largarme. Ojalá lo hubiese hecho hace dos años. ¿Qué pensabas que iba a pasar? ¿Otra sesión de sexo sin protección? ¿Nunca has tenido consecuencias?

–¿Puede saberse qué estás insinuando? –le preguntó Jax en un tono seco.

Gemma echó la cabeza hacia atrás como si hubiese tenido una descarga de adrenalina por el rencor y la amargura.

–Cuando te aburriste de mí y me dejaste tirada como una colilla, también me dejaste embarazada.

Capítulo 4

JAX se había quedado petrificado.

–Eso es imposible.

–¿Por qué? ¿Eres estéril? –le preguntó Gemma sin inmutarse–. No lo creo, porque hemos tenido una hija que ya tiene quince meses, Jax.

Jax la miró fijamente con la incredulidad reflejada en su atractivo rostro y unos surcos profundos que le bajaban de la nariz a las comisuras de la boca.

–Es imposible –repitió él con un brillo de obstinación en los ojos verdes.

–La última semana que pasamos juntos hicimos el amor en un probador y no te pusiste ninguna protección –le recordó Gemma con rabia–. ¿Por qué crees que intenté ponerme en contacto contigo hasta el punto de que me expulsaron del barco? Necesitaba ayuda.

La impresión hacía que su cerebro se rebelara y le dijera que aquello era total y absolutamente imposible, pero su memoria era infinitamente más precisa. Sabía que había corrido aquel riesgo y que no le había dado importancia en su momento, que se deleitó con el placer de que ni la fina capa de un preservativo lo separara de ella. También se dio cuenta de que si ella estaba diciéndole la verdad, había cometido el error que iba a pagar más caro de su vida.

El pánico atenazó a Gemma cuando vio el brillo en sus ojos verdes. ¿Qué había hecho al soltárselo así? Vagamente, comprendió que le había devuelto los golpes de la única manera que sabía. Había querido impresionarlo y hacerle tanto daño como le hizo él cuando la rechazó. Sin embargo, también se dio cuenta de que no debería haber utilizado a Bella como un arma contra él.

–Eso hay que hablarlo –replicó Jax en un tono tajante.

–No esta noche. Quiero irme a casa en este momento.

–No puedes decirme que podría ser padre y luego…

–Sí, puedo –le interrumpió Gemma con rabia–. Puedo hacer lo

que quiera, como tú haces lo que quieres. Y no podrías ser padre, ¡Bella es hija tuya porque no he estado con ningún otro hombre!

Jax sabía que eso era mentira porque había visto con sus propios ojos que lo engañaba, pero la prueba de ADN les daría la solución que ninguno de los dos podría refutar. Estaba espantado por la idea de que pudiese tener una hija con una mujer que no solo mentía y engañaba, sino que, además, tenía antecedentes penales. Hasta las aventuras y matrimonios frustrados de sus padres parecían juegos de niños si se comparaban con eso. Además, su padre se tiraría de los pelos si había una heredera ilegítima de los Antonakos.

–Quiero verla –exigió Jax con firmeza.

–No.

–Si esa niña es medio mía, no puedes negarte. Reuniré al equipo de abogados de la familia –le avisó Jax–. ¿Quién la cuida cuando estás trabajando?

Un miedo gélido le atenazó las entrañas al oír hablar del equipo de abogados y al darse cuenta de que era una madre trabajadora.

–Mi madrastra –contestó ella intentando adoptar un tono conciliador, que le parecía más prudente en esas circunstancias.

–Te visitaré mañana y nos ocuparemos de lo que haga falta –comentó Jax con frialdad mientras salía al recibidor–. Necesito tu dirección…

–No.

La sensación de sentirse atrapada era tan grande que casi la asfixió. Le había hablado de Bella y lo había hecho de una forma provocadora e irreflexiva, la peor manera de darle una mala noticia a Jax. Ya era bastante volátil y no necesitaba que lo espolearan. Además, no tenía la más mínima duda de que, para él, enterarse de que era padre era una noticia muy mala y se había puesto muy frío y serio.

Comprendía que tendría que apechugar con las consecuencias de su impulsiva decisión y que tendría que decirles la verdad a Kreon e Iola.

–Si vienes por la mañana, estaré allí –concedió Gemma de repente–. Normalmente, solo trabajo por las tardes. Mi padre y mi madrastra tienen que ir a un entierro y no estarán en casa.

Jax le pidió la dirección y se quedó en la puerta mirándola mientras se montaba en la limusina. Ella apartó la mirada de su actitud amenazante y se dijo que había hecho lo que tenía que hacer. Él tenía derecho a conocer a Bella, pero también tenía la culpa de no haberla conocido antes. De repente, tuvo la esperanza de que él no quisiera saber nada de su hija, y también sintió un

remordimiento espantoso porque sabía lo doloroso que era no tener padre y no quería que su hija pasara por eso.

Sin embargo, cuando rememoraba su aventura con Jax, no podía creerse que hubiesen acabado tan penosamente enfrentados. Aquella noche, después de la fiesta en el yate, Jax se había empeñado en acompañarla hasta su habitación en el bar.

–¿Tienes más de veintiún años? –le había preguntado él–. No quiero tener nada con mujeres más jóvenes.

–Tengo veintitrés –había mentido ella al instante.

Se había puesto cuatro años para que él se quedara contento. Jax le había dicho que la recogería a la noche siguiente para llevarla a cenar y ella le había replicado que estaría trabajando.

–Tómate la noche libre –le había pedido él.

–No puedo permitírmelo.

–Yo cubriré el coste –había propuesto Jax.

–Entonces, estarías pagándome por mi tiempo y no puedo aceptarlo.

–Eres muy complicada.

–Y tú no sabes aceptar una negativa por respuesta.

–Quiero volver a verte –había insistido Jax.

–Tengo libre el jueves por la noche.

–No quiero esperar tanto tiempo.

–Muy bien. Puedes verme mañana a medianoche, cuando acabe mi turno, si no es demasiado tarde para ti…

–No, me parece bien.

–Pero quiero que sepas desde ahora que no voy a acostarme contigo, de modo que si eso es lo que esperas, ya puedes ir olvidándote de mí –le había avisado ella con firmeza.

Gemma había aprendido a ser directa con los hombres. Había salido con demasiados hombres que habían dado por supuesto que se acostaría con ellos al final de la noche y que habían reaccionado muy mal cuando los había rechazado. Sin embargo, su cuerpo era lo único que siempre le había parecido suyo de verdad y no iba a entregárselo a nadie hasta que conociera a alguien a quien deseara lo suficiente. Sinceramente, no había esperando que Jax fuese distinto, pero se había dado cuenta de su error poco a poco y le había resultado doloroso rechazarlo porque no había podido dominar su propia avidez.

–Te pones muy a la defensiva. No todos los hombres están pensando en acostarse contigo…

–¿Quieres decir que tú no lo estás pensando? –le había preguntado ella sin disimular la sorpresa.

–Ya veo que ser delicado y seductor contigo va a ser complicado.

Jax se había reído y le había dirigido una sonrisa burlona, y ella había empezado a enamorarse aquella misma noche porque esa sonrisa irresistible la había dejado sin respiración.

Había quedado con él a la noche siguiente y habían tomado unas tapas y un par de copas en un bar muy elegante. Sin embargo, desgraciadamente, se había quedado dormida en medio de la conversación porque estaba molida de haberse pasado todo el día atendiendo a clientes de pie. Él la había despertado con delicadeza y la había llevado a su casa sin intentar besarla siquiera, le había reconocido que los bostezos no le parecían sexys. Él le había introducido su número de teléfono en el teléfono de ella mientras estaba dormida y había empezado a mandarle mensajes al día siguiente. Primero le comunicó que pasaría un par de días fuera del país y luego quedó en volver a verla cuando tuviera la noche libre.

Un día después, Kat Valtinos se había presentado en el bar y la había arrinconado.

–Jax es la máxima expresión de un playboy y tú eres una vagabunda.

–Es posible –había reconocido ella al pensar en su pasado y en su presente.

–Evidentemente, Jax se aburrirá enseguida y tú quedarás como una pegajosa.

–No he tenido la ocasión de pegarme todavía, pero aprendo enseguida. ¿Le gustan las mujeres pegajosas? –le había preguntado Gemma–. ¿Es tu novio?

–No, es un amigo muy bueno, pero estás perdiendo el tiempo, porque pienso casarme con él.

–Eso díselo a él, no a mí –le había aconsejado Gemma antes de seguir con su trabajo.

A la mañana siguiente, Gemma se levantó temprano después de haber pasado una noche casi en vela por los recuerdos. Se despidió de su padre y su madrastra cuando se fueron al entierro. Durante el desayuno, habían estado contando historias tristes y cariñosas sobre su amigo fallecido y no se habían dado cuenta de lo ojerosa y silenciosa que estaba ella.

Sin embargo, también estaba inquieta y angustiada. Jax ya sabía que Bella existía y a ella le preocupaba qué iba a hacer con esa información. Puso una mueca de fastidio al darse cuenta de que Jax volvía a tener poder sobre ella. Naturalmente, tenía derechos como

padre que ella no podía negarle. Sin embargo, ¿ejercería esos derechos para tener un papel activo como padre?

Una hora más tarde, recibió la primera muestra de Jax ejerciendo sus derechos. Un abogado muy bien vestido y que hablaba muy deprisa se presentó y le pidió que accediera a hacerse una prueba de ADN. Ella, sonrojada y humillada por la duda de Jax sobre la paternidad de Bella, no había terminado de dar su consentimiento cuando apareció un técnico de laboratorio para tomar unas muestras. Una vez resuelto ese asunto, el abogado le dejó delante un contrato de confidencialidad. Era lo que los medios de comunicación solían llamar el «secreto del sumario», y se negó a firmarlo y se mantuvo en sus trece a pesar de los intentos del hombre para convencerla.

–Al señor Antonakos no le gusta que sus asuntos privados se aireen en público. Si firma este documento, será una base sólida para que sus relaciones sean buenas en el futuro.

–Le aseguro que no tengo la más mínima intención de hablar con la prensa, pero tampoco voy a firmar nada que me impida hablar de mi propia hija –replicó ella sin alterarse.

Cuando el hombre se marchó, ella entendió que lo habían implicado en un plan para evitar posibles perjuicios y le irritó que Jax se protegiera a sí mismo y protegiera la reputación de la familia Antonakos antes incluso de que supiera con certeza que la niña era suya. Le horrorizaba que desconfiara tanto de ella que sospechara que podía llegar a vender historias desagradables sobre él.

En realidad, ella tenía un concepto muy bajo de Jax, pero pensaba guardarse su opinión por el bien de su hija. Fuera lo que fuese Jax, era y siempre sería el padre de su hija y no quería hacer nada que perjudicara a su relación. Eso significaba que tendría que guardarse sus sentimientos personales. Airear su rabia, su rencor y su amargura sería destructivo y su situación, cuando compartían un hijo pero nada más, ya era bastante complicada. Jax llegó una hora después de que el abogado se hubiese marchado y, por una vez, no llegó en limusina. Se oyó el rugido de una motocicleta y ella creyó que era un repartidor hasta que vio que se quitaba el casco mientras se dirigía hacia la puerta principal. Se dio cuenta de que estaba intentando ser discreto y que no lo reconocieran. Cuando lo conoció en España, Jax acababa de adoptar el papel de su hermano difunto y como era relativamente desconocido, no había paparazzis que lo siguieran por todos lados. Sin embargo, en ese momento, cuando cada aparición pública de Jax era una locura, le agradecía que fuese prudente, porque no quería que su cara o la de su hija aparecieran

en artículos repletos de conjeturas bochornosas.

Abrió la puerta, se apartó un poco y Jax entró con un olor a cuero y virilidad. Él la abrumaba en el pequeño recibidor y cerró precipitadamente la puerta para ir a la espaciosa sala, que estaba llena de juguetes y diversos objetos para bebé.

Jax dejó el casco en un sofá y se pasó los dedos por el pelo con cierta impaciencia.

–¿Dónde está?

–Bella está durmiendo la siesta. La levantaré dentro de diez minutos. Se levanta temprano por la mañana y se cansa enseguida…

Se dio cuenta de que estaba hablando por hablar y se sonrojó al darse cuenta de que Jax la miraba fijamente.

Gemma llevaba unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta rosa y los pies descalzos. Parecía muy joven y guapa y, evidentemente, no se había arreglado para él, y le molestó que no hubiese hecho ese esfuerzo. No había dormido gran cosa la noche anterior y la ducha de agua fría no había obrado ningún milagro. La tensión sexual que se sumaba al asombroso anuncio que le había hecho Gemma era un fastidio. Cuando tenía un problema, le gustaba elaborar un plan de trabajo con límites firmes. Desgraciadamente, no conocía ningún plan que le dijera a un hombre lo que tenía que hacer cuando se enteraba de que era padre aunque nunca había querido serlo. Efectivamente, había sido irreflexivo con Gemma y, retrospectivamente, no podía perdonarse o justificarse por esa falta de responsabilidad. Aunque claro, la niña podría no ser suya y, en ese caso, estaría haciendo una montaña de un grano de arena.

–Deja de mirarme –le ordenó Gemma, que estaba roja por la intensidad de su mirada.

–Cómo no voy a mirarte. Anoche arrojaste una bomba sobre mí. Sigo dándole vueltas.

–Bueno, yo llevo dándole vueltas desde que me enteré de que estaba embarazada –reconoció Gemma–, pero acabas acostumbrándote y ahora no podría imaginarme la vida sin Bella.

Jax entrecerró los ojos y miró el resplandor juvenil de su piel y el vaivén de sus rizos rojizos que resaltaban el azul de sus ojos. No podía negar la belleza que tenía delante. Apretó los dientes con todas sus fuerzas cuando el cuerpo empezó a reaccionar y se dio la vuelta hacia la puerta principal para que su libido no tomara las riendas cuando pronto habría una niña en la habitación.

–¿Quieres café? –le preguntó Gemma para romper el silencio

cuando reapareció por la puerta.

–No es una visita social –contestó Jax.

Se oyó un grito y Gemma, sonrojada por la respuesta cortante de él, subió corriendo las escaleras.

Jax se dejó caer en un sofá e intentó relajarse, pero ya ni se acordaba de la última vez que había estado cerca de un bebé. Era padrino de varios, pero su papel no era nada activo, ni nadie esperaba que lo fuera. Paradójicamente, sí había aprendido todo lo que había que hacer para cuidar a un bebé cuando solo tenía doce años. Fue a finales del verano, antes de que su madre contratara una niñera porque él estaba volviendo del internado.

Oyó el crujido de las escaleras y se levantó de un salto. Se puso muy recto cuando Gemma entró en la sala y vio inmediatamente a la niña en sus brazos. Se quedó helado en cuanto vio su pelo moreno y rizado y sus ojos verdes. En ese instante, así de teatralmente, supo que no se necesitaba ninguna prueba de ADN para que todo el mundo supiera que esa niña era de él. La hija de Gemma era la viva imagen de su hermana Tina, y ese parecido lo arrasó como un alud. Evidentemente, su madre había tenido unos genes muy fuertes, porque tanto su hermana, que murió siendo muy pequeña, como él, se habían parecido más a Mariana que al hombre que había sido el padre de sus dos hijos. También sabía que ese parecido con su madre había sido la puntilla para su sensible padre.

–Esta es Bella.

Gemma se arrodilló para dejar a la niña en el suelo. Bella, con un dedo en la boca, miró a Jax con la curiosidad reflejada en los ojos verdes. Él se agachó y tomó un juguete que empezó a sonar cuando tocó el botón adecuado. Bella sonrió, se acercó a él, apoyó una mano en su muslo y se incorporó.

–No está asustada –comentó Jax.

Estaba maravillado de que pudiera hablar cuando, de repente, se había visto arrastrado hacia unos de sus recuerdos más sombríos. Los restos de esa rabia, ese dolor y esos remordimientos seguían resonando con fuerza dentro de él.

–No, es bastante confiada y le gustan los hombres. Mi padre la mima y juega mucho con ella. Supongo que todos la mimamos un poco –reconoció Gemma mientras miraba la imagen de Jax y su hija observándose el uno al otro–. Se parece mucho a ti…

Jax apartó un dedito de la barbilla de Bella y tuvo que tragar saliva para dominar las emociones que estaban abrumándolo. No debería empañar la primera vez que veía a su hija con unos recuerdos tan trágicos. El pasado era el pasado y lo más prudente

era dejar el pequeño espectro de Tina enterrado allí.

–¿Qué pasa? –le preguntó Gemma al ver el brillo de sus impresionantes ojos.

–Nada.

Jax esbozó una sonrisa forzada porque ya le había contado bastantes intimidades en el pasado y no pensaba volver a mostrarse así de vulnerable.

–Sin embargo, deberías haber removido cielo y tierra cuando nació para que yo supiera que era su padre.

Gemma se puso rígida porque no se había esperado esa crítica cuando había intentado por todos los medios a su alcance ponerse en contacto con él.

–Eso no es justo.

–Lo que no es justo es que esta niña y yo no pudiéramos entrar el uno en la vida del otro desde el principio –replicó Jax mientras aceptaba la muñeca de plástico que le había llevado Bella.

Los ojos azules de Gemma se endurecieron como el pedernal.

–Como dijiste cuando me dejaste tirada, no querías que me convirtiera en un engorro –le recordó ella–. Si no querías saber nada de mí, ¿cómo iba a decírtelo?

Jax se encogió de hombros porque no se atrevía a hablar en ese estado de ánimo.

–Me imaginaba que no tenías una respuesta para eso –añadió Gemma.

Se agachó para tomar la mano de Bella y la llevó a la cocina, donde le sirvió una taza de leche.

Luego, Bella empujó la puerta para salir a jugar al patio. Gemma la abrió y observó a su hija que salía a la luz del sol para tomar un cochecito de bebés de plástico que le encantaba.

Jax miró a Bella, que se acababa la leche y dejaba la taza con un cuidado exagerado antes de empujar un cochecito de bebés por el trozo de césped, y comprendió que era su hija, otra generación de la familia Antonakos. No sabía cómo y le daba igual, pero Gemma debería haberse puesto en contacto con él, pensó con rabia.

–Me he perdido más de un año de la vida de mi hija –comentó en un tono sombrío–. Es inaceptable…

–¡No, lo inaceptable fue cómo me trataste! –replicó ella acaloradamente.

Jax pensó en el informe de la investigación, pero le pareció que no había motivo para echárselo en cara a Gemma en ese momento. Como tampoco el episodio que presenció en el callejón. La reacción de él había sido muy humana, se había dejado llevar por la rabia y

la agresividad.

–Me temo que no se me pasó por la cabeza que pudieras estar embarazada –reconoció él con aspereza–. Debería haber tenido en cuenta esa posibilidad y haber actuado en consecuencia, pero no lo hice. Fue una negligencia grave por mi parte.

–Sí, lo fue –añadió Gemma con algo menos de tensión en los hombros.

–Entonces, no perdamos más el tiempo con lo evidente y repasando un pasado que los dos preferimos olvidar.

–No podemos olvidarlo cuando Bella es el fruto de ese pasado –replicó Gemma con impotencia–. Es posible que no nos llevemos bien, pero tendremos que vivir con ella. Haré café, no porque sea una visita social, sino porque tenemos que aprender a actuar de una forma civilizada.

Gemma fue a enchufar el hervidor de agua y Jax salió al patio porque no podía dejar de mirar a su hija recién descubierta. Entonces, decidió que no pensaba vivir con el rechazo que le producía Gemma ni llegar a ser civilizado con ella. No podía por lo que sabía sobre su pasado, no podía confiar en que fuera una madre cariñosa y decente. Lo más importante era el bienestar de Bella y nadie podría convencerle de que su hija estaría a salvo con una madre que había traficado con droga y había vendido su cuerpo. Le daba igual que Gemma hubiera pasado esa página a todos los efectos.

Él, al fin y al cabo, era hijo de una drogadicta. Había oído muchas promesas, la había visto empezar de nuevo muchas veces y había presenciado las recaídas subsiguientes. Bella siempre correría algún riesgo si se quedaba con su madre. Tendría que llevar a Gemma a los tribunales para conseguir la custodia de su hija. Estaba seguro de que ella quería a Bella todo lo que podía, pero tenía debilidad por el abuso de sustancias tóxicas y no podía confiar en que siempre antepusiera las necesidades de su hija.

–¿No podemos comportarnos como amigos? –le preguntó Gemma en un tono esperanzado mientras salía por la puerta.

Jax la miró sin salir de su asombro y se preguntó cómo era posible que siguiera pareciendo tan joven e inocente con el pasado que arrastraba. ¿Amigos? Jamás. Además, cuando Gemma recibiera la primera notificación oficial del equipo de abogados de Antonakos y se diera cuenta de lo que pensaban hacer, tampoco pensaría mucho en la amistad. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

–Tienes que dejar de reprocharme todo lo que ha salido mal –siguió Gemma–. Te recuerdo que, en una relación, se necesita a las

dos personas para estropear las cosas.

Entonces, mientras ella hablaba, Bella se cayó de bruces y empezó a sollozar. Jax cruzó el patio y la tomó en brazos mientras le hablaba con suavidad y le acariciaba la espalda antes de arrodillarse para enseñarle una flor con la esperanza de que se le pasara el susto.

Gemma lo miró boquiabierta e impresionada sin querer.

–Jax… –murmuró aturdida.

Bella se tranquilizó y él la dejó en el suelo. Miró a Gemma con cierta rigidez en el rostro y vio que la luz iluminaba el tono rojizo de su pelo y su piel perfecta. Luego, se inclinó para recoger el cochecito y los vaqueros se le ciñeron a la curva de su trasero. Se acordó de haberle arrancado los vaqueros por la necesidad imperiosa de entrar en su húmeda calidez y la tensión le atenazó las entrañas mientras intentaba sofocar la voracidad que lo abrasaba por dentro.

–Me gustaría salir con Bella dentro de un par de días. Vendré con una niñera si eso te tranquiliza.

–Había dado por supuesto que esperarías a los resultados de la prueba de ADN antes hacer algo… oficial –comentó Gemma con desconcierto mientras se dirigía hacia él.

–La prueba de ADN solo confirmará lo que ya sé –murmuró Jax–. ¿Vas a obligarme a pelear para poder estar con ella?

Gemma puso una mueca de disgusto y apretó los dientes. En caso de duda, siempre amenazaba. Así era Jax. Podía pagar a los mejores abogados y acabaría teniendo derecho a estar con su hija independientemente de lo que ella hiciera o dijera, sería una necedad ignorarlo. Además, ¿no quería ella que Bella tuviese un padre? Sí, lo quería, pero no había contado con tener que compartir a su hija tan pronto.

–No, pero tampoco me gustaría alejarme de ella más de un par de horas cada vez –reconoció Gemma–. Es muy pequeña.

–De acuerdo –concedió Jax–. Dame tu número de teléfono y te llamaré.

Gemma tomó a Bella en brazos y miró a Jax, que se montaba en la moto con su musculoso cuerpo enfundado por los exclusivos vaqueros y la cazadora de cuero. Un coche arrancó al otro lado de la calle y empezó a seguirlo. Ella dio por supuesto que era su equipo de seguridad.

Cuando su padre y su madrastra volvieron del entierro, los sentó y les contó la verdad por fin.

–¿Jax Antonakos? –bramó su padre con la fuerza de un volcán–.

¿Lo dices de verdad?

–Por favor, no te enfurezcas. Eso solo empeoraría las cosas.

–Gemma, solo tenías diecinueve años –se lamentó su padre–. ¡Él tiene que tener unos diez años más que tú!

–Bueno, no podemos reprocharle eso. Yo le mentí cuando dijo que tenía que tener más de veintiún años para… estar conmigo. Le dije que tenía veintitrés.

–¿Le mentiste? –preguntó Kreon en tono airado.

–Tranquilo, Kreon –intervino Iola con delicadeza–. Era una joven como todas, que fingió ser mayor y más sofisticada cuando se le acercó un joven guapo. Muchas chicas de su edad habrían hecho lo mismo.

–Sí –reconoció Gemma roja como un tomate.

Iola le sonsacó el resto de la historia de esas seis semanas en España mientras Kreon echaba chispas sin disimular la rabia.

–Conocí a su padre –comentó él de repente–. También era un sinvergüenza, egoísta y arrogante.

–¿Al padre de Jax? ¿Cómo lo conociste? –le preguntó Gemma sin salir de su sorpresa.

–Mis padres trabajaron en Londres para la familia de Sofia, la primera esposa de Heracles Antonakos. Sofia y yo nos criamos juntos y nunca perdimos la amistad aunque vivíamos en mundos muy distintos. Ella solo tenía treinta años cuando murió –añadió Kreon en un tono apesadumbrado.

–Siento muchísimo no haberos contado la verdad desde el principio. No quería alteraros…

–No te importe alterarme –replicó Kreon con los labios apretados–. Alégrate de que esté aquí para respaldarte. Que te mande a sus abogados es la primera advertencia sobre lo que Antonakos piensa hacer.

–¿Qué quieres decir? –intervino Iola con preocupación.

–¿Te parece que lo que pasó esta mañana es agradable o considerado con la madre de tu hijo? Le pidió una prueba de ADN, intentó intimidar a Gemma para que firmara un contrato de confidencialidad… Como primera salva de advertencia, nos indica todo lo que tenemos que saber.

–Jax está intentando protegerse y no puedo reprochárselo.

A Gemma le preocupaba la seriedad colérica de su padre y sabía que era la culpable de que le hubiesen aparecido unas arrugas de estrés en el curtido rostro.

–Puede protegerse lo que quiera, pero no a tu costa o a la de Bella –replicó Kreon.

Esa noche, cuando fue a trabajar, Gemma estaba nerviosa y preocupada y tenía que hacer un esfuerzo para acordarse de los pedidos y llevarlos a la mesa correcta. El miedo de su padre a lo que podía estar tramando Jax la había asustado de verdad. No era la primera vez que le gustaría tener la capacidad de poder entrar en la cabeza de Jax.

Antes, había estado desacostumbradamente distante con ella, pero muy incondicional con Bella. Le costaba creerse que la noche anterior la hubiese besado y acariciado. Naturalmente, tenía sentido. Todo había cambiado en cuanto le contó que tenía una hija. Se acordó de su frialdad gélida cuando se lo dijo en su casa y tuvo que dominar un estremecimiento de miedo. La preocupación de su padre había disparado todas las alarmas y la había dejado al borde del pánico, había hecho que pensara cosas que había creído que no volvería a pensar.

¿Qué pasaría si levara el ancla y se esfumaba? Ya lo había hecho antes y podía hacerlo otra vez. Sin embargo, no estaría bien, le advirtió una vocecilla en la cabeza. No estaría bien privarle a Jax de la posibilidad de establecer una relación con su hija. Tampoco estaría bien escapar de la vida que su padre y su madrastra le habían ofrecido tan generosamente. Sería infantil huir de los problemas. Y ya no era una niña.

Capítulo 5

ENTONCES, usted es el padre de Gemma –Jax se apoyó en la mesa de su despacho con una frialdad letal y sin dejar entrever lo que estaba pensando–. ¿Dónde estaba durante todo los años que Gemma se crio en el sistema de acogida?

Kreon se puso muy recto.

–Ese es un asunto de Gemma y mío. Puede contárselo si quiere, pero he venido para proteger a mi hija y a mi nieta.

–No entiendo cómo piensa hacerlo.

–Es muy sencillo –contestó Kreon casi con entusiasmo–. Tengo secretos por los que su padre mataría para que no se publicaran en los periódicos.

Jax, asombrado, se rio con ganas.

–Mi padre no teme a nada. ¿Intenta chantajearme chapuceramente? Le aconsejo que se marche antes de que llame a la policía.

–Puede hacer lo que quiera, pero eso no impedirá que le cuente a la prensa secretos de su familia. En realidad, si me detienen, darán credibilidad a lo que digo. Su padre me odia. Eso se lo diré a cambio de nada. Sin embargo, ¿por qué cree que me deja en paz? Teme lo que yo pueda saber.

–Está diciendo muchas tonterías y no voy a oírlas.

Jax cruzó la habitación para abrirle la puerta a ese señor mayor.

–Argo, su hermano, no era su hermano porque no era hijo de su padre –dijo Kreon muy despacio–. Creo que Heracles no lo supo hasta que su hermano murió, y le aseguro que no quiere que esa humillante verdad salga en los periódicos.

Jax se quedó helado por el pasmo y se dio la vuelta violentamente.

–¿Qué quiere?

Jax no quiso pensar en lo que acababan de decirle, no quiso atar los cabos que le explicarían su milagroso cambio de categoría dentro de la familia Antonakos.

–Quiero que se case con Gemma a cambio de que siga en silencio.

–¿Que me case con ella…? –repitió Jax mirándolo fijamente y sin dar crédito a lo que había oído.

–Era una adolescente cuando le arruinó la vida. Le debe la seguridad de un anillo de boda. No tiene que ser una cadena perpetua para ninguno de los dos, pero sería una tabla de salvación para Bella y para ella y también les daría el reconocimiento que necesitan para llevar una vida mejor…

–¡No era una adolescente! –le interrumpió Jax con una rabia furibunda.

–Gemma cumplió veintiún años el mes pasado. Lo celebramos en el hotel donde trabaja –le explicó Kreon con una satisfacción amarga–. Mi esposa me ha dicho que las jovencitas mienten algunas veces sobre su edad.

–Veintiuno… –repitió Jax mientras intentaba dominar la furia y las ganas de estrangular a Gemma por haberse atrevido a mentirle–. Necesitaría alguna prueba irrebatible sobre lo que ha dicho acerca de mi hermano Argo.

Kreon sacó una carta manuscrita del bolsillo interior de la chaqueta y se la entregó a Jax. La habían escrito y se la habían mandado cuando Sofia, la primera esposa del padre de Jax, estaba enferma terminal. Sofia no había sido capaz de afrontar la muerte con ese peso en la conciencia y habría reconocido la aventura que había terminado con el nacimiento de Argo, aunque no había dado el nombre del amante.

–¿Por qué no lo sacó a la luz cuando murió ella? –le preguntó Jax con aspereza unos minutos después–. Con esta carta, tenía datos que no conocía nadie más.

–Sofia no podía haber pensado lo que estaba haciendo. Su padre acababa de perder a su esposa y Argo acabada de perder a su madre, y esta carta los habría destrozado a los dos. Por entonces, Heracles no sabía que Argo no era hijo suyo. ¿Qué cree que habría hecho? –Kreon hizo una mueca de disgusto–. Habría desheredado al muchacho y lo habría repudiado.

Jax se quedó mirando a la pared y supo que era muy probable que su padre hubiese reaccionado así llevado por la furia. Si Sofia hubiese sacado ese genio de la botella, no habría habido manera de volver a meterlo.

–Yo no quería tener esa responsabilidad, no soy un hombre despiadado. Nunca aprecié a su padre y fue un marido pésimo, pero, por mucho que sí apreciara a Sofia, preferí ocuparme de mis

asuntos cuando se marchó… hasta que un Antonakos ha amenazado la seguridad de los míos.

Kreon se marchó y Jax, mucho después, leyó cuidadosamente la carta que le había dejado. Seguía impresionado, aunque esa mujer había muerto mucho antes de que él naciera. Lo que decía esa carta trastornaría a su padre aunque él, como Kreon, creía que su padre había averiguado que Argo no era su hijo poco antes de que muriera. Eso podría explicar que Heracles hubiese superado tan deprisa esa pérdida y se hubiese adaptado a Jax casi de un día para otro.

Ese descubrimiento lo desgarró, por no decir nada del concepto de su familia. Había admirado al hermano mayor que nunca había llegado a conocer muy bien y había querido a su padre. ¿Por qué había querido a Heracles, quien había sido un padre inexistente cuando él había sido joven y había necesitado un padre? Recientemente, se había dado cuenta de que el hombre, ya mayor, lamentaba haber permitido que su ego maltrecho y su adicción al trabajo se hubiesen impuesto a sus lazos de sangre. Sin embargo, Heracles era incapaz de expresar sus sentimientos y él se había dado cuenta de que tenía el mismo defecto. Su padre se había quedado aturdido después de que la infidelidad de Marianna lo hubiese convertido en el hazmerreír de la prensa y se había protegido como había podido evitando a su exesposa… y, desgraciadamente, eso le había incluido a él.

Jamás había pensado de verdad lo que sentía por Heracles hasta ese momento, pero cuando se imaginaba que su padre podría ver la tragedia de su primer matrimonio divulgada por todos los periódicos, supo que no podía permitirlo. Sofia había muerto después de una larga lucha contra el cáncer de pecho. Heracles era dominante, manipulador y entrometido, pero había llegado a adorar a su primera esposa y al hijo que creía que era suyo.

Lo primero que hizo fue llamar a Zenas y decirle que quería que hicieran una investigación a fondo sobre Kreon Thiarkis y su hija Gemma. ¿Cómo era posible que algo tan elemental como la edad de Gemma estuviese equivocada en el informe? Además, también habían informado mal sobre sus padres. ¿Qué más podía estar equivocado? Necesitaba un historial y unos datos fiables y también tenía que averiguar los vínculos de Kreon con Sofia, la primera esposa de su padre. Al fin y al cabo, aquel informe se lo había dado su padre.

Empezó a pensar en otras cosas de las que se había enterado. ¿Gemma solo tenía veintiún años? ¿Solo tenía diecinueve cuando se

conocieron? Los recuerdos empezaron a darle vueltas en la cabeza y le maravilló que no se diera cuenta de la inmadurez de Gemma. Había sido impulsiva, franca, ingenua y con una ignorancia desesperante sobre cuestiones que él daba por sentadas… y, evidentemente, una mentirosa astuta e incorregible.

Además, ¡no estaba dispuesto a casarse con ella por nada del mundo! Kreon no podía chantajearlo para que hiciera lo que nunca había querido hacer. Por otro lado, también sabía que no podía quedarse al margen y ver a su padre aguantar el escándalo que estallaría si Kreon le vendía su historia a la prensa. La gente gozaría leyendo sobre los trapos sucios de la familia Antonakos y su padre perdería la dignidad. Decidió que Heracles, a los setenta años, se merecía conservar la dignidad. Era posible que hubiese sido un marido pésimo para Kreon, pero no se merecía el final trágico de su primer matrimonio. Sabía lo mal que había llevado la infidelidad de su segunda esposa, de su madre, y prefería no imaginarse siquiera lo que tuvo que haber sentido cuando se dio cuenta de que Argo no era su hijo. Heracles había sufrido más que suficiente por no haber sido un marido ejemplar. ¿Cómo se atrevía Kreon Thiarkis a amenazarlo?

No podía dejar de planificar ni cuando lo atenazaba esa ira volcánica de los Antonakos. Sabía que tenía que controlar la situación y había llegado a la fase de sopesar los pros y los contras. Si se casaba con Gemma, volvería a tenerla en la cama. Se excitó solo de pensarlo, a pesar de la tensión y la rabia que dominaban su cuerpo, y se reconoció que era una ventaja que le agradaba mucho. Además, también conseguiría no tener que luchar en los tribunales para estar con su hija.

Sin embargo, no soportaba que le dijeran lo que tenía que hacer y Kreon Thiarkis le había planteado dos alternativas y las dos tenían un precio muy elevado. Estaba furioso porque tenía que elegir entre el menor de dos males: casarse o que su septuagenario padre sufriera una humillación pública. Podría decirle a Kreon que se lavaba las manos y ver el daño que le hacían a su padre. Desgraciadamente, la lealtad a la familia y el afecto sincero que sentía hacia su incorrecto padre se oponían a esa opción. Sin embargo, la alternativa era renunciar a la libertad.

Renunciaría a la variedad sexual que se permitía en el dormitorio. Aunque eso tampoco era verdad del todo. Ni siquiera Kreon esperaba que permaneciera casado con Gemma toda la vida. Kreon esperaba que acabaran divorciándose y que, aun así, Gemma y Bella siguieran siendo una parte respetable de la familia

Antonakos y se garantizara su seguridad económica. Podría casarse a corto plazo, provisionalmente, y con Gemma todas las noches en su cama… Más aún, Bella llevaría su nombre y él la vigilaría y cuidaría todos los días. Sin embargo, ¿cómo iba a sobrellevar a un suegro al que quería matar a sangre fría?

Él, como un Antonakos, no sabía qué era que lo amenazaran. Era demasiado rico y poderoso como para que le llevaran la contraria, pero Kreon tenía en su poder información personal y privada que iba directamente contra el centro de su familia, el tipo de secreto que nadie querría que saliera a la luz pública. Peor todavía, la revelación de un secreto llevaría inevitablemente a otro y ¿qué podría desenterrarse sobre su madre? Se estremeció solo de pensar que se hablara con toda su crudeza de las flaquezas y la drogadicción de Mariana o de la muerte de Tina. Entonces, comprendió que el anillo de casado podría ser un sacrificio que merecería la pena si llevaba la paz y dejaba los trapos sucios de la familia donde estaban.

Gemma leyó el mensaje de Jax con los ojos como platos por la incredulidad: «Te recogeré a la salida del trabajo y hablaremos».

¿Jax? ¿Hablar? Jax había dejado la habitación o había alegado una cita ineludible cuando había visto la amenaza de una conversación seria. Jax no creía en las conversaciones para arreglar las cosas. Pensaba en privado y ponía la solución, y no decía cómo había llegado a esa decisión. Creía que hablar solo exaltaba los sentimientos erróneos, que estimulaba las diferencias y que hacía que los problemas parecieran mayores de lo que eran. Ella intentó hablar con él una vez sobre su aventura y hacia dónde se dirigía, pero él se enfadó y se marchó. Naturalmente, se había marchado porque sabía que no se dirigía hacia ninguna parte.

Sin embargo, evidentemente, tenía que hablar sobre Bella. Ni siquiera él podía tomar decisiones unilaterales sobre la hija que tenían en común. Querría organizar las cosas para volver a ver a Bella, querría preguntarle qué le gustaba y qué no le gustaba. Que estuviera dispuesto a hablar era una buena señal, se dijo a sí misma deseosa de reunir algún entusiasmo sobre la idea de compartir su hija con su padre.

Antes de ir al trabajo, su padre le había dado una charla y le había avisado para que no hiciera con Bella lo que habían hecho con ella. Se había criado sin padre porque su madre, egoístamente, no le había dicho a él que tenía una hija. En ese momento, Kreon

estaba aconsejándole, innecesariamente, que tuviese una visión a largo plazo, que dejara a un lado la rabia y el rencor.

–Sé que es mucho pedir –había reconocido Kreon–, pero tienes que afrontar lo que está pasando ahora y tratarlo con prudencia. Intenta concentrarte en lo que sea mejor para Bella.

Le había sorprendido el análisis de su padre porque parecía haber asimilado muy deprisa lo que ella le había contado sobre Jax y había adoptado un punto de vista más distante de las cosas. Desgraciadamente, todo seguía resultándole dolorosamente personal a ella. Jax la había rechazado, pero no había rechazado a su hija. Sabía que no debería estar pensando eso, pero no podía evitarlo porque era humana.

Un coche la recogió en el hotel. No era la limusina ni Jax estaba dentro, pero ella reconoció a los guardaespaldas. Se montó, se alisó la falda vaquera y se mordió el labio inferior con la punta de los dientes. Estaba preguntándose qué querría Jax y a la vez se recordaba que no podía alterarse y que tenía que mantener la tranquilidad física y emocional independientemente de lo que él dijera.

Jax también tenía algo pensado. No se enfrentaría con Gemma por ningún motivo hasta que estuvieran convenientemente casados. Para entonces, con un poco de suerte, también sabría lo exacto que había sido aquel informe. Sin embargo, también se acordó del destello de aquel vestido rojo bajo la luz de las farolas cuando bajaba por un callejón para acostarse con otro hombre y de que Gemma podía llegar a ser muy farsante. No era fiel. Dos de las tres esposas de su padre lo habían engañado con otros hombres y su propia madre no había sido fiel a nadie. Él, rodeado desde la infancia por relaciones rotas e ilícitas, siempre había intentado evitar el compromiso sentimental. Sin embargo, cuando Bella entraba en juego, se daba cuenta de que quería ofrecerle la familia ejemplar que él no había tenido. Algo mejor, algo más feliz, algo duradero…

Gemma entró, nerviosa y con la boca seca, en ese recibidor con espejos que la desorientaban. El salón parecía más acogedor que durante la visita anterior y solo había un par de lámparas encendidas mientras el resto de la enorme habitación quedaba en penumbra. Se quedó inmóvil en la puerta cuando Jax apareció de entre las sombras.

–He pedido la cena para ti –comentó Jax mientras señalaba una mesa llena de distintos platos fríos.

Jax llevaba vaqueros y una camisa con el cuello desabotonado.

No debería haberle dejado sin respiración cuando iba vestido de una forma tan normal, pero lo hizo. Los vaqueros se le ceñían a las delgadas caderas y a los largos y poderosos muslos. La camisa clara resaltaba el tono broncíneo de su piel y el negro con reflejos azulados de su pelo. Contuvo la respiración en un silencio tenso, sus ojos impactaron contra otros de un verde resplandeciente y el corazón le dio un vuelco.

–Cena… –repitió ella.

Era lo último que se había esperado de él, pero se dirigió hacia la mesa y agradeció poder fijarse en algo que no fuese Jax.

–Sírvete.

Gemma se sentó en un sofá y no hizo falta que se lo dijeran dos veces, porque siempre tenía hambre después de trabajar. Además, estaba impresionada, sin quererlo, porque él se había acordado de algo tan nimio. Se sirvió un plato y una taza de té.

–A esto me refería cuando dije «civilizado» –reconoció ella con una sonrisa irónica.

–Me lo imaginaba. ¿Has ido a trabajar así vestida?

Gemma, algo cohibida, se alisó la cómoda falda que había conjuntado con una camiseta negra.

–Sí…

Jax apretó los dientes e hizo lo que pudo para contener al cavernícola que llevaba dentro. La falda, bastante corta, dejaba ver sus piernas sorprendentemente largas y la camiseta se adaptaba perfectamente a sus descarados pechos. Una vez ya le había censurado que llevara esa ropa que exhibía su cuerpo y eso había dado lugar a una acalorada discusión. En ese momento, estaba conteniéndose para mantener la tranquilidad. Se dejó caer en el sofá que había enfrente de ella mientras intentaba imaginarse algunas prendas que estuviesen de moda y que, milagrosamente, disimularan ese cuerpo espléndido para el resto de los hombres, hasta que comprendió que no existía esa ropa en el mercado. Gemma siempre había eclipsado la ropa que llevaba, siempre había resplandecido, desde el pelo hasta los ojos, y había llamado la atención aunque la habitación estuviese repleta de gente.

–La falda no es corta –comentó ella, que sabía de qué pie cojeaba él.

–No, no lo es –concedió Jax.

Le gustaría no haber dirigido la mirada hacia sus muslos porque lo único que había conseguido había sido pensar en lo maravilloso que era separárselos. Se inclinó hacia delante, furioso por su deseo en aumento, con el rostro tenso y con los ojos entrecerrados.

–Dijiste que querías hablar –Gemma abrió los ojos con recelo–. ¿Era una broma?

–No –se hizo el silencio mientras Gemma se comía el tercer sándwich–. Tenemos una disyuntiva y le he encontrado una solución.

–Bella no es una disyuntiva, no es un problema y no lo será nunca –replicó Gemma sin alterarse–. No voy a poner inconvenientes para que la veas ni nada por el estilo.

Jax tomó una bocanada de aire para ir al meollo del asunto y beber ese cáliz.

–Si nos casáramos, sería lo mejor para Bella.

Gemma dejó el sándwich a medias.

–¿Casarnos? –preguntó ella sin poder entenderlo–, pero tú no querías casarte…

–Tampoco pensaba tener hijos –le recordó Jax–, pero Bella cambia todo el panorama. Quiero que tenga lo que yo no tuve. Una madre, un padre, un hogar… La seguridad que solo puede darle la estructura familiar de toda la vida.

Gemma no salía de su asombro porque ni siquiera había soñado que llegaría a oírle reconocer que quería adoptar esas ideas tan convencionales.

–Ninguno de los dos tuvimos algo así –reconoció ella–, pero la vida no es perfecta y no se puede hacer nada…

–Sí, podemos cambiarlo –le interrumpió Jax–. No tenemos por qué vivir separados cuando podemos criar juntos a Bella como una pareja casada.

Gemma parpadeó con el corazón en la boca y haciendo un esfuerzo para no levantarse y dar vueltas por la habitación.

–¿Juntos? –repitió ella con desconcierto.

–Podemos casarnos y forma un hogar para nuestra hija, el hogar que ninguno de los dos tuvimos –contestó él con una serenidad sobrenatural.

–No sé gran cosa de tu vida. Bueno, sé que tus padres se divorciaron cuando eras pequeño, pero…

–Ya sabes que mi madre era una madre inestable y poco fiable –le interrumpió Jax con rigidez–. Los hombres entraban y salían de su vida y ninguno se quedaba. Mantenerla era muy caro. No quiero que nuestra hija tenga que adoptar esa forma de vida.

–Con todo respeto –replicó ella–, yo no soy una actriz impresionante y de fama mundial ni mi forma de vida tiene nada que ver con la de tu madre.

Jax soltó el aire con un resoplido de desesperación.

–¿De verdad crees que tu vida va a seguir igual ahora que sé que estás criando a mi hija? ¿Crees sinceramente que puedes seguir trabajando de camarera y viviendo con tu padre? Evidentemente, yo me haré cargo de la manutención y…

–¡No! –exclamó Gemma con el ceño fruncido–. No quiero eso.

–Sin embargo, es lo que pasará lo quieras o no. Naturalmente, quiero que mi hija viva como yo y no me creo que vayas a negarle lo que tiene derecho a recibir. Bella es una Antonakos –le recordó Jax con orgullo.

–Sí, pero…

Gemma se quedó sin voz cuando empezó a pensar en todo lo que había dicho él. Estaba pidiéndole que se casaran. Jax Antonakos estaba pidiéndole que se casara con él, estaba ofreciéndole el sueño que había tenido una vez y que había enterrado hacía dos años. Durante unos minutos frenéticos, solo pudo mirar fijamente el café e intentar asimilar una petición que nunca había esperado recibir. Un hogar, dos padres y una familia de verdad para Bella… Eso era lo máximo, lo ideal en lo referente a su hija. Su madre había acabado criándola sola y ella había acabado sola en el sistema de acogida porque no habían conseguido encontrar a Kreon. Algunas veces se detestaba a sí misma porque había cometido el mismo error con Bella, por haberla criado sin su padre.

–¿Lo dices en serio? –le preguntó Gemma sin poder respirar.

–Claro –contestó Jax.

–Pero nunca has querido casarte –le recordó Gemma.

–Hasta que apareció Bella y le dio un vuelco a todo –reconoció Jax con sinceridad–. Ya no se trata solo de ti y de mí. Tenemos que pensar en nuestra hija y en su felicidad.

–Un matrimonio infeliz de sus padres no servirá de mucho –comentó Gemma en tono abatido.

–No sé por qué no iba a salir bien. Me cuesta contener las manos aunque estemos aquí sentados y manteniendo una conversación seria –reconoció Jax con descaro–. Y si eres sincera, a ti te pasa lo mismo.

Gemma se sonrojó e hizo un esfuerzo enorme para apartar la mirada de su hermoso rostro afilado. Sin embargo, eso no servía de nada cuando la avidez que sentía por dentro era como un virus que se resistía a morir. Además, sabía cómo se curaba y eso la desquiciaba. La única curación que conocía era que acometiera con desenfreno dentro de ella y que consiguiera que explotara. Aunque ni siquiera eso era una solución permanente. Había llegado a anhelarlo como anhelaba el aire para respirar. Dejó la taza de té en

la mesita con la mano temblorosa.

–Mírame.

Gemma lo miró aunque sabía que no debería hacerlo porque el deseo la atenazaba por dentro y despertaba una avidez que había enterrado en lo más profundo de su cuerpo. Se le entrecortó la respiración y se le aceleró el pulso. Se le endurecieron los pechos por el anhelo, pero el mayor de los anhelos le palpitaba entre las piernas. Le aterraba esa necesidad que codiciaba sus caricias porque hacía que perdiera todo dominio de sí misma y todo sentido común.

–Nos casaremos en cuanto podamos organizarlo –decretó él.

–No puedes…

–Uno de nosotros tiene que ser resolutivo. Tú quieres esconder la cabeza y eludir las responsabilidades.

–No es verdad.

–Lo hacemos por Bella, juntos formaremos una familia –insistió Jax.

–No es tan sencillo.

–Nunca es sencillo conseguir las cosas que merecen la pena –replicó Jax–. Todo lo que he conseguido y ha merecido la pena ha tenido un precio y ha exigido algún sacrificio. ¿No estás dispuesta a hacer algún sacrificio por Bella?

–¡Jax! –Gemma se incorporó con desesperación–. ¡Deja de intentar dirigirme!

–Los paparazzis caerán sobre nosotros dentro de un par de días. Quiero bloquearlos con una boda por todo lo alto que no se esperan. Tendrán que conformarse con intentar sacar fotos de la boda.

–¿De verdad deseas esto? –susurró ella con la voz temblorosa.

–Te deseo a ti y a mi hija. Tenemos que casarnos para darle lo que los dos queremos, para darle lo que se merece –contestó él en tono mesurado–. Yo puedo hacerlo, ¿tú?

Gemma lo pensó, y lo pensó en serio aunque no tenía el cerebro para esos esfuerzos. Aunque hacía dos años había soñado con casarse con él, había sabido que solo era un sueño porque Jax había presenciado la ruptura de muchas relaciones y no tenía ninguna fe en el vínculo matrimonial. Él se lo había reconocido en España y, más tarde, le había desquiciado lo que había dicho ella y había cortado por lo sano.

–Nos pelearemos –siguió Jax–, pero se nos da muy bien reconciliarnos.

Gemma se sonrojó y asintió con la cabeza. Él se rio en un tono ronco porque siempre habían acabado en la cama después de una

discusión y esa unidad sexual había salvado sus diferencias.

–Además, si no quieres dejar de trabajar cuando nos casemos, compraré el bar y seré tu único cliente para que puedas servirme hasta que te aburras.

–Solo dices disparates –murmuró Gemma mirándolo a los ojos.

–Diré lo que tenga que decir para ponerte ese anillo en el dedo –reconoció Jax con sinceridad–. Esta noche, el mundo es tu ostra, *koukla mou.*

Sin embargo, Jax no era la ostra perfecta para que ella la adquiriera. Era complicado, reservado e impredecible. No sería fácil vivir con Jax, sería como una montaña rusa con sus altibajos. Aun así, ¿no quería aprovechar la ocasión? Era una ocasión que nunca se había imaginado que tendría. Efectivamente, Jax la había tratado mal en el pasado, pero el matrimonio era entre iguales y no tendría que renunciar a su dignidad o su independencia, porque el dinero no sería un problema. Significaría mucho ofrecerle a su hija la infancia estable y cariñosa que ella no había tenido. ¿Cómo podía rechazar esa oferta?

–Me casaré contigo, pero será mejor que no hagas que me arrepienta.

Jax tomó una bocanada de aire pensando en los secretos que había guardado y en la sinceridad que tendría que acabar teniendo. Había cedido al chantaje para proteger a su familia, pero también protegería a su nueva familia al casarse.

–Seré sincera –murmuró Gemma con el pesar reflejado en los ojos azules–. No me fío de ti.

Jax casi soltó una carcajada porque él había aprendido a no fiarse de nadie, y menos de alguien cercano y querido. Gemma florecería como una flor tropical en la familia Antonakos.

Capítulo 6

GEMMA no acababa de asimilar que iba a casarse ni aunque solo faltaban unos días para la boda. Jax había insistido en hacerse cargo del gasto de los cientos de invitados y el padre de ella se había quedado un poco desalentado al comprobar que solo podía hacer frente a los gastos más personales de su hija. Jax había organizado incluso la iglesia y el lugar del convite.

Además, lo había hecho todo desde una distancia prudencial y había dejado que Gemma se ocupara del orgullo herido y las quejas airadas de su padre. Al fin y al cabo, Jax no había pensado casarse y lo había dejado todo en las manos de una organizadora de bodas. Gemma había tenido la libertad de elegir lo que quisiera, pero él había confiado en el consejo de la organizadora de bodas porque ella no sabía nada sobre las bodas de la alta sociedad. No obstante, todavía estaba con la cabeza como un bombo por la elección de las flores, por la gama de colores y por la decoración de la mesa de entre miles de posibilidades.

Iola había ido a comprar un vestido con ella y Jax no había podido participar en eso. Se había decidido por el encaje y una cola plisada que podía quitarse para bailar. Además, había elegido una ropita preciosa para Bella.

Era paradójico que Jax se hubiese esfumado en cuanto ella aceptó casarse y eso le había molestado de verdad. Había alegado que tenía mucho trabajo y solo había visitado su casa una vez, cuando ella se empeñó en que fuese a conocer a su padre y a su madrastra. Había sido una hora bastante incómoda. Jax había estado frío y cortes y su padre, rígido y protocolario. Los esfuerzos de Iola y ella para aligerar el ambiente no habían servido de gran cosa. Para ella había sido dolorosamente evidente que su padre y el novio no se llevaban nada bien.

Además, estaba el espinoso asunto de su futuro suegro, Heracles Antonakos.

Había dado por supuesto que el padre de Jax querría conocerla

antes de la boda, pero, al parecer, se había equivocado y Jax tampoco parecía saber si su padre asistiría a la boda o no, algo que había hecho que ella pusiera una mueca de disgusto. Evidentemente, a Heracles Antonakos no le gustaba que su hijo fuese a casarse con una camarera y no quería saber nada sobre ese acontecimiento. Jax, sin embargo, no había querido que ese tema tan sensible lo alterara y le había pedido que fuese paciente.

–¡Es un paquete para ti! –le gritó Iola desde el pie de las escaleras.

Gemma bajó apresuradamente, firmó el recibo y fue a la cocina para abrirlo. Sacó una carta y un estuche y frunció el ceño.

–¿Es un regalo de boda? –le preguntó Iola.

–No… Es de una mujer que se llama Polly y que dice que es una de mis hermanas –susurró Gemma.

Estaba atónita mientras leía la carta que le explicaba que su madre había muerto hacía unos años en un hospicio.

–Siempre di por supuesto que mi madre había muerto cuando yo era pequeña –le explicó ella a Iola–. Seguramente, durante los tres años que estuve adoptada. Sin embargo, según mis hermanas, ellas también se enteraron de su muerte cuando ya había fallecido porque ella no quería vernos a ninguna de nosotras estando tan enferma. No obstante, nos dejó un anillo a cada una, un anillo que le habían regalado a ella nuestros padres. Así fue como se enteraron de que yo existía.

–Qué raro –comentó Iola–. Sin embargo, si estaba muy enferma, es posible que no pensara con mucha claridad. ¿Hay un anillo en el estuche?

Gemma abrió el estuche, sonrió y sacó un anillo pequeño con un rubí.

–Es muy bonito. Lo usaré cuando me haya casado. Es maravilloso tener algo que usó mi madre –murmuró ella con una expresión de tristeza en los ojos.

–Lee el resto de la carta –le apremió su madrastra–. Háblame de tus hermanas.

Desgraciadamente, Polly no le daba mucha información, aparte de que estaba casada y tenía hijos, como Ellie, su otra hermana, que era médica. Lo que sí decía era que las dos estaban deseando conocerla.

–No podía haber elegido un momento peor para ponerse en contacto conmigo –murmuró Gemma mientras empezaba a leer la carta otra vez–. No me da ninguna dirección, pero sí me da un número de teléfono.

–Podrías invitarlas a la boda –le propuso Iola.

–No. No las conozco y no creo que Polly sepa que también soy madre. Sería incómodo para la primera vez y, además, para asistir necesitarían algo más de tiempo que unos días. Sin embargo, esto es apasionante. Me pregunto cómo serán Polly y Ellie. ¿Me pareceré a ellas? ¿Crees que ellas tienen el mismo padre?

Entró Kreon y Gemma le dio la carta para que la leyera. Él miró el anillo que estaba en la mesa y lo levantó.

–Se lo regalé a Annabel como anillo de compromiso. No es un rubí de verdad, pero lo parece. Era todo lo que podía comprar en aquella época…

Gemma se rio y se lo quitó de la mano.

–Da igual, seguiré llevándolo con orgullo, papá.

–Tienes una sonrisa igual de resplandeciente y bonita que la de tu madre, pero también tienes una amabilidad que ella no tenía.

–Es posible que la haya heredado de ti –replicó Gemma mientras miraba a su hija, que abrazaba las rodillas de su abuelo para que la tomara en brazos.

Gemma no pudo dormir esa noche. Jax la llamó y ella le contó la carta de Polly. Le sorprendió que lo primero que se le ocurriera fuese contárselo aunque él no estuviese cerca. Aunque, claro, Jax sabía mejor que casi todo el mundo lo que era la complejidad de las divisiones familiares, se dijo a sí misma para explicarse que quisiera contarle todo, más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Jax casi le ordenó que no hiciese nada hasta que hubiese investigado a sus hermanas. Ella se enfadó con él y le dijo que se metiera en sus asuntos. Además, era lo único que podía hacer, porque la carta no tenía ninguna información personal que les permitiera identificar a alguna de sus hermanas o averiguar dónde vivían. Polly se había limitado a escribir una carta amable como primer acercamiento, y ella le daba vueltas a la cabeza con las conjeturas sobre las hermanas que no había conocido.

Sin embargo, parte de la emoción fue apagándose poco a poco cuando pensaba que Ellie era médica. Evidentemente, Ellie era muy inteligente y estaba muy bien formada, y, seguramente, Polly también. Ella podría ser la hermana inferior, el bicho raro que no encajaba. La idea le angustiaba porque le parecía que esa era la historia de toda su vida, que nunca había encajado del todo en ninguna parte. Ni con su madre ni en las casas de acogida ni el poco tiempo que estuvo adoptada hasta que sus padres adoptivos murieron en un accidente de coche y la devolvieron al sistema de acogida. Tampoco había encajado con Jax, ¿no? La había dejado

tirada sin mirar atrás siquiera. Sin embargo, iba a casarse con él, ¿qué sentido tenía todo eso?

Lo hacía por Bella, se recordó, pero ¿las ganas de hacer lo mejor por la hija de los dos bastaría para que un matrimonio saliera adelante? No quería hacerse ilusiones ni creía en lo perfecto. Creía que tenía los pies en la tierra. Sin embargo, sí quería con toda su alma un matrimonio de verdad y formar parte de una familia de verdad. Lo había soñado toda su vida y no lo había conseguido nunca. En ese momento, Jax estaba ofreciéndole esa oportunidad y pensaba aprovecharla.

La mañana de la boda amaneció soleada y se puso el vestido después de haberse peinado y maquillado. Le quedaba perfecto y la envolvía en encaje blanco. Como madre, le había abochornado ir vestida de blanco, pero no había sentido la necesidad de hacer ninguna declaración de principios y elegir otro color. Además, iba a casarse con su primer amante y el padre de su hija y no se avergonzaba de ninguna de las dos cosas.

Un montón de fotógrafos esperaban detrás de unas barreras a la entrada de la Catedral Metropolitana, donde iba a celebrarse la ceremonia ortodoxa. Le enervaban las preguntas y los flashes y se agarró con fuerza al brazo de su padre mientras subía los escalones para entrar en la iglesia.

–Hubo un tiempo en el que la realeza se casaba aquí –murmuró Kreon con satisfacción–. Nunca soñé que algún día lo haría mi hija.

Ese comentario le alivió la tensión como no podría haberlo hecho ninguna otra cosa.

–Me alegro de haber hecho algo que te enorgullezca, pero ¿por qué están tan interesados los fotógrafos?

–Vas a entrar a formar parte de una de las familias más prominentes de Grecia y, naturalmente, el público quiere saber quién ha capturado al incorregible playboy Jax Antonakos…

–Yo no diría que lo he capturado –murmuró Gemma.

Se detuvieron al principio del pasillo y su padre le colocó bien la corta cola antes de ofrecerle el brazo otra vez con una sonrisa de orgullo.

–Es un hombre muy afortunado y espero que lo sepa. Estás muy guapa –declaró con satisfacción Kreon.

Gemma sintió el escozor de las lágrimas en los ojos porque le conmovía la fe de su padre en ella. Vio que Jax giraba su atractiva cabeza para mirarla y no pudo volver a respirar. Cuanto más se acercaba a él, más impresionante le parecía. Tenía los maravillosos ojos verdes clavados en ella y notó que se sonrojaba a la vez que se

le despertaba un cosquilleo ardiente entre las piernas. Se sentía como si todos sus sueños estuviesen haciéndose realidad y se regañó por ser tan sentimental. Jax no era ni romántico ni sentimental. Él no la amaba ni ella lo amaba a él, pero tenían a Bella y era posible que, con el tiempo, acabaran descubriendo que estaban unidos por algo más que su hija.

Jax miró con detenimiento cada centímetro de su menudo y exquisito cuerpo. El vestido de encaje era delicado y sencillo, pero realzaba su figura y le daba elegancia. No miró a su propio padre para ver su reacción. Unos minutos antes se había fijado en que miraba a Bella, que estaba sentada en las rodillas de Iola. Heracles siempre había anhelado tener un nieto y al final había decidido asistir a la boda para conocer a la nieta que no conocía todavía. Efectivamente, no esperaba que su padre estuviese de humor para fiestas porque odiaba a Kreon Thiarkis y le espantaba que su hijo fuese a casarse con la hija de Kreon, pero le aliviaba que su padre hubiese puesto a la familia por encima de todo y hubiese dejado a un lado sus reparos.

No entendió parte de la ceremonia y culpó a Jax de eso porque dijo que estaba muy ocupado para hacer un ensayo en la catedral cuando había habido una intérprete disponible. Se concentró en las palabras en griego que entendía y sonrió nerviosamente a Jax cuando le puso el anillo. Sus miradas se encontraron y sintió que le abrasaban las entrañas. Era muy inapropiado, pero jamás había deseado tanto que la besaran. Jax inclinó la cabeza hacia atrás y le sonrió provocativa y desafiantemente. Ella acudió como acudía siempre que él la provocaba. Se estiró todo lo que pudo sobre los tacones de aguja y se agarró a sus brazos para sujetarse, pero, aun así, no llegaba.

Jax dejó escapar un sonido sensual y burlón y la levantó para deleitarse con sus labios separados. Gemma se olvidó de todo durante un segundo. Se olvidó de que estaba en público, se olvidó de los invitados y del imponente arzobispo que había celebrado la ceremonia. El sabor de la boca de Jax era como un cálido rayo de sol después de un invierno interminable. La dejaba impotente por el anhelo y la acometida de su lengua en la boca multiplicaba el efecto explosivo del beso por todo el cuerpo. El corazón se le desbocó mientras Jax volvía a bajarla a lo largo de todo su cuerpo para dejarla en el suelo.

Vislumbró la sonrisa de Iola y entonces, de repente, cayó en la cuenta de que seguía estando delante de todo el mundo. Se sonrojó y Jax le tomó la mano para llevarla hasta la puerta por el pasillo.

No acababa de creerse que estuviese tan relajado. Había esperado renegar cada momento de la boda. Una cosa era saber que estaba protegiendo a su padre y otra era saber que estaba haciendo lo que tenía que hacer aunque fuese contra sus instintos, pero el sabor de la pasión de Gemma apaciguaba esos sentimientos. Ella lo deseaba tanto como él la deseaba a ella y, por el momento, ese era todo el consuelo que necesitaba por haber sacrificado la libertad.

Había luchado contra la rabia, el rencor y la amargura durante las dos semanas que habían tardado en preparar la boda. Se había mantenido alejado de Gemma porque le había dado miedo que hubiese adivinado que no era el novio entusiasta que estaba intentando ser. Nunca había sabido engañar bien. Era muy capaz de no expresar los sentimientos, pero era incapaz de fingir algo. Le había parecido increíblemente incómodo tener que ir a visitar a Kreon e Iola y le había desesperado que Gemma le preguntara el color de las flores y tonterías como esa. Durante dos semanas, se había recordado una y otra vez que al casarse estaba quedándose con Gemma y su hija y que estaba protegiendo a su padre. Sin embargo, ni eso le quitaba el regusto amargo de tener que hacer lo que siempre había jurado que no haría.

Una vez fuera de la catedral, los fotógrafos empezaron a disparar sus máquinas como ráfagas de ametralladoras. El padre de Jax salió en silencio y se montó directamente en una limusina. Era paradójico que Heracles estuviese furioso con su hijo por casarse con Gemma. Jax tuvo que comunicarle que tenía una hija con Gemma para que Heracles pasara de bramar a refunfuñar entre dientes y a acabar aceptando que una camarera, hija de un detestable delincuente, fuese a entrar en la familia Antonakos. Al haberse enterado de esos antecedentes penales, Jax no había intervenido a favor de su suegro y haber aceptado que Kreon era detestable había mitigado en parte la ira de su padre.

También había estado tentado de sacar a relucir el informe sobre Gemma que le habían dado hacía dos años, pero había decidido posponerlo hasta después de la boda. Había sido sorprendentemente fácil conseguir información sobre Kreon, pero conseguir información sobre Gemma estaba resultando muy problemático. Había vivido en muchos sitios distintos e, incluso, la habían adoptado y cambiado de nombre. Le había entristecido comprobar lo sombría que había sido la juventud e infancia de Gemma. Había recuperado el nombre de nacimiento algunos años después de que la hubiesen adoptado, pero sus constantes idas y venidas durante su infancia parecía una actuación deprimente de los servicios sociales

y de acogida, y el investigador no conseguía seguir el rastro de sus movimientos durante su adolescencia.

Naturalmente, podría preguntárselo directamente a ella, pero ¿podía fiarse de su respuesta o le mentiría para engañarlo con la esperanza de ocultar una conducta que podía avergonzarle en ese momento? Él necesitaba la certeza de que sabía toda la verdad. Naturalmente, esperaba que ella negara los delitos relacionados con las drogas, pero, hasta ese momento, no se había encontrado ningún documento oficial sobre esos delitos. ¿Era posible que la agencia de detectives que había contratado su padre la hubiese confundido con otra persona? ¿Era remotamente posible que fuese inocente de las acusaciones que se hacían en ese informe? ¿Acaso no se había quedado él anonadado cuando la vio con ese hombre en el callejón? Los pecados y defectos de Gemma no se le reflejaban en el precioso rostro.

Jax, que tenía mucha experiencia, enterró el recuerdo de la traición de Gemma en lo más profundo de su ser, donde no tenía que pensar en él. Si pensaba en eso, se desquiciaría, como le había pasado hacía dos años, cuando intentó encontrar consuelo en la botella; las secuelas por haber renunciado a Gemma habían sido aterradoras para un hombre que necesitaba mantener el dominio de los sentimientos. Durante un tiempo, breve, sus sentimientos en conflicto lo habían dominado, y eso era algo que no quería ni recordar ni revivir, rememorarlo le daba escalofríos.

Llegaron al hotel y fueron a un salón privado con Bella para beber una copa de champán y esperar a que llegaran los invitados.

–Está llegando el coche de mi padre –comentó Jax en tono tenso desde la ventana–. Vamos, quiero presentaros a Bella y a ti.

Cuando llegaron al vestíbulo, Kreon e Iola ya estaban saludando a Heracles. Entonces, se hizo unos de esos extraños momentos de quietud cuando Kreon dijo algo y Heracles se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo con todas sus ganas. Gemma se quedó paralizada. Su padre fue a responder y a devolverle el puñetazo, pero Heracles, que estaba muy en forma y era muy ligero de pies para su edad, lo esquivó y le dio otro a Kreon. La violencia no se contuvo hasta que los guardaespaldas de Antonakos se interpusieron entre los dos hombres. Heracles dejó escapar un rugido de rabia.

–No te metas –le advirtió Jax a Gemma.

Jax se acercó hasta su padre y lo agarró de los brazos para contenerlo porque, evidentemente, ninguno de los empleados se atrevía a tocar al iracundo empleador. Congestionado y deseoso de pelearse, Heracles bramó algo en griego. Jax miró hacia los

invitados que entraban y se paraban en seco para observar el espectáculo y tuvo que contener un gruñido. Le dijo algo a su padre y lo llevó hasta la puerta del salón privado. Abrió la puerta y le hizo un gesto al padre de Gemma para que lo siguiera. Kreon, congestionado, reticente y más que abochornado, acabó entrando. Gemma comprendió que Jax estaba intentando solventar el altercado y se preguntó qué tendría Heracles Antonakos contra su padre para que perdiera los papeles de esa manera.

–¡Hombres! –exclamó Iola a su lado–. Menos mal que Jax se los ha llevado.

–¿Qué ha provocado ese puñetazo? –preguntó Gemma con perplejidad.

–Al parecer, Kreon y el padre de Jax tienen asuntos pendientes. Kreon no ha entrado en detalles, pero es evidente que el padre de Jax lo odia y estuvo a punto de no venir a la boda de su hijo cuando se enteró de que Kreon iba a estar aquí –Iola puso los ojos en blanco–. No dejes que eso te estropee el día.

–No lo haré.

Gemma acarició distraídamente los rizos de Bella mientras pensaba que las relaciones familiares iban a ser complicadas si sus padres estaban de uñas. Recibió a los invitados con Iola al lado y charlaron hasta que vio que Heracles y Kreon volvían a salir con unas bebidas en las manos y hablando entre ellos. Sin embargo, cuando Jax se acercó a ella, la tensión se reflejaba en su atractivo rostro afilado.

–Evidentemente, se te da muy bien el papel de pacificador –comentó ella.

Él la llevó al salón para sentarse en su sitio y, providencialmente, no tuvo que saludar a Kat Valtinos, quien estaba cautivadora con un ceñido vestido color esmeralda y unas plumas en el pelo.

–No –replicó él–, eso lo han conseguido sin mi ayuda. Yo solo me quedé para que no volvieran a estallar las hostilidades –reconoció Jax–. Todavía no has conocido a mi padre y tengo que explicarte lo que ha pasado.

–No rompas una costumbre de toda una vida, no me cuentes algo –comentó ella con todo el sarcasmo del mundo.

–No me gusta hablar de eso, pero tengo que hacerlo –Jax resopló–. Aunque es una historia que viene de lejos y no tiene nada que ver con nosotros. Naturalmente, te preguntarás por qué mi padre atacó al tuyo…

–Me parece que Kreon no gusta mucho al principio…

–Esto no es motivo de guasa –le criticó Jax.

Gemma se sentó al lado de él en la mesa presidencial y vio que Heracles Antonakos hablaba con Bella. La niña no tenía miedo y le ofreció su conejo de peluche. El rostro arrugado de su abuelo esbozó una inesperada sonrisa, se sentó al lado de Iola y aceptó el conejo para hacerlo caminar por el asiento que tenía al otro lado. Bella empezó a reírse y se agarró a la pernera de su pantalón para mantenerse de pie.

–Le gusta Bella –comentó Gemma con satisfacción.

Estaba dispuesta a perdonar y a olvidarse de muchas cosas si aceptaban y querían a su hija.

–Le encantan los niños –Jax se quedó un momento en silencio–. Después de que muriera Argo, mi hermano, mi padre descubrió que no podía haber sido su hijo. Hubo que hacerle una trasfusión después del ataque y se descubrió minutos antes de que muriera que no tenía el mismo grupo sanguíneo, muy raro, que mi padre o yo.

Gemma abrió los ojos como platos porque la noticia la había desconcertado por completo.

–Eso tuvo que dejarlo devastado…

–Sobre todo, porque idolatraba a su primera esposa y nos detestaba a mi madre y a mí por la infidelidad de mi madre. Cuando descubrió que no era el padre de Argo, sospechó inmediatamente de tu padre porque era muy amigo de Sofia.

–Sinceramente, creo que no era ese tipo de amistad.

–No lo era –confirmó Jax–. Kreon consideraba a Sofia como a una hermana pequeña. Su madre, tu abuela paterna, era la niñera de Sofia y Kreon y ella pasaron mucho tiempo juntos cuando eran pequeños. Desgraciadamente, mi padre, cuando se casó con Sofia, desconfió de esa amistad y se puso celoso.

–En otras palabras, tu padre es un troglodita que no puede creerse que un hombre y una mujer pueden ser amigos sin más –comentó Gemma mientras veía que Heracles se sentaba a Gemma en la rodilla con mucho cuidado.

–A mí tampoco me gustaría que mi esposa fuese tan amiga de otro hombre –reconoció Jax.

–Desgraciadamente, en estos momentos no tengo un amigo íntimo para atormentarte.

–Eres una bruja –gruñó Jax pasándole un dedo por el carnoso labio inferior–. ¿Por qué será que eso hace me que apetezca besarte otra vez?

–¿Te gustan los retos?

Gemma miró esos impresionantes ojos verdes y separó los labios,

mareada por la excitación.

–Pero no me gusta el público –contestó él.

Jax le acarició la muñeca por debajo de la mesa. A Gemma se le entrecortó la respiración y se dio cuenta de que su cuerpo reaccionaba a él en todos los sentidos. Notaba que se le endurecían los pezones debajo del sujetador de encaje y la palpitación entre los muslos que le obligaba a ponerse más rígida.

–Es la hora de la función… pero no de la que nosotros querríamos –murmuró Jax con ironía.

Iola se sentó al lado de él y Heracles al lado de Gemma con Bella todavía en la rodilla.

–Es encantadora –comentó Heracles de la niña–. Sabe lo que quiere.

–Mamá… Mamá…

Bella se inclinó para pasar a los brazos de su madre.

–Tiene que dormir un rato.

–¿Dónde está la niñera que he contratado para hoy? –preguntó Jax.

La mujer ya estaba acercándose para llevarse a la niña, pero Gemma se levantó.

–Subiré también para acostarla.

–Tu novia no capta las indirectas, ¿verdad? –le dijo Heracles a su hijo en cierto tono burlón–. Vas a estar muy ocupado con los dos.

Jax, quien quería con toda su alma seguir a su novia para que también lo acostara a él, hizo una mueca.

–Sí, lo sé.

–Bueno, no puedes elegir peor que yo. No diré nada más. Con mi historial no puedo dar lecciones, ¿verdad? –añadió su padre.

–No, no puedes.

–Tres matrimonios que han acabado en una muerte y dos divorcios, y tu madre no lo hizo mucho mejor. No te hemos dado un ejemplo muy bueno –Heracles suspiró–. Por cierto, he preparado la isla para vuestra luna de miel.

Jax, atónito, frunció el ceño.

–Pero tú vives en Tifnos.

Jax había pensado llevar a Gemma por el Mediterráneo en su yate.

–Ahora que eres padre, Tifnos es tuya. Se construyó para ser una casa familiar y ya estoy cansado de vivir allí yo solo. Te la he donado y estoy comprándome algo en las afueras de Atenas –le explicó su padre en tono concluyente–. Ya es hora de que me retire un poco y deje paso a la siguiente generación.

Capítulo 7

GEMMA salió de la habitación donde había dejado a Bella con la niñera y sonrió al ver a Kreon.

–Papá, ¿qué haces aquí? ¿Intentas escaparte de toda esa cháchara de cortesía o has oído el rumor de que la comida va a ser mala?

Kreon puso una expresión seria y de preocupación.

–He hecho algo mal y te afecta.

–¿Puede saberse de qué estás hablando?

Gemma se rio mientras él la llevaba a un rincón con unos asientos.

–Al hablar con Heracles he visto las cosas… de otra manera –su padre eligió las palabras con incomodidad y se sentó–. He comprendido que todos tenemos éxitos y fracasos, pero lo que nos hace ser como somos es la manera de lidiar con ellos. Me gustaría estar orgulloso de ser quien soy, pero no lo estoy.

–No pareces tú –replicó Gemma con los ojos entrecerrados.

–El padre de Jax lo descuidó porque despreciaba a su madre, de quien se divorció. Sabe que no puede compensarlo y tiene que vivir con ello todo los días, sabe que su hijo tuvo que lidiar solo, durante todos esos años, con una mujer muy complicada.

–Pero tú y yo tenemos una historia distinta. Tú ni siquiera sabías que mi madre estaba embarazada cuando te marchaste de Londres y ella tampoco te lo dijo más tarde, cuando pudo haberlo hecho.

–No me refiero a eso –replicó Kreon con pesadumbre–. He odiado a Heracles Antonakos durante muchos años porque me degradó por ser amigo de su esposa. Me avergüenza, pero tengo que reconocer que extendí mi rencor a su hijo.

–¿Cómo? –le preguntó Gemma con el ceño fruncido.

–Cuando Sofia estaba muriéndose, me mandó una carta en la que confesaba su secreto más oculto –Kreon sacó un sobre arrugado del bolsillo y se lo entregó a ella–. Dáselo a Jax y que él decida lo que quiere hacer. Sofia confiesa que tuvo una aventura y que el

hermano de Jax no era hijo de Heracles. Fui a ver a Jax hace un par de semanas y le amenacé con entregar la carta a la prensa.

–Santo cielo, ¿por qué le amenazaste con hacer algo tan espantoso? –preguntó Gemma con incredulidad.

–Quería que se casara contigo y se ocupara de Bella y de ti. Creía que te lo debía y sigo creyéndolo, pero fue injusto coaccionarlo para que lo hiciera. Él estaba protegiendo a su padre de más congojas y no debería haberlo puesto en esa situación. Él no tiene la culpa de los errores de su padre.

Gemma se había quedado pálida y con el estómago revuelto. Miró con detenimiento a su padre mientras iba entendiéndolo con espanto.

–¿Estás diciéndome que lo chantajeaste para que me pidiera que me casara con él?

Kreon asintió con la cabeza y los ojos cerrados y ella sintió como si el mundo se hubiese abierto debajo de sus pies. Miró el anillo de boda y sintió náuseas. Jax no había querido casarse con ella. Era terrible. Miró a su padre sin disimular la condena.

–¿Estabas mal de la cabeza? Quiero decir, ¿qué te hizo pensar que era una manera aceptable de comportarte con el padre de Bella?

–Estaba furioso con él. Quería castigar a Jax por haberte seducido y abandonado. No es una excusa, pero, en ese momento, estaba convencido de que estaba haciendo lo que era mejor para ti y mi nieta.

–Porque Jax es rico y poderoso. Ahora te sientes mal porque te has dado cuenta de que las personas ricas y poderosas como Heracles Antonakos cometen errores y sufren como todos los demás.

–Seguramente sea eso –Kreon suspiró–. Cuando oí hablar a Heracles, noté que mi rabia se esfumaba. Era un adicto al trabajo que descuidaba a sus esposas, pero hoy ha venido a la boda aunque no te aprobaba porque le parecía que tenía que apoyar a Jax, como tiene que hacer un padre. Ese esfuerzo es el que hay que hacer por un hijo, no lo que yo hice. ¿Qué hice yo? Hice un comentario sarcástico y provoqué ese puñetazo.

–Estoy molesta, la verdad –Gemma tomó una bocanada de aire para intentar serenarse–. Será mejor que bajes con los invitados antes de que Iola empiece a preguntarse dónde estás.

–Lo siento, Gemma. Me he sentido muy impotente desde que entraste en mi vida. Lo habías pasado muy mal y yo, sinceramente, quería hacer algo para que tu vida fuese mejor –confesó Kreon antes de marcharse.

Ella entendió muy bien la intención de su padre, pero había chantajeado a Jax. Sintió náuseas otra vez. Jax, quien idolatraba al padre que no le había hecho caso durante años, había sido vulnerable. La angustia y la vergüenza se adueñaron de ella. Su padre, a quien había llegado a querer muy fácilmente, le había decepcionado y había demostrado que tenía los pies de barro. Eso también le dolía. ¿Siempre se le daría tan mal juzgar a las personas?

Sin embargo, ¿qué hacía en ese momento? Una boda no parecía el momento ideal para tener una conversación muy complicada con Jax, no podía comentarle, como quien no quería la cosa, que su padre le había contado que le había chantajeado… Hizo una mueca de dolor. Le dolía por su padre, por Jax y por Bella, porque había muy pocas posibilidades de que ese matrimonio saliera bien, pero, sobre todo, estaba dándose cuenta de que le dolía por sí misma. Había creído que Jax deseaba casarse con ella y eso le había dado esperanza e, incluso, había hecho que soñara un poco.

En ese momento, era evidente que Jax no había deseado ponerle el anillo en el dedo. Su padre había empleado el peor sistema de persuasión para conseguir que le pusieran ese anillo. ¿No se le había ocurrido pensar a Kreon que sería su hija quien tendría que sobrellevar las repercusiones de lo que había hecho? ¿No había calculado lo ofendido y enfadado que se sentiría Jax? Sintió un escalofrío, se sintió muy sola. No podía contar con su padre y, evidentemente, tampoco podía contar con su marido.

Por primera vez, quiso hablar con las hermanas que no había conocido. Era un disparate, pero quería comprobar si podía conectar con una hermana como, evidentemente, no había podido conectar con Jax y su padre. Kreon le había mentido cuando le había dicho que podía confiar en él y Jax no había sido sincero cuando le dijo esas cosas tan bonitas sobre ser una pareja que formaría una familia para criar a Bella. Le habían obligado a decirlo para que ella aceptara casarse con él. Ya había metido el número de teléfono de sus hermanas en el móvil por miedo a que pudiera perder la carta de Polly, y lo sacó del pequeño bolso.

Le temblaron las piernas mientras sonaba el teléfono y estuvo a punto de cortar la llamada. Entonces, contestó una voz de mujer que inspiraba confianza y ella se quedó helada.

–Soy Gemma… tu hermana. ¿Eres… Polly?

–¡Gemma! –exclamó Polly con alegría–. Me alegro muchísimo de hablar contigo. No sabes cuánto tiempo llevamos buscándote Ellie y yo.

–¿Por qué me buscabais? –preguntó Gemma con un desconcierto

sincero.

–Porque eres nuestra hermana y parte de nuestra familia. Ellie y yo siempre nos hemos tenido la una a la otra, pero sé que tú no has tenido a nadie hasta hace poco. Naturalmente, ya sé que ahora tienes a tu padre.

–Tampoco ha salido muy bien –farfulló Gemma con cierto bochorno.

–Lo siento mucho. ¿Te pasa algo? –le preguntó Polly con preocupación.

Gemma miró a la pared con el escozor de las lágrimas en los ojos.

–Si soy sincera, no ha sido un día… muy bueno –contestó Gemma atragantándose.

–Pareces alterada –comentó Polly con prudencia–. No quiero meterme donde no me llaman, pero…

–No estoy alterada, es el día de mi boda.

–El día de mi boda tampoco salió muy bien –le contó Polly en tono apesadumbrado–. ¿Ya se ha celebrado la ceremonia? ¿Amas al hombre con el que te has casado?

Era una pregunta muy sencilla, pero Gemma se quedó helada y empezó a temblar de frío.

–No, no estamos enamorados. Nos hemos casado porque tenemos una hija. Al menos, creía que nos habíamos casado por eso, pero parece ser que también me he equivocado.

–¡Me parece increíble que ya seas madre con solo veintiún años! –exclamó Polly–. Nuestro detective no se ha enterado de eso. Sin embargo, pareces muy infeliz. Cuéntame qué te pasa.

Gemma apretó los labios para contener las lágrimas. Esa voz comprensiva y delicada de su hermana la atraía, pero…

–No puedo contártelo.

–Puedes contarme cualquier cosa. Ellie y yo estamos deseosas de ayudarte si nos necesitas.

–Me alegro de saberlo, pero no puedo contártelo –insistió Gemma.

–¿El padre de tu hija te maltrata? –preguntó Polly con preocupación–. ¿Corres algún peligro?

–¡No, no! Es que acabo de enterarme de que mi padre chantajeó al novio para que se casara conmigo… por eso estoy alterada.

–Vaya… –la indecisión de Polly fue muy elocuente–. Tú no eres responsable de lo que hace tu padre. Gemma, si me lo pides, irán a recogerte estés donde estés y sea la hora que sea.

–Es una oferta muy generosa –contestó Gemma profundamente

conmovida.

–Puedes venir con nosotros una temporada. Serás muy bien recibida y tendrás un tiempo para decidir qué es lo que quieres hacer.

–Lo pensaré, pero ahora tengo que dejarte. Lo siento. Volveré a llamarte cuando tenga más tiempo para hablar.

Gemma volvió a guardar el teléfono y se preguntó qué le había pasado para contarle tantas cosas a una mujer que no conocía. Seguramente, Polly estaría pensando que era muy rara. Bajó al cuarto de baño de la planta baja para arreglarse el maquillaje y se preguntó por qué habría llorado de esa manera. ¿Por la confesión de Kreon? ¿Por haberse enterado de que Jax le había pedido que se casara con él para proteger a su arisco padre y que no sufriera la humillación de que todo el mundo supiera que no había sido el padre de su hijo mayor? Fuera lo que fuese, era el día de su boda y tenía que comportarse como si no pasara nada.

–¿Puede saberse dónde te habías metido? –le preguntó Jax fuera del salón y agarrándola de los brazos–. ¿Bella está bien?

–Muy bien. He estado hablando con alguien –contestó ella mirándolo a los ojos y sintiendo algo parecido a una descarga eléctrica.

–¿Has llorado? –le preguntó Jax mirándola fijamente.

–¡Qué cosas dices! –exclamó Gemma con una risa forzada–. ¿Por qué iba a haber llorado?

Jax no sabía por qué, pero el aura resplandeciente de Gemma se había apagado. Era posible que Bella estuviese dando la lata. Las bodas eran agotadoras y una niñera desconocida podría haber terminado de alterar a su hija. Le puso la mano en la espalda a Gemma y volvieron a entrar en el salón para dirigirse hacia la mesa presidencial.

Sirvieron la comida, pero disfrutó tanto como si hubiese comido serrín. Su suegro le preguntó algunas cosas muy incómodas sobre su pasado y contestó lo mejor que pudo. Intentó pasar de puntillas por los años que estuvo en adopción y se animó más cuando habló de Bella. Un cantante profesional amenizó el banquete hasta que empezó el baile. Jax tuvo que arrastrarla hasta la pista porque no bailaba muy bien y le daba una vergüenza espantosa tener que bailar en público.

–Estoy deseando que acabe el día –reconoció ella.

Apoyó la cabeza en su pecho y se dio cuenta de que era tan alto que podía esconderse detrás de él, al menos, desde un ángulo.

–Ya somos dos.

Jax se preguntó si su padre le habría dicho algo cortante para que estuviese tan apagada. Sorprendentemente, esa sospecha lo enfadó.

Naturalmente, él no podía disfrutar en la boda que había tenido que aceptar por un chantaje. Además, ¿qué pensaría él de su padre? Seguramente, ya sabría que Kreon había pasado un par de años entre rejas cuando era joven y en ese momento pensaría que la cárcel era donde tendría que estar, y tendría peor concepto de ella por eso. La gente juzgaba a los demás por su familia y su pasado. Aunque nunca había tenido un concepto muy elevado de ella, se recordó al acordarse de que la había dejado tirada como a una colilla en España.

–Nos marcharemos dentro de un par de horas –comentó Jax estrechándola contra sí.

Se derritió entre las piernas al notar su erección y se le secó la boca. Evidentemente, el chantaje no sofocaba su libido y todavía la deseaba. ¿Tenía que celebrarlo o tenía que reprochárselo? ¿Tenía que agradecerle ser su válvula de escape sexual? ¿Solo valía para eso? ¿Solo se merecía eso? Ya no lo sabía. Su cabeza era un batiburrillo e hizo un esfuerzo para relajarse entre sus cálidos y musculosos brazos y dejó que la llevara por la pista de baile. Ya había otras personas bailando y no se sentía el centro de atención.

–¿Adónde nos marcharemos? –preguntó ella al cabo de un rato.

–Es una sorpresa –contestó Jax, que seguía impresionado por lo que había hecho su padre.

La pequeña isla de Tifnos era la casa de los Antonakos, pero Jax no había pasado ni una noche allí. De niño lo habían llevado en el transbordador, pero solo a pasar el día y a asistir a grandes actos sociales de la familia. Ya de adulto había volado a la isla con periodicidad para consultar con Heracles asuntos de la empresa, pero nunca había sido su casa porque cuando era pequeño se sentía afortunado si su padre se fijaba en él entre tantos invitados. La verdad era que siempre se había sentido un intruso en la casa de su padre y la idea de que Tifnos fuese su base le despertaba todo tipo de sentimientos encontrados

–Oh… –susurró Gemma al captar el olor de él.

Efectivamente, tuvo que reconocer que las feromonas tenían algún efecto en la atracción. Le encantaba el olor de Jax, esa mezcla de colonia exclusiva con el olor viril la había atraído desde el primer beso.

Le escocieron los ojos otra vez y arrugó la nariz para contener las lágrimas. Habían chantajeado a su marido para que se casara

con ella y, al saberlo, le parecía complicado que pudiera ser una esposa de verdad. En realidad, la intervención de Kreon y su presión habían conseguido que todo el día fuese un absurdo. Se sentía completamente humillada y se preguntaba cuándo reuniría el valor que necesitaba para hablar con Jax sobre lo que había hecho Kreon, y cómo reaccionaría él. Podría enfurecerse porque ella lo sabía, su orgullo podría volverse contra ella porque sabía que podían obligarlo a hace algo.

Estaba dirigiéndose hacia la suite nupcial para cambiarse antes de que se marcharan cuando vio a Kat Valtinos que se acercaba a ella. Contuvo un suspiro porque no estaba de humor para que la trataran con condescendencia o le dieran la tabarra.

–Gemma… –murmuró Kat con una resplandeciente sonrisa falsa–. Tu gran día está a punto de terminar.

–Sí. Nos marcharemos enseguida –reconoció Gemma mientras rebuscaba la tarjeta para abrir la puerta.

Iola y Kreon ya se habían llevado a Bella y se quedaría con ellos durante la primera semana que Jax y ella pasaran fuera.

–Bueno, disfrútalo mientras puedas –le aconsejó Kat con una dulzura venenosa–. No creo que tu matrimonio vaya a durar mucho.

Gemma abrió la puerta y se limitó a no hacer caso a la morena, porque no iba a discutir con ella. Kat la había odiado hacía dos años, en España, porque había atraído a Jax y, a juzgar por lo que había visto en las revistas, había albergado alguna esperanza de que su larga amistad hubiese terminado en otra cosa.

–Jax se quedará a la niña y te abandonará otra vez –murmuró Kat–. Luego no digas que no te he avisado.

Gemma cerró la puerta. Se quedó pálida y temblorosa, pero se concentró en quitarse el vestido y asearse. Se puso un vestido vaporoso y unas sandalias y se recompuso el maquillaje. Kat era una arpía. Jax nunca intentaría arrebatarle a Bella. ¿Por qué iba a hacer algo tan inhumano o siquiera pensar en separar a una madre y a una hija? Ella no era una mala madre. No era perfecta, había gruñido un poco cuando Bella había intentado sacarla de la cama al amanecer, pero amaba a su hija. Nada le complacía tanto como poder darle a Bella todas las cositas que no había tenido ella, cositas como leerle un cuento cuando la acostaba, como darle su comida favorita y montones de abrazos.

Una vez hecho y recogido el equipaje, fue a reunirse con Jax. Una limusina los llevó al aeropuerto y se montaron en un

helicóptero.

–¿Vamos a ir en el yate? –preguntó ella antes de que el ruido del motor impidiera la conversación.

–No, a Tifnos –contestó él.

Gemma asintió con la cabeza, aunque la perspectiva le daba cierto miedo. Había leído sobre la isla privada que Heracles se había comprado en los ochenta. Se decía que su suegro vivía allí en un lujo feudal, aunque la casa no se había fotografiado nunca ni había salido en ninguna publicación. Sin embargo, según la leyenda, tenía un jardín comparable al jardín del Edén, un zoológico privado y cientos de empleados.

Se sentía fuera de lugar. Era demasiado normal y corriente para algo así. Siempre había sido normal y corriente y había llegado a pensar que eso era lo que le había atraído a Jax de ella. No se daba importancia, no decía cosas que no creía y si había algo que no sabía, lo reconocía. Inesperadamente, Jax le tomó una mano y entrelazó los dedos con los de ella. El pulgar le acarició con delicadeza la parte interior de la muñeca. Era como si ella hubiese izado una bandera que indicaba pánico y él hubiese captado el mensaje, o como si él también tuviera cierto miedo… Descartó inmediatamente la idea porque Tifnos era la residencia de los Antonakos y tenía que estar muy acostumbrado.

Había oscurecido por completo cuando el helicóptero aterrizó y Jax la ayudó a bajarse. Por un instante, le emocionó ver el cielo lleno de estrellas que no podían verse en la ciudad. Montaron el equipaje en un coche para andar por la playa y Zenas tomó el volante para llevarlos por una cuesta inclinada y flanqueada por pinos. En lo más alto, la casa de los Antonakos se extendía como un transatlántico iluminado.

–Es grande –comentó ella.

–Sí, Heracles construyó una casa muy grande para ser un hombre al que no le gusta recibir.

Entraron en un vestíbulo resplandeciente por el mármol y las lámparas del techo. Era como el vestíbulo de un hotel sin mostrador de recepción. Una escalera doble subía al piso superior y era tan ancha que podría desfilar un batallón.

–Imagínate un plató cinematográfico –le pidió Jax–. Mi madre redecoró la entrada y hay algunos detalles muy teatrales.

Una mujer griega, baja y de mediana edad se acercó a ellos con una bandeja con bebidas para darles la bienvenida. Jax le dio una copa de champán, pero él titubeó.

–No me gusta el champán.

Ella bebió su copa por cortesía mientras visitaba habitaciones decoradas con una opulencia que le indicaba una fortuna de muchas generaciones. Había estatuas, colecciones, vitrinas y obras de arte por todos lados. De repente, entendió por qué había cientos de empleados. Se necesitarían muchos para ocuparse de tantas cosas.

Jax le retiró la copa y la dejó mientras le tomaba la mano. Luego, le dijo a un empleado, al que llamó Theo, que se iban a la cama.

–¿No ha sido un poco… desvergonzado? –le preguntó ella cohibida mientras subían las escaleras.

–Es la una de la madrugada y es nuestra noche de bodas –contestó Jax agarrándole la mano con más fuerza–. Mañana podremos charlar más.

Gemma pensó en lo que no había querido pensar y se sonrojó mientras Jax la llevaba a una habitación inmensa llena de floreros con rosas blancas y lirios. Era impresionante, pero no tan impresionante como la enorme cama sobre una tarima y cubierta de pétalos de rosa.

–Heracles no bromeaba cuando dijo que prepararía la casa para la pareja de recién casados –comentó Jax en un tono frío y sombrío.

–Es precioso –ella estaba muy agradecida a su suegro por haberse tomado esa molestia–, pero un poco demasiado grandioso para la gente como yo.

–«La gente como yo» resulta que ahora es mi esposa y nada es demasiado grandioso o demasiado bueno para mi esposa.

–Me acostumbraré. Es que… Es que es un poco abrumador venir a una casa como esta –reconoció Gemma.

–Ahora es nuestra –Jax le contó lo que había hecho su padre–. Creo que espera que… nos multipliquemos.

Gemma se encogió de hombros y no dijo nada.

–Creo que Bella es suficiente por el momento –siguió él–. Yo todavía tengo que aprender a ser padre ¿Quieres comer o beber algo? Hay cosas en el carrito.

–No, solo quiero quitarme los zapatos –reconoció Gemma dejándose caer en una butaca con un suspiro–. Me duelen los pies.

–Veamos… –Jax, desconcertantemente, se agachó a sus pies, le desató los zapatos y se los quitó–. Tienes unos pies diminutos. Me fascinaban.

Unos dedos largos y morenos le acariciaron el tobillo con delicadeza y Gemma contuvo la respiración porque tenía la piel muy sensible, como si le hubiesen acariciado en un sitio mucho más

intimo.

–Si he sobrellevado el día, *koukla mou*, ha sido porque pensaba con placer en volver a saciarme dentro de ti –comentó Jax con la voz ronca mientras la levantaba de la butaca y la dejaba en la cama.

Gemma, sonrojada, lo miró con los ojos azules como platos.

–Entonces, ¿por qué pareces un conejo acorralado? –siguió Jax–. Llevas todo el día portándote de una manera muy rara.

Capítulo 8

ME siento… abrumada –contestó Gemma, y era verdad.

La boda en la catedral, la familia Antonakos y los invitados enjoyados y la ausencia de amigos suyos, aparte de sus padres, había pesado mucho. Las miradas constantes y las conjeturas susurradas no habían ayudado, pero claro, cuando alguien tan rico como Jax se casaba con una camarera que era la madre de su hijo, la gente miraba y elucubraba. La boda había sido un motivo de tensión y la confesión de su padre la había rematado. Enterarse de que solo había podido casarse con Jax por el acto delictivo de Kreon había sido la humillación absoluta.

Sin embargo, ¿qué podían hacer ellos al respecto? Kreon había confesado demasiado tarde y ya no podían cambiar nada. Si se separaban esa misma noche, el escándalo sería mayúsculo y ella sabía que Jax no quería ni oír hablar de escándalos, lo que significaba que tendrían que seguir casados durante unos meses para que la ruptura no mereciera tanta atención de la prensa.

–Puedo entenderlo –concedió Jax quitándose la chaqueta con un movimiento indolente.

Gemma lo miraba con el corazón desbocado y seguía preguntándose qué debería hacer, cómo debería comportarse. Sin embargo, ella, como más del noventa por ciento de su cuerpo, anhelaba la intimidad de estar con Jax. Quería olvidar, hundirse en la inmensidad de la cama, dejar el resto del mundo al margen y refugiarse en Jax, aunque él no fuese suyo de verdad ni, seguramente, lo sería durante mucho tiempo. Sus deslumbrantes ojos verdes resplandecieron en la penumbra y se le secó la boca.

Se sacó la camisa del pantalón, volvió a la cama y se puso al lado de ella para bajarle la cremallera del vestido. Ella se quedó sentada como una pequeña estatua y el corazón le latió como una locomotora cuando él le levantó el vestido por encima de la cabeza y la dejó solo con la lencería de encaje blanco. Jax se desabotonó la camisa para mostrarle el torso. Estaba tan fascinada por esa belleza

masculina como lo estuvo en España, y se deleitaba mirándolo con admiración femenina. Hacía ejercicio y lo mostraba, tenía una musculatura fibrosa y transmitía fuerza contenida.

–Quítate todo –le pidió él–. Quiero mirarte.

Ella se puso roja mientras se llevaba las manos a la espalda para soltarse el sujetador. Nunca lo había hecho delante de él. Otras veces, su ropa había desaparecido entre las diestras manos de él y no había tenido que pensarlo ni se había sentido especialmente desnuda, pero allí, en ese dormitorio silencioso, era muy consciente de los defectos de su cuerpo mientras dejaba caer el sujetador. Había perdido casi todo el peso del embarazo, pero no podía negar que tenía el busto y las caderas más… redondeados. Además, tenía una cicatriz en el vientre por la cesárea que habían tenido que hacerle. También tenía la cintura más ancha, pensó con angustia mientras repasaba todos los defectos, y él era un hombre acostumbrado a los cuerpos sin defectos de las modelos de ropa interior.

Jax miró con placer los pezones rosados y rampantes y una oleada de excitación se adueñó de él con la fuerza de un maremoto. Le encantaba su delicadeza porque sus líneas suaves se convertían en exuberantes justo en los lugares más femeninos y él sabía muy bien lo que pasaría cuando los acariciara. Sabía que reaccionaría como no había reaccionado ninguna otra mujer y que no tendría nada de falso o exagerado.

–No soy perfecta –le avisó ella en tono tenso con los dedos en la cinturilla de las bragas–. Bueno, no lo he sido nunca, pero…

Una sonrisa resplandeciente apareció en el rostro afilado y atractivo de Jax mientras apoyaba una rodilla en la cama y la atraía hacia sí agarrada de los tobillos.

–Eres perfecta para mí… Solo quiero verte.

Gemma, desconcertada por esa provocación, lo miró con cierta aprensión en los ojos azules. Él le quitó las bragas, la tumbó con delicadeza sobre las almohadas y le separó las piernas con las manos a los costados.

–Me encantaría tener un cuadro tuyo así, con las piernas separadas y esperándome, pero no podría soportar que un pintor te viera desnuda –reconoció él mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos.

Gemma se sentía como en el altar de los sacrificios, pero también le excitaba que él la mirara con ese detenimiento y la palpitación turgente de su erección. Hacía que se sintiera como si su cuerpo no tuviese defectos y ese deseo que él no se molestaba en

disimular le devolvía la autoestima que su padre había le había arrebatado con su actuación.

Jax se tumbó en la cama y fue directo a su boca con un beso ávido que le separó los labios e hizo que se estremeciera de los pies a la cabeza. Introdujo los dedos entre su pelo moreno y despeinado y notó el escozor de las lágrimas por detrás de los párpados cerrados. Lo deseaba tanto que le dolía. Era demasiado intenso y desesperado, y no quería sentir eso. Tenía que mantener el dominio de sí misma, distinguir entre lo que era real y lo que no lo era, y lo que tenían en ese momento no era real. ¿Por qué pensar eso había sido como una cuchillada cuando solo era la verdad?

–No me canso de ti –murmuró él.

Sus besos y las acometidas de su lengua hacían que su menudo cuerpo se arqueara debajo de él.

–Tenemos toda la noche –susurró ella con los ojos vidriosos por la pasión.

–Una noche no satisfará mi voracidad, ni mucho menos.

Introdujo una mano entre sus rizos mientras le recorría las clavículas con los labios antes de succionarle un pezón endurecido.

–Jax… –gimió ella.

Un cosquilleo ardiente le bajaba desde el pecho hasta el vientre y una sensación cálida y húmeda le palpitaba entre los muslos. Jax hizo un esfuerzo para dejar de recorrer su cuerpo con los labios y la miró. Ya era su esposa con todas las de la ley y, en cierto sentido, le gustaba. Le gustaba el anillo en el dedo que indicaba que era suya y le encantaba que lo mirara como estaba mirándolo, como si fuera excepcional.

–Mañana estarás muy cansada –le anunció Jax–. Pienso aprovechar todo lo que me ofrezcas y algo más.

Gemma, sin titubear, se incorporó y reclamó su boca sensual y provocadora. Él le mordió ligeramente el labio inferior, le lamió debajo del lóbulo de la oreja y volvió a deleitarse con sus pechos. Se introdujo un pezón después del otro en la boca y ella levantó las caderas hasta que él puso una pierna entre las de ella para presionar en ese punto que lo anhelaba. Ese anhelo se convirtió en un hormigueo que se extendió por todo su cuerpo hasta que se sintió tensa como la cuerda de un violín. Cuando le tomó los pezones con los dientes, el clímax explotó dentro de ella y gritó, retorciéndose debajo de él.

–Uno… –comentó Jax con satisfacción.

–¿Vas a contarlos? –farfulló Gemma entre las sacudidas de un placer tan intenso.

–Siempre me he marcado objetivos –le recordó él.

Una vocecilla le dijo que le hablara del chantaje, pero eso llevaría a una conversación complicada después de un día muy largo y agotador. Además, Jax estaba contento en ese momento y no quería estropear las cosas. Luego, los dos estarían más relajados, menos tensos.

Entonces, él le separó los muslos y bajó la boca hasta allí. De repente, a ella no le quedó sitio en el cerebro para ser racional. De repente, se convirtió en una criatura que se retorcía y jadeaba a merced de su propia reacción sensual.

Jax introdujo un dedo entre los sedosos pliegues, la acarició y sonrió mientras ella gemía y se arqueaba para apremiarlo, pero Jax, en la cama, siempre llevaba el control, sobre todo, porque ella lo perdía por completo.

–¡Es una tortura! –se quejó ella con los dientes apretados.

Estaba sudando y sus caricias la asolaban entre jadeos, sobre todo, cuando alcanzaba el punto exacto donde era más sensible.

–Me encanta tu sabor –murmuró Jax.

Las vibraciones de su voz se propagaron por su rincón más íntimo e, involuntariamente, su cuerpo entró en erupción otra vez. Gritó su nombre y se retorció, hasta que se quedó inmóvil sin llegar a entender que alguien pudiera desarbolarla de esa manera y darle tanto placer.

–*Thee mou*, te deseo con toda mi alma.

Jax se puso encima de ella con las manos en sus caderas para sujetarla. Entró lentamente para ir abriéndose paso y fue una sensación que la aturdió por el anhelo de más. Retrocedió y volvió a entrar más profundamente y su cuerpo se tensó alrededor de él con una sensación intensa y devastadora. Dejó escapar una ristra de sonidos mientras él aumentaba el ritmo. La excitación se adueñaba de ella y se cimbreaba para seguir su ritmo entregada a las sensaciones que la arrastraban como una montaña rusa. Él acometía con una fuerza desatada y era como si la desgarrara por dentro. Se desplomó en la cama y no oyó casi el gruñido concluyente de él, pero recibió con agrado su peso cálido e inerte.

Gemma, casi inconsciente, acarició la espalda húmeda de Jax antes de abrazarlo con fuerza. Él estaba intentando recuperar el aliento y ella sonrió mientras giraba la cabeza para besarlo en la mejilla.

Jax se quedó petrificado, como si ella hubiese traspasado un límite invisible. Se negaba a volver a hacer eso con ella. Rechazaba cualquier muestra de afecto que llegara de ella. Se incorporó y se

dio media vuelta. ¡No pensaba caer en eso otra vez! Ella le había dado los mismos abrazos y besos en España y él sabía que no significaban nada. Lo había sabido cuando la vio en aquel callejón teniendo relaciones sexuales con otro hombre. Quiso aporrear la pared cuando le volvió ese recuerdo desquiciante. Era mejor dejarlo enterrado y lo sabía, sobre todo, cuando ya estaban casados. Cuando lo pensaba, sentía una rabia y una violencia casi incontrolables. El perdón no entraba en su vocabulario y el olvido iba contra su naturaleza. No había ningún motivo para que pensara en ese episodio tan sórdido. Lo único que tenía que hacer era recordar que era traicionera y vigilarla cuando estuviera con otros hombres.

Cuando Jax se apartó y fue a lo que ella supuso que era el cuarto de baño, se sintió como si la hubiese abofeteado. Se había alejado como si fuese contagiosa, como si no pudiera soportar que lo tocara. Eso dolía mucho, después de tanta intimidad, y transmitía el mensaje de que él se marchaba después de haberse acostado con ella, de que no iba a fingir cariño o cortesía.

Se sintió vacía y muy, muy necia. Ese era el varón agresivo al que había chantajeado su padre para que se casara con ella y esa era su forma de pagarlo. Evidentemente, había tomado lo único que quería de ella y, en ese momento, se sentía como un juguete abandonado, como una distracción que volvía a guardar en un armario hasta que le apeteciera sacarla otra vez para jugar con ella.

–No te gusta que te toque después de hacer el amor –le reprochó ella con franqueza.

Jax la miró con un resplandor verde en los ojos entrecerrados.

–Porque es falso.

–No fue falso –replicó ella sentándose.

Sin embargo, él ya había desaparecido en el cuarto de baño y se oyó el agua de una ducha.

Muy bien, Jax creería que era el final de la conversación, pero estaba equivocado. Gemma se bajó de la cama, tomó el bolso y sacó la carta que le había dado Kreon. Le gustara a ella o no, había llegado el momento de ser franca. Abrió la puerta del dormitorio y vio el equipaje en el suelo del pasillo. Levantó una maleta, la arrastró dentro y la abrió para sacar una bata de algodón. Su ropa de dormir no tenía nada de provocativo. Iola se había empeñado en comprarle algunas cosas y la idea de que Jax mirara con incredulidad su pijama de unos grandes almacenes la había convencido. Se cubrió con la bata mientras veía por el rabillo del ojo que Jax entraba desnudo en lo que parecía un vestidor porque

oyó que se abrían y cerraban bruscamente cajones y puertas de armarios. Estaba de mal humor… y ella que había dado por supuesto que esa… intimidad los relajaría y les aliviaría la tensión…

Jax reapareció con unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra que se le ceñía al torso. Fue directamente al carrito, sacó un plato y lo llenó de comida.

–¿Quieres algo? –le preguntó él con una cortesía fingida.

–No, gracias –contestó ella, que habría querido darle una bofetada por el tono–, pero sí tengo algo para ti, algo que Kreon me ha dado hoy.

Jax se dio media vuelta con un gesto inexpresivo hasta que vio lo que ella tenía en la mano y lo reconoció. Fue hasta ella de dos zancadas y se lo arrebató con una expresión de asco.

–¿Tú participabas de todo con él? –le preguntó en tono acusador.

Curiosamente, no se le había ocurrido esa posibilidad y, en ese momento, se consideraba un necio por no haber sospechado que ella participaba activamente en la amenaza de chantaje de Kreon. Gemma tomó aire por la impresión y se puso todo lo recta que pudo.

–¿Estás loco de remate? Ayer, después de la boda, Kreon me contó lo que te había hecho porque tenía remordimientos. Sabía que había actuado mal…

–Vaya… ¿Kreon tuvo remordimientos? –se burló Jax–. ¡No sabes cuánto me consuela oírlo!

–Hizo mal, pero no es un mal hombre y te equivocaste al no contarme inmediatamente la amenaza de mi padre y la existencia de esa carta. Creo que podría haberlo parado, porque se habría avergonzado demasiado si hubiera sabido que yo conocía lo que estaba haciendo.

–Claro, y yo me chupo el dedo –se burló Jax con unos ojos tan cortantes como sables verdes–. Te lo preguntaré una vez más: ¿sabías lo que quería?

–¡No! –gritó Gemma con los ojos azules rebosantes de rabia e impotencia–. ¿Cómo puedes preguntármelo? No esperaba que me pidieras que me casara contigo, ni siquiera se me pasaba por la cabeza.

Jax inclinó la cabeza con orgullo hacia atrás y entrecerró los ojos.

–Ya está hecho.

–Sí –reconoció ella con incomodidad–, pero yo no sabía nada del

chantaje ni de lo que estaba cociéndose…

–Sin embargo, y en cualquier caso, todo te favorecía –replicó Jax con desdén–. Has entrado en la familia Antonakos.

–Bueno, visto desde aquí y ahora, la noche de bodas, ¡entrar en la familia Antonakos no es el triunfo que se supone que es! –exclamó Gemma con las mejillas rojas por la rabia–. En realidad, parece un infierno, sobre todo, cuando mi marido puede acostarse tranquilamente conmigo y luego dejarme de lado.

–No doy abrazos… ¡jamás!

–Bella necesita abrazos, así que tendrás que revisar esa regla, y yo también los necesito. Si quieres acostarte conmigo, tendrás que abrazarme.

–He tragado mucho –los ojos de Jax soltaron un destello de ira–, pero no voy a pasar por eso. Me he casado contigo y puedes estar agradecida porque no vas a sacarme nada más que el nombre, el dinero y un padre para tu hija.

Gemma se quedó mirándolo desquiciada por la intensidad de su cólera. Contuvo un estremecimiento por lo que había oído.

–No es suficiente para mí –replicó ella con la voz temblorosa.

–Pues es lo único que vas a conseguir ahora y en el futuro.

Jax salió de la habitación y la dejó allí. Gemma se comió un plato entero de profiteroles y bebió café, y se sintió mal. Todo su mundo, y la sensación de seguridad, se habían hecho añicos. Fue al cuarto de baño, vomitó y se duchó cuando recuperó un poco de fuerzas. Jamás volvería a mirar un profiterol. Tampoco volvería a mirar a Jax de la misma manera, porque le había mostrado un aspecto suyo inesperado.

Ya sabía lo que no había querido saber. Él no había querido casarse con ella. En realidad, le espantaba haber tenido que casarse con ella y lo lamentaba. Había conseguido contener la furia durante todo el día y ella le había provocado para que la soltara al pedirle algo más, un abrazo… Le escocieron los ojos y miró hacia arriba mientras intentaba dominar los sentimientos. Para Jax, ya le había dado más que suficiente: su famoso nombre, su fortuna y su disposición a ser padre. Había dicho que Bella era hija de ella, no de ellos. ¿Por qué iba a importarle a él que nada de eso fuese suficiente para hacerla feliz? ¿Por qué iba a importarle que le doliera tanto que le gustaría gritar? Él no le había pedido que lo quisiera y ella no sabía ni cuándo ni cómo había empezado a quererlo otra vez. En España había empezado con una sonrisa, con una mirada mutua de comprensión o discrepancia, con un contacto de su mano, con seis semanas de una emoción y una felicidad que

no había conocido nunca, hasta que volvió a perderlo todo.

Jax, sin embargo, había reaparecido en su vida y, por algún motivo, unos retazos de aquellos sentimientos habían arraigado otra vez en lo más profundo de su ser, donde no miraba nunca. Lo quería mucho más de lo que se merecía, pero ¿era justa? Kreon había sido perverso y el cariño a su familia había doblegado a Jax para que hiciera un sacrificio que no quería hacer. Desgraciadamente, a Jax seguía gustándole tan poco como siempre la idea del matrimonio.

Entonces, ¿qué le quedaba a ella? Parpadeó para contener las lágrimas y fue a lavarse la cara otra vez. Luego, se maquilló un poco para intentar recuperar algo de la novia radiante que había sido. Desgraciadamente, parecía cansada, pálida y ojerosa y el maquillaje no lo disimulaba. Se desmaquilló y fue a buscar a Jax.

Era temprano, pero todo estaba encendido. No sabía qué iba a decirle, pero sí sabía que tenía que afrontar la situación y sacar algo del embrollo que había creado Kreon. Al fin y al cabo, tenían que pensar en Bella. Ella estaba dispuesta a renunciar a sus propios sueños, pero no estaba dispuesta a renunciar al sueño de que su hija tuviera una familia normal.

Buscó en una habitación vacía tras otra por la planta baja hasta que lo encontró en una terraza muy amplia, tumbado con un vaso en la mano en una tumbona enorme y mirando la salida del sol sobre el mar oscuro que estaba debajo de la casa. Se quedó dudando en la puerta hasta que vio que estaba mirando el móvil y que en la pantalla había una foto de su hija en la boda. Eso la ablandó y le dio las fuerzas que necesitaba para acercarse a él.

–Jax…

–Tenemos que intentarlo… por ella… –dijo Jax con la voz entrecortada y sin girar la cabeza.

–Sí…

Eso era exactamente lo que había querido oír, pero, aun así, sentía que el corazón estaba desgarrándosele porque también sabía que quería mucho más de él.

–Estoy bebido –reconoció Jax, aunque le hubiera gustaría no estarlo, le gustaría saber sobrellevar mejor su batiburrillo emocional–. Sin embargo, ahogar las penas no sirve de nada, solo lo ensombrece todo más.

Gemma, en un silencio tenso, se sentó en la tumbona más pequeña que había al lado de la de él. Se sentó en el borde, rígida y quieta. Había una foto en la mesa que los separaba y la levantó. Era la foto de otra niña, de una niña pequeña que se parecía tanto a

Bella que podría haber sido su hermana.

–¿Quién es? –preguntó ella con preocupación sospechando si Jax tendría otra hija.

–Mi hermana pequeña, Tina. El motivo por el que no esperé los resultados de la prueba de ADN para saber que Bella era hija mía –le explicó Jax a regañadientes.

–No sabía que tuvieras una hermana.

–Casi nadie lo sabe. Se silenció cuando murió.

–¿Una hija de tu padre? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–No, del segundo matrimonio de mi madre con un actor. Él tenía la mitad de años que ella. Se separaron enseguida, pero ella ya estaba embarazada, y como era una ferviente católica, ni se le pasó por la cabeza abortar. Valentina nació en verano, cuando yo tenía doce años. Mariana estaba decidida a mantenerla en secreto porque no podía soportar la idea de que sus seguidores tuvieran lástima de ella porque la habían abandonado por segunda vez con un hijo. Desgraciadamente, no podía conservar mucho tiempo a los empleados domésticos y yo cuidé de mi hermana aquel verano.

–¿A los doce años? ¿Dónde estaba tu madre?

–Aletargada por los fármacos que le recetaban… como siempre –confesó Jax con un gruñido–. Tomé mucho cariño a Tina, era encantadora. Mariana contrató otra niñera antes de que yo volviera al internado y todo fue sobre ruedas durante dos años. Yo veía a Tina en vacaciones, hasta que Mariana se peleó con la niñera el día antes de que celebrara una fiesta en la piscina. Tina se ahogó porque no había nadie cuidándola. Mi madre era una estrella casi legendaria y el estudio cinematográfico se encargó de que la muerte y el entierro pasaran inadvertidos.

–Lo siento, Jax –susurró Gemma con la voz temblorosa.

–Lo peor fue que nadie volvió a hablar de Tina, como si no hubiese existido.

Gemma se levantó, se sentó en la tumbona grande, al lado de él, y le pasó un brazo por encima protectoramente.

–No doy abrazos –dijo él en tono tajante.

–No estás dando un abrazo –replicó ella–. Yo estoy abrazándote.

–Lo digo en serio, ni necesito ni me gustan esas cosas.

–Claro que no. Solo estás tolerando que yo sea amable –Gemma suspiró y notó que los músculos de él se relajaban un poco–. Eres muy educado, Jax.

–¿De verdad? –preguntó él con asombro mientras se daba la vuelta para mirarla.

–Casi siempre –contestó ella con sorna y mirando esos ojos

verdes rebosantes de avidez y de una incertidumbre impropia de él–. Yo no participé en el chantaje.

–Lo sé –Jax pasó su barba incipiente por el hombro de ella como si quisiera disculparse–, pero creo que habría preferido que no hubieses sabido lo que hizo tu padre.

–Yo también lo habría preferido –reconoció Gemma–, pero pasó y tenemos que afrontarlo.

Unas manos firmes le quitaron el cinturón y le abrieron la bata.

–Estás desnuda… Me gusta, *glyka mou.*

–No estaba pensando en esto cuando vine a buscarte –replicó ella con cierto fastidio–. Es que no podía rebuscar en otra maleta para encontrar ropa…

–Shhh… Te deseo.

Unos dedos largos y morenos le acariciaron con una destreza devastadora el punto más sensible de todo su cuerpo.

–¿Aquí…? –preguntó ella boquiabierta.

Sin embargo, ya había separado las piernas y cimbreaba las caderas.

–Mandé a los empleados a la cama en cuanto llegamos. El pobre Theo los había tenido levantados. No necesito que nadie me atienda veinticuatro horas al día… menos tú.

Gemma separó los labios como si hubiera contenido la respiración.

–¿Veinticuatro horas al día? –preguntó ella con dificultad.

–Haré que te compense –le prometió Jax mientras la besaba con voracidad, se bajaba la cremallera de los vaqueros y se ponía encima de ella–. Llevémoslo al territorio de la luna de miel…

Gemma, que ya era como plastilina entre sus manos, no puso ningún inconveniente a ese plan. Habían capeado el primer temporal y habían aprendido que Bella era lo primordial para los dos. Eso tendría que bastarle, se recordó a sí misma mientras dejaba escapar un sonido al notar que él entraba en ella con un ímpetu incontenible.

Pedir más solo conseguiría tensar su relación y tenía que aprender a conformarse con lo que pudiera conseguir, y si eso significaba que tenía que perdonarlo por haber sospechado que había participado en el chantaje de su padre, lo haría. Todavía era pronto…

Sin embargo, ¿cómo podía haber sospechado que ella había hecho algo tan rastrero? ¿Por qué daba por supuesto que el cariño de ella era falso? ¿Acaso su pasado estaba tan repleto de amantes sin escrúpulos que era incapaz de confiar en nadie?

Capítulo 9

IBAS a hablarme de tus padres adoptivos –le recordó Jax tres semanas más tarde, mientras paseaban con Bella por una playa desierta.

–¿De verdad? Eran buenas personas. Yo tenía nueve años y tuve mucha suerte de encontrar una casa a esa edad.

–Me imagino que serías una niña muy guapa y que eso ayudaría.

Gemma se encogió de hombros y recordó ese período de tres años en el que había formado parte de una familia.

–Eran muy estudiosos. Cuando me adoptaron, les avisaron de que me había retrasado en el colegio y contrataron profesores particulares para cada asignatura.

–Un poco impacientes, ¿no? –preguntó Jax con el ceño fruncido.

–No, intentaban ayudarme, pero me metieron mucha presión. Yo intentaba por todos los medios ser lo que ellos querían que fuera, pero suspendí un examen muy importante para entrar en el colegio que ellos querían y se sintieron decepcionados de verdad. Creo que no era la niña indicada para ellos –reconoció ella en tono apesadumbrado–, pero cuando murieron en el accidente de coche, todo terminó y volví al sistema de acogida porque ninguno de sus familiares me consideraba parte de la familia. Al final, te guste o no, la sangre cuenta.

–Es verdad.

Jax pensó en Argo, su difunto hermano, un joven bondadoso que, visto retrospectivamente, era muy distinto a Heracles y a él.

Bella soltó la mano de su madre y tiró de los vaqueros de Jax para que la tomara en brazos. Él la levantó por los aires y ella se rio antes de apoyar la cabeza en su hombro desnudo. Gemma pensó que se trataban con tanta naturalidad que parecía imposible que se hubiesen conocido hacía un mes.

Jax y ella no habían aguantado ni una semana en la isla sin Bella. Ella no se había separado nunca de su hija y una semana era demasiado tiempo, e innecesario, cuando había una niñera entre los

empleados de la casa.

Los jardines eran impresionantes, pero Jax y ella habían pasado mucho más tiempo en la playa. A ella, aunque no sabía nadar, le gustaba chapotear en la orilla. Nunca había tenido la ocasión y no le gustaba la idea de confiar su cuerpo a una piscina o al mar, pero Jax había insistido en que tenía que aprender a nadar por una cuestión de seguridad. En vista de lo cual, había empezado a dar clases con Jax, algo que había resultado igual de irritante para los dos, para Jax porque era impaciente por naturaleza y para ella porque era nerviosa.

Habían aprendido muchas cosas el uno del otro durante las tres últimas semanas. Jax era diurno y ella era noctámbula. Habían pasado diez días maravillosos navegando por el Mediterráneo en el *Sea Queen*, el yate de su padre. Habían desembarcado en distintas islas para ver el paisaje, comer en restaurantes y hacer compras. A ella le encantaba bailar y habían pasado algunas noches hasta las tantas en distintos clubs. Él le había comprado montones de ropa en tiendas de moda de Creta y Mykonos y había llevado a un joyero hasta Tifnos para que eligiera lo que a él le parecía lo más elemental. En ese momento, llevaba un reloj de oro en la muñeca y unos aros, también de oro, en las orejas. También tenía un colgante, una pulsera y unos pendientes de diamantes, lo que él había llamado un regalo de boda atrasado. Además, el cuarto de Bella estaba repleto de juguetes, ropa y libros para colorear a juego con los muebles de diseño.

En realidad, ella creía que ya tenía todo lo que había querido en su vida o había soñado tener. Jax las había mimado a las dos. Era maravilloso con Bella, tenía una paciencia con ella como no la tenía con nadie. Estaba haciendo un esfuerzo enorme para ser un buen padre y ella lo apreciaba cuando muchos de sus amigos, hombres sofisticados a los que había conocido en los clubs, donde también le conocían muy bien a él, todavía no habían sentado la cabeza. Jax, para ser un hombre que no había querido casarse, estaba adaptándose muy bien a la vida familiar.

Sin embargo, no podía olvidarse de que Jax era el mismo hombre que la dejó tirada hacía dos años porque le aburría, el mismo hombre que parecía encantado con ella un día y al día siguiente la excluyó de su vida. Ese pasado hacía que se sintiera insegura porque creía que no sabía interpretar bien a Jax ni sabía lo que pensaba respecto a su matrimonio. Naturalmente, él parecía que decía y hacía lo acertado, pero también lo hizo en España y… cómo acabó todo.

–Tengo hambre…

Jax la agarró del hombro y la llevó por la playa hacia el cochecito que les subiría la inclinada cuesta.

–También creo que nuestra hija necesita echarse una siesta… y es posible que yo también la necesite, *glyka mou.*

Gemma se sonrojó y se derritió cuando los resplandecientes ojos verdes de Jax la miraron con sensualidad. Notó la humedad entre las piernas porque esa parte de su relación iba como la seda, aunque todavía no la abrazaba como a ella le gustaría. Con Jax, lo que podía empezar como un abrazo acababa siempre en sexo. Él decía que no podía tocarla y estar tan cerca de ella sin que le apeteciera desnudarla. Habían hecho el amor en todos lados: en la playa, en la piscina, en el bosque de pinos y en los laberínticos jardines, pero, sobre todo, en la comodidad de su cama. Le parecían muy naturales los arrebatos de pasión que salpicaban sus días. Era como si Jax no pudiera cansarse de ella, algo que se guardaba para sí misma y que hacía que se sintiera más segura. Para ella, la relación sexual era como un barómetro para medir la salud de su matrimonio, porque Jax seguía sin querer hablar de esas cosas.

–Esas pecas me parecen irresistibles –comentó Jax con la voz ronca mientras le pasaba un dedo por la nariz.

Ella se rio porque le espantaban sus pecas, le parecían un defecto, pero a Jax le parecían preciosas y muy naturales, y lo eran, desde luego. ¿Acaso había alguien que se pintara pecas? Se contestó que no mientras se montaba en el cochecito. Entonces, sintió una punzada de tristeza porque la luna de miel propiamente dicha estaba a punto de terminarse. Jax iba a reunirse a la mañana siguiente con Heracles por un proyecto muy importante en Atenas y ella iba a acompañarlo porque quería que Bella visitara a Kreon e Iola. Esperaba que la situación fuese menos tensa por el tiempo que había pasado desde la boda y por la ruidosa presencia de Bella.

La verdad era que a Jax tampoco le apetecía que llegara el día siguiente. Pensaba echarle en cara a su padre el informe que le había dado sobre Gemma hacía dos años. Por lo que había llegado a comprobar, el informe estaba lleno de inexactitudes y de mentiras descaradas y tenía que saber si esas mentiras habían sido un intento de que rompieran su relación o, sencillamente, la obra de un investigador negligente y un caso de identidad errónea. No podía reprocharle nada a Kreon si su propio padre carecía de los mismos escrúpulos morales cuando se trataba de conseguir lo que quería.

Aun así, todavía no podría decir qué respuesta quería oírle a Heracles. Si su padre se creía lo que decía el informe, le indignaría

de tal manera que no podría explicarlo de una forma racional. Aunque él sabía, mejor que nadie, que Gemma no era perfecta ni mucho menos. Corrió un tupido velo y volvió a enterrar el recuerdo de aquel encuentro en el callejón. Ella cometió un error imperdonable y él tenía que vivir con eso… por Bella, solo por Bella.

La niñera de su hija se la llevó a la cama y Gemma fue a darse una ducha porque estaba acalorada y llena de arena… y no le sorprendió lo más mínimo que Jax se metiera en la ducha con ella. Le acarició el torso musculoso y bronceado y él la besó apasionadamente. Se deleitó devastadoramente con ella y, como siempre, la intensidad de su voracidad la desconcertó. Agarró su cuerpo resbaladizo, la empujó contra los azulejos y le levantó los muslos para ponérselos alrededor de la cintura y frotarse contra el sensible triángulo que tenía entre las piernas.

Lo deseó insoportablemente y cada acometida de su lengua hacía que lo deseara más. Unos sonidos muy evocadores se le formaron en la garganta cuando los diestros dedos de él la prepararon. La inclinó hacia atrás y entró con fuerza mientras ella se aferraba a sus hombros y lo rodeaba con los tobillos. Rugió con satisfacción masculina y la agarró de las caderas mientras acometía con una potencia arrebatadora. La excitación se adueñó de ella hasta que alcanzó la cima entre gemidos y una oleada de estremecimientos.

–No me he puesto preservativo –susurró Jax a su oído mientras volvía a dejarla en el suelo–. ¿Puede ser un problema?

–Con un poco de suerte, no –contestó ella mientras salía de la ducha y tomaba una toalla–. No es el momento más idóneo del mes.

¿Qué había querido decir con esa pregunta? ¿Estaba preguntándole si quería quedarse embarazada otra vez o le preocupaba que se quedara embarazada? Efectivamente, ¿estaba dispuesta a correr ese riesgo? Creía que no. El primer embarazo no fue fácil y no tenía prisa por repetirlo, sobre todo, cuando no se sentía segura con Jax. Aun así, si se quedaba embarazada, recibiría con los brazos abiertos al bebé y lo querría igual.

Sin embargo, ¿qué necesitaba para sentirse segura con Jax? Quizá fuese la peor enemiga de sí misma y esperaba algo irrealizable de un matrimonio en el que solo uno de los cónyuges amaba. Era posible que no le gustara la realidad, pero su relación estaba condenada a ser desequilibrada cuando uno de ellos esperaba y deseaba mucho más que el otro.

–¿Sabías que lo que decía ese informe era pura ficción?

–¿Qué quieres que te diga? –Heracles volvió a dejar en la mesa el informe sobre Gemma–. No voy a mentirte. Hice lo que me pareció que tenía que hacer.

Jax, desconcertado, se puso más tenso todavía y la rabia fue adueñándose de él porque había esperado que su padre intentase evadir su pregunta directa.

–¿Por qué creíste que tenías que hacer algo? ¿Por qué te sentiste obligado a meterte? En ningún momento hablé de casarme…

–Jax –le interrumpió Heracles–, fuiste a España cinco veces en dos semanas para verla. Eso me bastó para considerarla una aspirante con posibilidades, y cuando me enteré de que era hija de Kreon Thiarkis… fue lo que me faltaba. Thiarkis es una sabandija, siempre lo ha sido y siempre lo será y no voy a disculparme por no querer que la hija de un delincuente entre en mi familia.

–Conozco la historia de Kreon. Sé lo que es y puedo entender tu preocupación, pero tenía veintiséis años, no era un adolescente y no tenías derecho a entrometerte.

–Sé que no tenía derecho, pero me dio igual –su padre se mantuvo en sus trece–. Hace años vi que Thiarkis engatusaba a mi primera esposa para que le pagara los abogados cuando lo acusaron de fraude…

–Hace dos años, Gemma no conocía siquiera a su padre –le explicó Jax con contundencia–. Lo que pasó entre nosotros, solo fue asunto nuestro y no tenía nada que ver con la animadversión que sientes hacia Thiarkis. No seré yo quien defienda a Kreon, pero ha conservado durante más de treinta años una carta que podría haber vendido a la prensa por una fortuna.

Jax dejó en la mesa la carta que le había dado Gemma.

–Tu primera esposa confesó sus pecados por escrito poco antes de morir.

Su padre se quedó pálido y se dejó caer en la butaca de su despacho mirando la carta como si fuese una cobra a punto se atacarlo.

–Sofia nunca fue discreta –murmuró Heracles en voz baja–. ¿Estás diciéndome que tengo que darle las gracias a Thiarkis por no decir nada?

–No –contestó Jax, que ya había decidido que no le contaría el secreto sobre el chantaje de Kreon–, pero ya es hora de que aceptes que es el padre de Gemma y de que dejes de darle vueltas a tus experiencias y a tu rencor por mi vida. No soy Argo…

–Ya lo sé –reconoció Heracles en tono sombrío–. Argo siempre hizo lo que se le decía y tú, no. Por eso actué a tus espaldas, di por supuesto que ella te perjudicaría.

–No me perjudica, pero la he tratado muy mal por culpa de ese informe y ahora tengo que explicarle el motivo.

–¿De verdad? –Heracles apretó los labios con disgusto–. Creo que no es una buena idea. Un hombre prudente no comparte nada con su esposa, menos la cama.

–¿Tres esposas y todavía no te has enterado? –le preguntó Jax con desdén–. Yo sí me he enterado y no voy a tolerar que te metas en mi vida. Si vuelves a hacer algo así, puedes olvidarte de mí.

–No puedes decirlo en serio –replicó Heracles con abatimiento.

–Lo digo en serio. La sangre cuenta, pero la familia cuenta más, y desapareciste de mi vida tantos años que no te considero mi familia como considero a mi esposa y mi hija. Ellas están primero… siempre.

Jax, con la rabia y la frustración bulléndole por dentro, se montó en la limusina y se adentró en el tráfico de Atenas dándole vueltas al enfrentamiento. Heracles se había disculpado por fin y, al menos, le había contado la verdad. A él le espantaban los secretos. Se había criado en un ambiente de secretismo y siempre le habían presionado para que no dijera que su madre estaba enferma, embarazada o liada con un hombre. De niño, había decidido no contarle a nadie en el colegio que la famosa actriz española era su madre. Había sido una treta absurda porque el apellido Antonakos era muy conocido y todo el mundo sabía que su padre se había divorciado de Mariana porque había tenido una aventura con un compañero de reparto. Sin embargo, había aprendido desde muy pequeño a no contar lo que pensaba, lo que sentía y sus asuntos personales, y se había convertido en una costumbre que no podía quitarse, hasta que conoció a Gemma y le contó cosas que no había contado a nadie.

Además, si era sincero, aquella experiencia lo desquició por completo hacía dos años. Había visto que estaba metiéndose en un territorio peligroso y le había dado miedo volver a comprometerse con una mujer. ¿Le había dado miedo? No, evidentemente no había tenido prisa para reconocerse eso a sí mismo. Su madre había sido aterradoramente volátil y siempre había tenido altibajos mientras usaba los fármacos como un apoyo para sobrellevar el día. Cuando la muerte de Mariana lo liberó del convencimiento de que él era el responsable de cuidarla, decidió que los sentimientos eran una debilidad y que un hombre sensato se mantenía al margen de ellos.

Le había dado muy buenos resultados casi siempre.

Hasta que conoció a Gemma…

Hasta que conoció a Bella…

Se sirvió un whisky y se lo bebió de un sorbo. Tenía que decírselo a Gemma. ¿Cómo no iba a decírselo? Se recordó que se había casado con él después de lo que había hecho en España y que parecía contenta. No tenía que amarla para que estuviera contenta. ¿Acaso no lo había demostrado ya? Habían tenido unos padres atroces, pero no era culpa de ella ni de él. Le diría las cosas claras. Le dolería y se enfadaría, pero le perdonaría. Él no era de los que perdonaban, pero estaba convencido, por lo que había visto últimamente, que ella sí lo era. Se habían casado para formar una familia por Bella. Eso sería lo más importante para Gemma porque ella, por encima de todo, anhelaba la seguridad después de una vida muy azarosa.

Él ofrecía mucha seguridad, pero le molestaba que no fuese más dependiente y abierta con él. La Gemma que recordaba de España había sido claramente dependiente y carente. Si bien era algo que no podía soportar en otra mujer, por algún motivo le había gustado en Gemma, como también le había gustado que lo dijera todo. Le había gustado que él fuera la primera persona que ella buscaba cuando entraba en una habitación, que él fuera el único al que sonreía y el único en el que se fijaba, que se aferrara a él toda la noche como si tuviera miedo de que pudiera intentar escaparse. Le había gustado que le hubiese dicho que lo amaba aunque todo hubiese acabado siendo mentira.

Sin embargo, ella ya no hacía nada de todo eso aunque a él le gustaría que lo hiciera. Naturalmente, era cautelosa y, por eso, lo sensato sería decirle toda la verdad. Le contaría lo que había pasado de verdad y ella lo perdonaría porque eso era lo que hacía Gemma. Además, ¿qué remedio le quedaba? Le preguntó una vocecilla más cínica. Al fin y al cabo, ella también había traicionado la confianza de él…

–¿Te trata bien? –le preguntó Kreon mientras Iola jugaba con Bella en el jardín.

–Sí –contestó ella–, pero no voy a hablar de Jax contigo.

–Una esposa debería ser leal a su marido –comentó Kreon sin alterarse–. Solo quería que fueses feliz.

–Solo puedo ser feliz con un hombre que sea feliz por estar conmigo –replicó ella conteniendo las ganas de recordarle que no

había pensado en eso.

Sin embargo, Jax era muy pragmático, aunque reservado, y era más probable que hiciera de tripas corazón antes que desentenderse de su compromiso, sobre todo cuando su hija estaba por medio. No tenía nada de qué quejarse e, independientemente de todo lo demás, estaba casada con el hombre que amaba. Ya no podía hacer nada, había conseguido el anillo de boda gracias a las malas artes de Kreon y sabía que Jax, en el fondo, siempre la asociaría con esa actuación de su padre y que nunca la perdonaría por no haber podido elegir y por haber perdido la libertad.

–Cedió muy fácilmente, y ese no es un rasgo de los Antonakos precisamente –argumentó él.

–Evidentemente, quiere a su padre.

–Yo creo que te quiere más a ti.

Gemma, nada convencida por lo que había dicho Kreon, volvió a su casa con los nervios de punta por la tensión de tener que fingir ante Iola que todo iba bien entre su padre y ella. Le había sorprendido que Jax no hubiese puesto ninguna objeción a que visitara a Kreon e Iola y luego le había aliviado que su padre siguiese siendo su padre, aunque fuese imperfecto. ¿Imperfecto? Manipulador, tramposo y chantajista. Sin embargo, hasta que se enteró de la existencia de sus hermanas, había creído que su padre era el único familiar que tenía y su aceptación y apoyo habían significado mucho para ella. Todavía le desquiciaba que hubiese llegado a ese extremo para que ella tuviese un marido rico porque, naturalmente, Jax vería ese matrimonio, y a ella, con otra perspectiva.

¿Qué habría pasado si Kreon no hubiese intervenido? No se habrían casado, pero Jax tampoco habría tenido que hacer algo que no quería hacer.

Se duchó, se cambió y acababa de secarse el pelo cuando Jax entró en el dormitorio. Se quedó parado y observando con placer la visión de su esbelta figura con un vestido vaporoso azul y los bucles que enmarcaban su excitante rostro.

–Estás muy bonita… –comentó él en un tono un poco forzado, y estuvo a punto de hacer una mueca de disgusto porque, en realidad, había subido para darle a Gemma el informe. Ella ladeó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados.

–Nunca me dices piropos. ¿Qué pasa?

Había dicho que estaba bonita, no guapa, y a ella le parecía bien porque sabía que no llegaba a ser guapa. Al casarse con Jax, había jugado en una liga superior porque el guapo de la relación era él, el

guapísimo.

–¿Nunca? –preguntó Jax sorprendido, hasta que cayó en la cuenta de que ella tenía razón–. Tengo una cosa que quiero que leas.

Estaba tan serio que a ella se le encogió el corazón.

–Muy bien…

–Mi padre me mandó esto hace dos años a España –Jax le dio el informe–. Por eso no me presenté aquella noche.

Gemma agarró el informe y se sentó en la cama.

–¿Tu padre…? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Había descubierto quién era tu padre y, al parecer, estaba decidido a que rompiéramos –le explicó Jax inexpresivamente–. Este informe está lleno de lo que ahora sé que son mentiras contra ti.

Gemma miró el informe y se quedó completamente desorientada. De repente, él estaba hablando de lo que pasó en España y estaba reconociendo que no la había abandonado porque se hubiese aburrido.

–¿Te enteras ahora…? –preguntó ella con incertidumbre.

–He hecho mi propia investigación –reconoció él.

Se quedó más impresionada todavía por todo lo que Jax le había ocultado, y por lo mucho que su padre había despreciado a la familia de ella. Tragó saliva, tomó aire, abrió el informe y no pudo dar crédito a lo que estaba leyendo. Era una difamación en toda la regla, desde la afirmación de que había estado condenada por tráfico de drogas y por prostitución hasta que dijera que tenía veinticinco años.

–¿Cómo es posible que llegaras a creer algo de todo esto? –susurró ella con incredulidad.

–Era al principio de mi nueva relación con mi padre y confiaba en él. No tenía motivos para recelar porque no sabía que conocía a tu padre y que lo detestara –contestó él sin inmutarse.

Gemma sacudió la cabeza muy despacio y lo miró con un brillo casi de perplejidad en los ojos.

–No me has entendido. No te pregunto por qué creíste a tu padre, te pregunto cómo es posible que creyeras esos disparates sobre mí. ¿Prostitución? ¡Era virgen cuando nos conocimos y lo sabías! –le recordó ella con un rencor acalorado.

Jax apretó los labios con un gesto de querer estar en cualquier sitio menos donde estaba.

–Una mujer puede engañar a un hombre sobre cosas como esa, puede fingir…

–Entonces, ¡diste por supuesto que era una actriz tan buena como tu madre! –exclamó Gemma tirando el informe al suelo con asco porque la rabia estaba superando al pasmo–. ¡No sé qué decir sobre estas… cosas! Creí que me conocías.

–Y yo creí que te conocía hasta que leí ese informe –reconoció él–, pero, en aquel momento, no tenía ningún motivo para sospechar que mi padre estaba tendiéndome una trampa.

–Entonces, ¿estás diciéndome que él tuvo la culpa de que me echaran del trabajo?

–No lo he aclarado con él porque estaba demasiado furioso –reconoció Jax–, pero es posible que él tuviera la culpa de eso y de que trataran así cuando te expulsaron del yate. Si me hubiese quedado lo suficiente como para entrar en ese tipo de detalles, le habría pegado.

–Ah…

Gemma no lo perdonaba, ni mucho menos, por haber creído tan poco en ella, pero ese pequeño discurso la había aplacado.

–Estabas embarazada –siguió Jax con la rabia reflejada en el rostro–. Podrían haberte herido gravemente, podría haber matado a su propia nieta… ¡a nuestra Bella!

Esa emotiva exclamación hizo que se congraciara más con él. Jax solo la conoció durante seis semanas en España y fueron… íntimos durante las dos últimas. ¿Por qué iba a haber desconfiado de su padre? El padre que había decidido aceptar y recibir con los brazos abiertos al hijo al que no había hecho caso hasta entonces. Tenía que ser justa con Jax. Al fin y al cabo, ella tampoco había desconfiado de Kreon cuando apareció en Grecia. Seguramente, Jax se sentiría como se sintió ella el día de su boda, enfadado, dolido, preguntándose cómo era posible que le hubiese hecho eso alguien a quien quería y respetaba.

–Creo que lo mínimo que podías haber hecho era hablarme de ese informe y darme la posibilidad de que me defendiera de esas acusaciones. No hay ninguna excusa para que no me hablaras del informe hace dos años.

–En realidad, sí la hay –replicó Jax poniéndose muy recto.

–No, no la hay –ella podía entender y perdonar muchas cosas, pero no podía justificar que él no le hubiese dicho lo que estaba ocurriendo, ni en el presente ni en el pasado–. ¡Por el amor de Dios! ¡Ni siquiera me mandaste un mensaje en España para decirme que habíamos terminado!

–Tenía mis motivos –insistió él en voz baja y con los ojos brillantes.

–Unos motivos inaceptables –Gemma no estaba dispuesta a ceder como había cedido muchas veces–. Me debes una explicación…

–¡No te debo nada! –le cortó Jax en un tono de desdén repentino–. Fui a verte a la noche siguiente de que recibiera el informe.

Ella frunció el ceño porque estaba empezando a sentirse perdida, como si no hubiese entendido bien una frase crucial.

–No fuiste a verme…

–¿Sabes por qué?

Jax cerró los puños porque se sentía como un volcán a punto de entrar en erupción y, además, una vocecilla que no sabía de dónde salía le preguntaba si de verdad quería decir lo que estaba a punto de decir. Sin embargo, no se echó atrás, no había aprendido a echarse atrás, solo sabía luchar y ganar. Había tenido un día espantoso y no estaba mejorando como debería, sino que estaba empeorando y así no se le sofocaba el mal humor. No le había hecho nada a Gemma y, en su opinión, él era la parte agraviada. No era vengativo, pero tampoco iban a acusarle del algo que no había hecho él.

–Si lo supiera, no estaría discutiendo contigo o intentando que entendieras mi punto de vista –contestó Gemma.

–Estoy seguro de que ni siquiera te acuerdas de aquella noche.

–Me acuerdo muy bien. ¿De qué se trata todo esto, Jax? Estoy desorientada.

Él entrecerró los ojos y apretó los dientes.

–Fui en coche hasta el bar, pero te vi con tu vestido rojo por el callejón antes de bajarme.

–No era yo.

La noche anterior, cuando Jax no se presentó para verla, ella se había quedado en su cuarto de la buhardilla con la esperanza desesperante de que Jax apareciera por arte de magia y le diese una explicación. Ella, como una niña que esperaba a Santa Claus, se había negado a creer que no acabaría presentándose y le había aterrado llegar a echarlo de menos. Había tenido toda esa fe en él, toda esa confianza…

–Eras tú y estabas con un hombre.

–Te equivocas –insistió Gemma con firmeza.

–Te seguí porque supuse que te dirigías a la entrada que llevaba a tu cuarto, pero te quedaste fuera para… tener relaciones sexuales contra la pared con el hombre que te acompañaba.

Ella parpadeó con incredulidad antes de mirarlo fijamente.

–¿Crees que tuve relaciones sexuales con un hombre en el callejón? –le preguntó ella con una repulsión que no pudo disimular–. ¿Estás tomándome el pelo?

Jax no se inmutó y se mantuvo firme porque tampoco había esperado que ella reconociera lo que había hecho.

–Sabes que no estoy tomándote el pelo y no volviste a saber nada de mí por lo que vi aquella noche. No tenía sentido que te enseñara el informe cuando ya estabas con otro hombre. No tengo que disculparme ni buscarme excusas por no volver a verte.

–Estoy de acuerdo –Gemma estaba destrozada por dentro, pero se mantenía entera por orgullo–. Si hubiese estado tan pronto con otro hombre, no me deberías nada. Evidentemente, te venía muy bien dar por supuesto que la chica que viste en el callejón era yo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Jax con recelo.

–Que habías leído ese informe, que te habías enterado de que tu querido padre no me aceptaba y que te venía muy bien creer que, a pesar de todo lo que sabías de mí, yo era el tipo de chica que tendría relaciones sexuales en un callejón.

Gemma notaba que le dolían los pómulos por la tensión de no descomponer la cara, pero sentía un dolor mucho más profundo en el pecho. Sabía que él no la amaba, sabía que no la había amado nunca. Aunque doloroso, lo había sabido desde el principio de su matrimonio, pero le había quitado importancia y se había dicho a sí misma, con sensatez, que se conformara con lo que podía conseguir, pero, por primera vez en su vida, decidió que Jax no le convenía.

Le daba igual la fama de los Antonakos, su dinero y lo guapo que era. Hacía dos años le había dicho a Jax que lo amaba y era verdad, pero él no le había correspondido con nada, ni con palabras ni con ninguna otra muestra de compromiso. Se había contenido con ella, siempre había sido mesurado con ella y por fin sabía por qué. Sin embargo, se merecía algo mejor. Se merecía, como mínimo, un hombre que no se creyera que podía tener relaciones sexuales en la calle con un desconocido… y Jax no había tenido esa fe en ella y, seguramente, no la tendría nunca. Una sensación de vacío espantosa la atenazó por dentro. No era suficiente que ella lo amara.

–Eras tú, reconocí el vestido –insistió él, desesperado por el silencio y por la forma de mirarlo de ella.

–Es posible, pero yo no era quien llevaba el vestido. Se lo presté a Tara aquella noche porque tenía una cita y me imagino que se quedaría en el callejón porque no podía llevar a un hombre a la habitación que compartíamos cuando yo estaba allí. No todo el mundo tiene un yate para esas cosas…

–¡No podía ser ella! –Jax se había quedado petrificado–. ¿Por qué iba a llevar el vestido que te regalé yo?

Gemma lo miró con cansancio y desesperación.

–Porque compartíamos la ropa. No teníamos mucha, pero compartíamos la que teníamos. La mitad de la ropa que me viste aquel verano era de Tara.

–No podía ser ella –repitió Jax.

Intentó recordar a su amiga antes de acordarse vagamente de una rubia mucho más… mundana que Gemma y que vivía y trabajaba con ella.

–Bueno –ella se encogió de hombros–, tampoco importa gran cosa después de tanto tiempo, ¿no?

–A mí sí me importa y tiene que importarte a ti.

–No, no me importa.

Jax apretó los dientes con fuerza. Quería zanjarlo y no volver a hablar del asunto. Sin embargo, ¿podía haber sido Tara con ese maldito vestido? Estaba oscuro y Tara también tenía el pelo largo y claro. Podría haberse equivocado entre las farolas y las sombras. Además, si se hubiese equivocado, sería la primera vez en su vida que se alegraba de haberse equivocado. ¿No se daba cuenta ella? ¿No entendía lo que le habría hecho a él creer que ella podría haberse comportado así? Gemma miraba fijamente el suelo de baldosas en vez de mirarle a él. La desesperación se adueñó de todo su cuerpo. ¡Mujeres! Ella estaba rara y seguramente ya no le sacaría nada más.

–Tengo una reunión. Había pensado cambiarla de día para que fuéramos a Tifnos…

–No, vete a la reunión.

Tenía un nudo en la garganta y no quería mirarlo para que no se le notara lo que sentía en el corazón.

–Podemos volar por la mañana –comentó Jax–. Seguramente, a Bella le vendrá mejor que un vuelo nocturno.

Gemma oyó que se cerraba la puerta y se quedó sentada con las lágrimas cayéndole por las mejillas. Jax acababa de mostrarle lo que pensaba de verdad sobre ella y cómo la veía y era… era repelente, mucho más repelente de lo que ella podía soportar, perdonar o comprender. Durante todas esas semanas en la isla, había pensado que ella le había sido infiel y, aun así, no le había dicho nada, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse o defenderse. Era muy inhumano e injusto, pero no se podía cambiar a un hombre, no se podía cambiar lo que había dentro de su cabeza.

Jax no confiaba en ella, nunca se había creído ni una sola

palabra de lo que había dicho ella. Él había sido su primer y único amante y ni siquiera podía creerse eso. Era muy inmadura e inocente a los diecinueve años y no había captado lo escéptico y desconfiado que era él. Se había dado cuenta de que era posesivo y celoso, pero no había pasado de ahí.

Se lo imaginó cuando vio a Tara en ese callejón mugriento y creyó que era ella. Dejó escapar un sollozo de dolor, pena y humillación. Eso dolía mucho y, en ese momento, le parecía que Jax solo le causaba dolor y desilusión. No quería estar casada con un hombre así, no podía estar casada con un hombre que tenía un concepto tan bajo de ella. Cuando esa oleada de sentimientos encontrados empezaba a desgarrarla más de lo que podía soportar, sacó el teléfono y llamó a su hermana Polly porque necesitaba urgentemente un hombro sobre el que llorar. Polly escuchaba muy bien. Ella le contó toda la historia de su relación con Jax y Kreon, y Polly se quedó más espantada por la acusación del callejón que ella misma.

–Gemma, ven con nosotros –le propuso Polly con cariño–. Necesitas descansar. Sé que te pareció que eras feliz con él al principio, pero me parece que Jax no te valora como debería valorarte un marido. Es posible que te reproche lo que hizo tu padre.

En ese momento, la posibilidad de salir de allí era como un rayo de luz que agradecía mucho.

–Ni siquiera sé dónde vives, Polly.

–En un país que se llama Dharia. Es un reino del Golfo –le explicó Polly.

Gemma se quedó boquiabierta.

–No sé cómo llegar hasta allí. Ni siquiera sé cómo saldré de aquí.

–No te preocupes –le tranquilizó Polly–. Yo me ocuparé de todo. Si sales esta noche, mañana por la mañana estaremos desayunando juntas y también puedo ocuparme de que Ellie venga a pasar el fin de semana. Tenemos muchas ganas de conoceros a ti y a tu hija.

–¿Esta noche…?

Gemma, desconcertada, se preguntó si estaría bien que se llevara a su hija y decidió que, en ese momento, Jax se merecía perderlas a las dos por su desconfianza.

–Creo que no deberías perder más tiempo con la familia Antonakos. Ellos ni te quieren ni te valoran, pero nosotras sí lo haremos.

El entusiasmo de Polly fue decisivo para Gemma, quien solía tomarse más tiempo para decidir algo tan importante. Sin embargo,

se dio cuenta con alivio de que ya no tenía ganas de llorar, le parecía una sandez llorar después de que Jax hubiese pasado por encima de ella como una apisonadora con esas acusaciones tan repugnantes. Jax no la quería, el padre de Jax no la quería en su maravillosa familia y su propio padre la había decepcionado considerablemente. La amistad de sus hermanas y empezar una vida nueva le parecían mucho más prometedores que su situación en ese momento.

–De acuerdo, esta noche. Empezaré a hacer el equipaje. Supongo que hará calor.

–Sí, pero el pala… Bueno, mi casa tiene aire acondicionado.

Capítulo 10

JAX estaba atónito. Volvió a abrir todos los armarios vacíos como si fuese a encontrar a Gemma hecha un ovillo debajo de las perchas. Volvió a entrar en el cuarto de Bella, miró la cuna vacía y volvió a bajar las escaleras de dos en dos.

–Vuelve a contármelo –le ordenó Jax a Zenas.

Intentaba contener esos sentimientos que no dejaba que salieran a la luz. Sentimientos como el pánico y la inseguridad. Los había sentido muchas veces en la infancia y en la adolescencia y había jurado que nunca volvería a sentirlos. Sin embargo, seguía llevándolos dentro, esperaban la ocasión de adueñarse de él para paralizarlo o para que tomara decisiones equivocadas.

Zenas tomó aire y miró con cautela a Jax, quien estaba pálido y tenso.

–Llegó una limusina diplomática con la bandera de un país extranjero. Se bajaron un hombre árabe y unos guardaespaldas. El hombre tenía credenciales diplomáticas, pero no hablaba ni griego ni inglés y tampoco quería contestar mis preguntas. Su esposa abrió la puerta con su hija en brazos. Unas maletas estaban esperándola en el vestíbulo…

–¿Y dejaste que se marchara? –le interrumpió Jax con incredulidad–. Dejaste que unos extranjeros secuestraran…

–No la secuestraron. Se marchó voluntariamente. Seguimos el coche hasta el aeropuerto, donde aprovecharon los accesos diplomáticos. A nosotros no nos dejaron entrar, pero según lo que pudimos averiguar, un avión privado se llevó a la señora Antonakos y a la niña a Dharia.

El nombre de ese país le recordó algo y frunció el ceño. Había una relación… Gio Benedetti, que había sido socio suyo, estaba casado con la hermana de la reina de Dharia, quien, casualmente, se llamaba Polly, como la hermana perdida de Gemma. Intentó desdeñarlo hasta que pensó en ese impecable secuestro diplomático, se negaba a aceptar que Gemma lo hubiese abandonado

voluntariamente, y la sospecha fue tomando cuerpo.

Gemma estaba dando un puñetazo en la mesa. No haría nada y esperaría a que ella se pusiese en contacto con él. Gemma no lo abandonaría, solo estaba molesta con él y no podía hacer nada al respecto. Él solo estaba pagando del precio de haberle dicho la verdad, y si no le gustaba la verdad, ¿qué podía hacer él? Se sirvió un whisky con la satisfacción de haber tomado una decisión madura y comedida.

Una hora después, estaba yendo de un lado a otro por el dormitorio vacío. Aunque Gemma no había pasado ni una noche en su villa de Atenas, su recuerdo estaba por todas partes. Se la imaginaba en la cama, se imaginaba la suavidad de sus labios, la delicada blancura de su piel y el pelo sedoso entre sus dedos. Se le cortó la respiración cuando vio un pelo rubio y rizado en el tocador y pudo oler el aroma del perfume que le había regalado él en Mykonos. La cama seguía arrugada donde había estado sentada mientras hablaban esa tarde.

Bueno, la verdad era que ella no había hablado, había estado muy callada para ser tan habladora. Pensándolo en ese momento, estaba claro que había estado alterado, muy alterado, y no se había dado cuenta. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta?

Seguía empeñado en pensar lo que había pensado durante dos años, que había sido la víctima de una traición, pero ¿qué pasaría si no hubiese existido semejante traición? ¿Qué pasaría si esa ridícula historia sobre la ropa compartida fuese verdad? ¿Qué pasaría si él la hubiese abandonado en España, hacía dos años, y no hubiese tenido una excusa para haberlo hecho? ¿Qué pasaría si su matrimonio se hubiese ido al traste por un maldito vestido rojo y su empeño irreflexivo en enfrentarse por fin a Gemma?

Siguió yendo de un lado a otro con ganas de servirse otra copa, pero sabía que no debería hacerlo cuando su cerebro ya saltaba de una cosa a otra sin ton ni son. Podía vivir sin Gemma y Bella, ¿no? Un divorcio, la custodia compartida… Entonces, de repente, sintió una opresión en el pecho, se le secó la boca y los latidos del corazón le retumbaron en los oídos. No, no podía vivir así.

La rabia acudió a su rescate, como lo había hecho muchas veces cuando la vida se le había complicado. ¡No iba a permitir que la reina de un país insignificante le robara a su esposa y a su hija! Habían engatusado y engañado a Gemma para que se marchara e iba a devolverla enseguida adonde tenía que estar, en Grecia con él.

–Da la sensación de que Jax no sabe lidiar con los sentimientos –comentó Ellie con una sonrisa cautelosa.

–Eso es decir poco –replicó Polly–. Ese asunto del callejón… Acusarla de eso…

Ellie se rio y Gemma miró a su hermana pelirroja sin salir de su asombro.

–¿No os dais cuenta? Jax seguía teniéndolo tan fresco como si hubiese pasado ayer, y eso indica que no lo ha superado. Sigue atormentado por ese callejón dos años después… aunque decide seguir casado contigo y te lleva de luna de miel, te trata bien en todos los demás sentidos. Para él fue una tortura soltar la historia del callejón porque le avergüenza que todavía te desee a pesar de lo que, en teoría, piensa de ti. Gemma, puedes sacar muchas cosas en claro si lees entre líneas.

Gemma sonrió por ese punto de vista más optimista, aunque no terminaba de creérselo. Se arrellanó en el rincón del cómodo sofá bajo la impresionante cúpula del techo y deseó poder ver lo que veía Ellie en el comportamiento de Jax. Sus dos hermanas eran muy distintas. Polly era cariñosa y atenta, casi maternal, y Ellie era inteligente y comprensiva. Además, sus hijos, los sobrinos y las sobrinas de ella, eran sencillamente maravillosos.

Karim y Hassan, los hijos de Polly, y Teresina, la hija de Ellie, estaban jugando en el sombreado patio. Ellie estaba dando el biberón a Olly, su hijo pequeño, y Polly estaba dando el pecho a Haifa, su hija recién nacida. Bella estaba mirando a los niños mayores que perseguían un balón montados en sus bicicletas. Karim se bajó de la bicicleta para retirar un poco a Bella y sus juguetes, fue un gesto muy considerado para un niño pequeño.

Sin embargo, tuvo que reconocerse que habría sido inmensamente feliz en el impresionante palacio de su hermana si no hubiese sido por la ausencia de Jax. El descubrimiento de que su hermana mayor era una reina casada con un rey, Rashad, y de que Ellie era la esposa trabajadora de un italiano increíblemente rico habían ayudado a que se olvidara de sus problemas. La primera noche, las tres mujeres se habían quedado levantadas hasta altas horas de la noche y habían hablado de los tres anillos que habían heredado y se habían puesto al tanto de unas vidas repletas de experiencias distintas.

Luego, había hablado de Jax y el ánimo le había decaído otra vez porque sentía un vacío donde había tenido el corazón, aunque todavía creía que había hecho bien al alejarse de él. En el fondo, estaba convencida de que Jax lo había pasado tan mal en la vida

como ella misma, pero trataban las emociones de forma distinta. Jax enterraba las suyas, ocultaba los problemas y, prácticamente, renegaba de sus sentimientos. Ella lo mostraba todo y volvía a levantarse emocionalmente, independientemente de las veces que la defraudaran, pero no reaccionó así la última vez que estuvo con Jax. Le había hecho demasiado daño y, por primera vez, también le había ocultado sus sentimientos a Jax.

En cierto sentido, eso había sido despiadado por su parte y haberle golpeado en la cabeza con algo grande y pesado podría haber sido más comedido. Para que Jax se enterara de los sentimientos había que ponérselos delante de la cara como si fueran un letrero. Seguramente, le habría desconcertado que se hubiese marchado y estaría furioso porque se había llevado a su hija, pero, aun así, no entendería por qué lo había hecho, algo que le molestaba a ella. A Jax solo le importaba la verdad y había acabado diciéndola sin calcular el daño que estaba haciendo. Había esperado que ella lo disculpara por lo que había hecho en el pasado porque sus padres se habían entrometido. No había sido capaz de darse cuenta de que se había quedado devastada porque todo lo que le había dicho daba a entender que jamás la había amado, respetado o entendido. ¿Cómo podía amar ella a alguien así?

–Es un hombre, podría ser de otro planeta –comentó Ellie con sorna–. Gio era exactamente igual; ocultaba las cosas y se agarraba al pasado.

–Rashad también –reconoció Polly–. Es posible que se pueda rehabilitar a Jax…

Gemma se miró las manos entrelazadas y no pudo imaginarse que Jax se moviera ni un milímetro de sus convicciones.

Se abrió la puerta y apareció Rashad, el rey de Dharia. Era alto y muy guapo y dirigió una sonrisa resplandeciente a su esposa.

–Polly… tenemos visita, y cree que hemos secuestrado a su esposa. ¿Qué dirías tú a eso?

–Gemma es mi hermana y no la he secuestrado, le he ofrecido refugio –contestó Polly en un tono muy digno.

–¿Refugio? –repitió Rashad como si le gustara la palabra–. Creo que yo no emplearía esa palabra con Jax, Gemma.

–¿Jax está aquí?

Gemma se levantó de un salto, pero se quedó quieta y con las mejillas sonrojadas por la mirada de curiosidad de sus hermanas.

–Que empiece la rehabilitación –comentó Ellie en voz baja.

–¿Me he metido donde no me llamaban? –preguntó Polly con preocupación.

–No, agradezco muchísimo el apoyo –le contestó Gemma con cariño.

Gemma no podía pensar con claridad. Jax había tardado menos de cuarenta y ocho horas en presentarse en Dharia y estaba muy desconcertada. En el fondo, le había dado miedo que él la dejara marcharse y anulara el matrimonio. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a querer estar casado con una mujer como la que creía que era ella?

Jax no estaba de mejor humor después del interminable vuelo hasta Dharia para encontrarse en una habitación que parecía sacada de *Las mil y una noches,* lo cual podía aplicarse también a todo el palacio real de Dharia. Sin embargo, Rashad, el rey, le había parecido muy normal y había reconocido que a él también le habría… molestado enterarse de que su esposa y su hijo se habían esfumado. Luego añadió con un murmullo…

–Sin embargo, ahora que formas parte de la familia, tengo que advertirte de que cuando las hermanas se juntan, traman y confabulan. O estás con ellas o estás contra ellas.

–Eres mi cuñado… Bueno, mi medio cuñado –corrigió Jax para dejar constancia de que las tres hermanas tenían padres distintos.

–Ellas no se consideran medio nada –le advirtió Rashad.

–¿Poniéndoos al día?

Se oyó una voz que Jax reconoció y se puso tenso. Se dio la vuelta muy despacio para poner en orden las ideas antes de encontrarse con la mirada de Gio Benedetti, quien había sido socio suyo.

–Vaya, el mundo es un pañuelo –añadió él en un tono crispado.

–Relájate –le aconsejó el multimillonario italiano–. El año pasado me encontré con Franca y me contó todo lo que había pasado. Con todo el respeto a Franca, creo que tuve suerte al librarme de ella, ¿tú…?

–Te debo una disculpa sin reservas por lo que pasó –Jax hizo una mueca de disgusto–, no hablemos de eso.

–De acuerdo –concedió Gio–. Sin embargo, te advertiré de algo: se grabará la palabra «callejón» en tu tumba.

Jax se quedó petrificado como si lo hubiesen apuntado con una pistola y se sonrojó.

–¿De verdad…?

–Las hermanas no guardan secretos –le comunicó Gio–. No hay nada de lo que no pueda hablarse. Si enfadas a una, enfadas a todas, y ninguna te respaldará.

Era una información que podría haberse ahorrado. Sabía que había metido la pata, pero que todo el mundo supiera hasta dónde

había metido la pata hacía que se sintiera peor. Había tenido cuarenta y ocho horas para pensar y había pensado más que en sus veintinueve años de vida. Había llegado a conclusiones evidentes e, incluso, había meditado lo que iba a decir.

Sin embargo, se olvidó del discurso que había preparado en cuanto Gemma entró en la habitación adonde lo habían llevado. Gemma llevaba un vestido largo y vaporoso de distintos tonos de azul y solo de verla, solo de mirarla otra vez, sintió cosas que ya no podía contener más.

–He venido porque…

Jax estaba impresionante, como siempre. Ellie le había aconsejado que se hiciese la dura, y le hubiese gustado mantener la frialdad y la compostura, pero no podía hacerse la dura con Jax, y ese era el problema, lo amaba. Lo había amado siempre, lo que fue un flechazo en España, cuando no lo conocía casi, se había convertido en algo más profundo. Jax no tenía solución con algunas cosas, como expresar sus sentimientos o decir halagos, pero hacía muy, muy bien otras.

–Sí… ¿qué estabas diciendo? –le preguntó Gemma para intentar tomar el control del encuentro.

Jax se pasó una mano por el pelo despeinado y los ojos dejaron escapar un destello verde. A ella le dio un vuelco el corazón.

–No sé qué iba a decir. Lo tenía todo pensado, pero lo he olvidado. Esto es completamente nuevo para mí, pero lo único importante que quiero decirte es que te amo, que te necesito y que quiero que vuelvas conmigo…

Así, con ese arrebato inesperado, Jax la dejó sin argumentos y no tenía tiempo para intentar hacerse la dura. Además, la había dejado sin respiración porque lo que acababa de decirle era lo que había esperado oír durante toda su vida.

–Jamás le había dicho eso a nadie –añadió Jax con un gruñido al ver que el silencio se alargaba–. Me casé contigo no solo por el chantaje de tu padre, porque en lo más profundo de mi ser quería estar casado contigo. Mi cabeza me decía que no quería casarme, pero mi instinto me llevaba en la dirección contraria. ¿Te parece muy raro?

–No… –contestó Gemma con un hilo de voz.

–Mi padre me recordó que en un período de dos semanas, viajé cinco veces a España para verte. Mi… apego era obsesivo. Te amaba entonces, pero me daba miedo reconocerlo. Seguramente, tenías cierta razón cuando dijiste que me había convenido creerme ese informe… y las otras cosas. El amor siempre me ha dolido, me ha

hecho daño. Amaba a mi madre, a mi padre, a mi hermana, a mi medio hermano… Incluso, años antes de conocerte, me enamoré de una mujer que resultó ser una alcohólica y tuve que ingresarla para que se rehabilitara. Estaba decidido a no volver a sentir ese dolor.

Gemma asintió vehementemente con la cabeza. Estaba deseando abrazarlo y cubrirlo de besos, pero sabía que era más prudente dejarle que dijera todo lo que tenía que decir para que explicara el pasado y el presente.

–Puedo entenderlo…

–¿Cómo puedes entenderlo? –Jax resopló muy despacio–. Sigues queriendo a la gente aunque te hagan daño o te defrauden. Eres muy valiente…

–O muy estúpida –le interrumpió ella–. Soy así. Tiendo a buscar las virtudes de las personas y a ser optimista, pero tú eres un pesimista de tomo y lomo y siempre sacas las peores conclusiones.

–Es verdad –reconoció Jax.

–Y piensas lo peor –añadió Gemma con rabia al acordarse del callejón–. Incluso cuando no tienes motivo.

Jax se puso muy recto y recordó que tenía que evitar la palabra que Gio le había aconsejado que evitara.

–La alcohólica de la que me enamoré me fue infiel muchas veces. No podía evitarlo, era un desastre hasta que se rehabilitó. Sin embargo, mi madre hizo que desconfiara de las mujeres antes que ella. Había leído aquel informe, vi a una mujer que creía que eras tú y me pareció que todo encajaba, me pareció que era el tipo de cosa que siempre me pasaba a mí… me había enamorado y tú no eras la mujer que yo creía que eras…

–¿Como con aquella alcohólica? ¿Franca? Gio se lo contó a Ellie y Ellie me lo contó a mí.

Jax entendió la segunda de las advertencias de Gio.

–Sí, era Franca. Después de ella, me volví muy cauteloso y escéptico con las mujeres. No tenía fe en mi capacidad para interpretar a las mujeres, para conocerlas de verdad, y metí la pata contigo. Eché a correr cuando debería haberme quedado, creí que estaba protegiéndome, pero ya estaba atrapado.

–¿Atrapado tú?

–Nunca superé lo tuyo. No dejaba de pensar en ti en los momentos más insospechados y de recordarme lo perniciosa que eras… ya sabes, el…

–¿El asunto del callejón? –terminó Gemma con un destello en los ojos.

–Sí, eso –contestó Jax deseoso de pasar página–. Evidentemente,

me equivoqué y siento muchísimo haber pensado que eras tú. Solo vi el vestido rojo y el pelo rubio y…

Gemma se acercó más y lo abrazó.

–No pasa nada –murmuró ella al notar que él tenía la voz entrecortada y estaba compungido–. No pasa nada. Te perdono. Cometiste un error, pero ya es agua pasada.

Jax la miró con unos ojos verdes sospechosamente brillantes.

–No te merezco. Seguramente, ni siquiera te creerás que te amo y que te amé desde el principio, y no sé cómo demostrártelo.

Gemma, sin embargo, no necesitaba más demostraciones. Jax había seguido casado con ella aunque creía que le había sido infiel una vez, y eso era muy elocuente. La había amado tal como era, con todos sus defectos, y había aprendido a pasar por alto lo que cualquier hombre habría considerado un defecto monumental y una traición, aunque se había guardado para sí lo que pensaba. Hasta que lo soltó todo y su secreto la había conmocionado, pero también les había liberado a los dos.

–Yo también te amo –susurró Gemma antes de darle un beso en la barbilla, que era lo más alto que llegaba de puntillas–. Tanto que me duele cuando no estás.

Jax le tomó una mano y le besó el dorso con un cariño absolutamente impropio de él.

–Ni siquiera me dejaste una nota. Me sentí perdido. No sabía qué hacer, me atenazó el pánico…

–Habría acabado llamándote –confesó ella–. Estaba furiosa, pero hiciste bien en contármelo. Tenía que salir para que pudiéramos hacerle frente y enterrarlo otra vez.

–Que te marchases en un avión privado con escudo real facilitó mucho que te pudiera localizar –reconoció Jax.

Entonces, la tomó en brazos como un hombre que no podía dejar de tocarla ni un minuto más.

–El dormitorio está en la puerta de al lado –le informó ella.

–Incluso, llegué a decirme que solo me casaba contigo por el bien de Bella. Me mentí a mí mismo desde el principio.

–No eres el único. Yo también me convencí a mí misma de que solo estaba casándome contigo por nuestra hija.

–¿Qué tal está pasándolo Bella aquí? –preguntó Jax.

–Tiene seis primos y un montón de juguetes. Está pasándolo de maravilla.

Gemma se rio y Jax la miró con la admiración reflejada en los ojos y una sonrisa de oreja a oreja.

–Eres una mujer muy especial, Campanilla –Jax la dejó en la

cama sin dejar de sonreír–. Lo más triste del asunto es que mi padre empezará a darnos la lata para que lo invitemos.

–¿Por qué? –preguntó ella sin llegar a entenderlo.

–Heracles es hijo de un criador de cerdos –contestó Jax entre risas–. Lo oculta muy bien porque es muy esnob, pero cuando se entere de que tu hermana es una reina, estará espantosamente encantador.

–Puedo soportarlo –Gemma se encogió de hombros–. No podemos cambiar a nuestros padres, pero tampoco van a estropearnos la felicidad otra vez.

–¿Puedes ser feliz conmigo? Sabes que volveré a meter la pata. Será sin querer, pero lo haré porque no siempre acertaré…

–Ni yo tampoco.

Gemma empezó a quitarle la chaqueta y la corbata, y le acarició con avidez el musculoso torso cuando por fin le desabotonó la camisa.

–El amor es transigir –siguió ella–. Nadie tiene que ser perfecto.

–Yo creo que tú sí lo eres. Tienes un corazón inmenso, *khriso mou.*

Jax dejó escapar un suspiro de placer cuando ella se arrodilló para terminar de desvestirlo.

–Tú también lo tienes –replicó ella en un tono algo burlón–. La diferencia entre nosotros es que tú lo guardas en una jaula para que esté a salvo.

–Aun así, te has abierto camino entre los barrotes de la jaula, tienes más poder del que crees.

Gemma fue bajando una mano y él se arqueó como si hubiese pulsado un interruptor. Se rio cuando se sentó con las dos manos entre el pelo de ella y la besó arrebatadoramente. Ya no hablaron más porque estuvieron muy ocupados compartiendo sus cuerpos como compartían su amor.

–Creo que deberíamos levantarnos para la cena… o como lo llamen aquí –comentó Jax unas horas más tarde–. Estoy siendo un invitado muy grosero.

–No, conozco a mis hermanas y ellas me conocen a mí. Habrán acostado a Bella y habrán seguido como si nada. No hay obligaciones. Aquí todo el mundo es familia y me encanta, sobre todo, ahora que estás tú.

Gemma apoyó la cabeza en su hombro y, soñadoramente, inhaló su olor. Esa proximidad la tranquilizó, como saber que por fin la amaban.

–Te amo.

Jax se quedó maravillado de lo fácil que le había resultado decir esas palabras en las que no había pensado durante tanto tiempo.

–Te amo –susurró Gemma.

Ella fue quedándose dormida porque no había podido dormir mientras estaban separados. Jax sonrió y comprendió que era feliz de verdad por primera vez en su vida.

–Este sitio es impresionante –Polly entró en el vestíbulo de mármol de la casa de Tifnos y admiró la decoración y árbol de Navidad–. Es una maravilla que tengas una casa grande donde podemos reunirnos para celebrarlo.

–Dale las gracias a Heracles, mi suegro. La construyó grande.

–¿Era ese hombre bajo que no paraba de inclinarse ante mí? –susurró Polly con cierta incomodidad.

–Sí, está muy emocionado por tener unos invitados de la realeza –comentó Gemma sin disimular el tono burlón.

Muchas cosas habían cambiado durante los tres años que llevaba casada con Jax. Su suegro los visitaba con frecuencia gracias, sobre todo, a sus hijos. Se había reconciliado mucho con Heracles después de darse cuenta de que adoraba sinceramente a los niños y a sus nietos más que a ninguno. Efectivamente, había tenido otro hijo, un niño que se llamaba Dimitri y que ya tenía dos años. Sus largas e inesperadas vacaciones en Dharia habían ampliado la familia. Había disfrutado de su segundo embarazo mucho más que del primero porque Jax había estado a su lado y la había ayudado hasta que dio a luz.

Durante esos tres años, solo Gemma había tenido un hijo, pero Polly estaba embarazada otra vez y reconocía sin reparos que quería tener una familia numerosa. Ellie había declarado que se conformaba con dos hijos, pero también era muy aficionada a decir una cosa y a hacer la contraria. En cuanto a Jax y ella, todavía eran jóvenes y, si bien estaban muy contentos con los hijos que tenían, no descartaban la posibilidad de que tuvieran un tercer hijo. Ellie, jocosamente, ya les había dado una charla sobre el control de natalidad y les había explicado que era inexcusable que hubiesen tenido dos hijos por accidente, y todos se habían reído.

Kreon e Iola visitaban la isla periódicamente y Kreon y Heracles se evitaban cortésmente durante las reuniones familiares. Su padre había quebrado el año anterior, y Jax le había comprado una pequeña empresa porque, según él, Kreon tenía que estar ocupado y ser independiente. Su generosidad había conseguido que ella casi

llorara y se sentía muy aliviada porque Jax había empezado a ver y a entender el buen corazón que tenía Kreon.

–Es tu padre y tú lo quieres –le había dicho Jax–. Tenemos que hacer lo que podamos por él. Al fin y al cabo, tú también aguantas a mi padre y le perdonas todas sus manías.

Jax era un marido maravilloso en todos los sentidos, y se sentía agradecida y afortunada. Después de tantos años anhelando ser especial para alguien, por fin había encontrado un refugio seguro.

Dejó que Polly se instalara con sus hijos, le explicó que Ellie se había ido a la cama porque había tenido el turno de noche en el hospital y fue a acostar a Dimitri para que se echara una siesta. Se alteraba mucho cuando se cansaba y tenía que dormir más con tantos niños en la casa y la emoción de la Navidad. El niño se acurrucó en la cuna con su elefante de peluche. Era rubio, como su madre, lo que había sorprendido a sus padres, pero tenía los ojos verdes y la piel morena de Jax.

Miró por la ventana y vio a los chicos mayores en la playa con Rashad y Gio. Podía ver a Bella, que ya tenía cuatro años, jugando en la orilla con Hassan, el hijo menor de Polly, y con Teresina, la hija de Ellie. Sus hijos se había hecho amigos y las reuniones familiares eran más cómodas. Suspiró porque por fin tenía la familia que había soñado toda su vida y fue a asearse un poco antes de la cena. Estaba en la ducha cuando entró otra persona.

–Jax… –le saludó ella con una sonrisa–. Creía que esta noche ibas a llegar tarde.

–No. Pasé por la oficina, os imaginé a todos pasándolo bien sin mí y decidí que me necesitaban en casa. Vi a los niños en la playa desde el helicóptero.

–Dimitri está echándose la siesta. Tenía un berrinche tremendo –comentó Gemma en tono abatido.

–Tiene el genio de mi madre –añadió Jax con preocupación.

–No, no seas ridículo –le tranquilizó ella, que sabía que le preocupaba haberle transmitido algún gen conflictivo–. Es muy pequeño y todavía no ha aprendido a dominar el genio. Es muy bueno cuando no está cansado. Además, te has metido en la ducha conmigo para hablar de los niños o para…

–Para, *agapi mou.*

Jax la empujó contra la pared y la besó con auténtica voracidad. Ella se derretía cada vez que la llamaba su amor. Él estaba ardiente y mojado, y era todo suyo. La excitación se adueñó de ella con una oleada de sensualidad.

–Control de natalidad –gruñó Jax.

Luego, la tomó en brazos, la sacó de la ducha y tiró un montón de toallas en el suelo mientras rebuscaba en un cajón. Gemma se tumbó en las toallas y se rio.

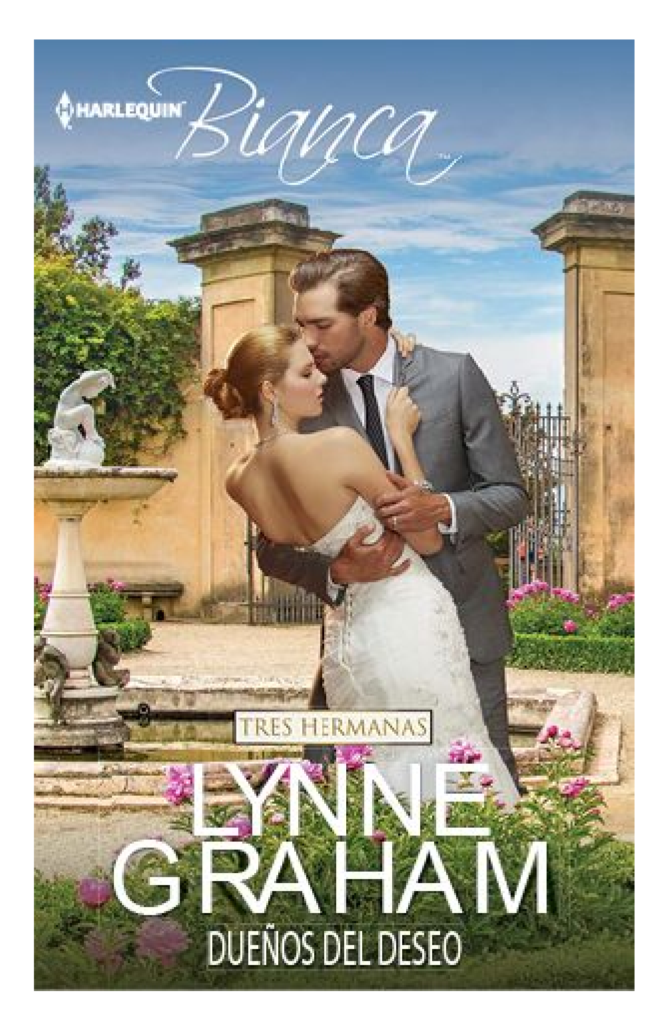
–Ellie te impresionó con esa charla, ¿no?

–Ellie sabe cómo conseguir que un hombre se sienta un irresponsable –contestó Jax–. No volveré a ser irresponsable contigo, pero no se lo digas a ella.

–No se lo diré, te lo prometo –Gemma le acarició el mentón–. Te amo, Jax Antonakos, te amo mucho.

En ese momento, él estaba ocupado con otras cosas y no podía hablar, pero Gemma captó la pasión y la necesidad en sus ojos color esmeralda y eso le bastó. Reconocía a un hombre bueno en cuanto lo veía, y se abrazó a él con fuerza porque le hacía muy feliz.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




HQN™
SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN
Atardecer en Central Park
"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio…El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón…Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

Cómpralo y empieza a leer

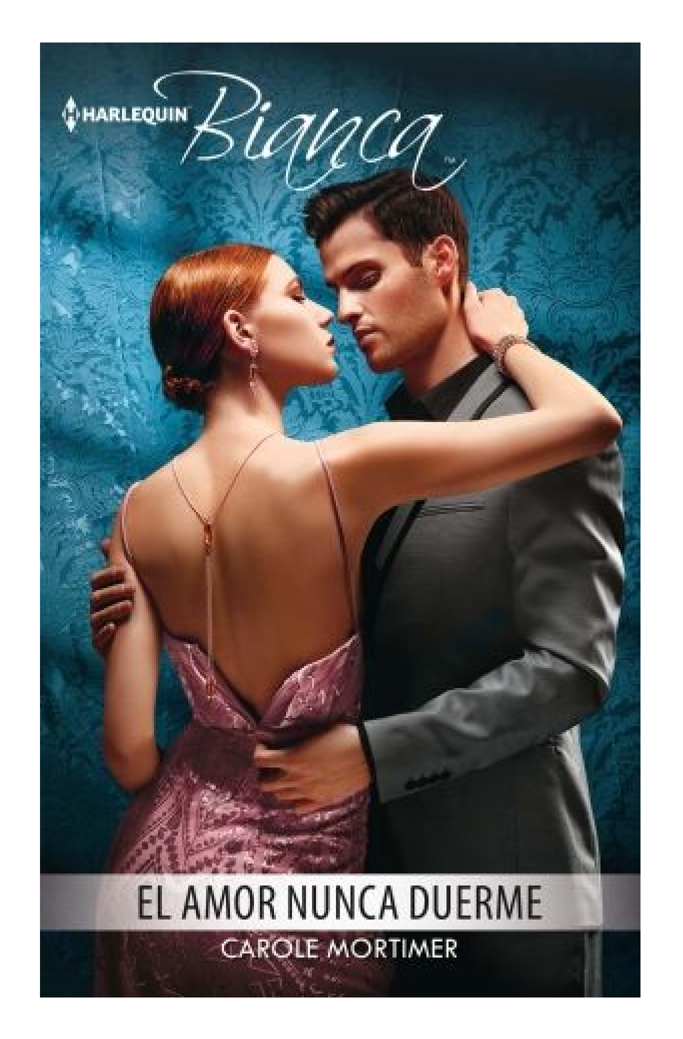

HQN™
Autora best seller de The New York Times
SUSAN MALLERY
Lo mejor de mi amor

Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan
9788491881469
352 Páginas

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo?Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes… y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo.A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca
EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole
9788491881360
160 Páginas

Durmiendo con el enemigo…A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería…. ¡dispuesta y anhelante en su cama! Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él… pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos…

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca
EMBARAZO
INESPERADO
LYNNE GRAHAM
LEGADO DE LÁGRIMAS

Legado de lágrimas

Graham, Lynne
9788491707271
160 Páginas

Una chica inocente…Tia Grayson no había salido nunca del convento brasileño en el que vivía, hasta que Max Leonelli fue a buscarla con la sorprendente noticia de que era la heredera de una gran fortuna en Inglaterra, y la hizo arder de deseo con tan solo tocarla.Un multimillonario…El abuelo de Tia quería casar a su protegida con su heredero, pero Max no era de los que se casaban. Hasta que la belleza de Tia hizo que reconsiderase su decisión.¿Y un bebé?Max debía llevar a Tia a casa, pero la atracción era tan fuerte entre ambos que no pudieron resistirse a una noche de placer. La posibilidad de que esa noche hubiese tenido consecuencias dio a Max la oportunidad perfecta de convencer a Tia de que se casase con él.

Cómpralo y empieza a leer


HQÑ
EN LA MÁS ALTA TORRE
Marisa Ayesta

En la más alta torre

Ayesta, Marisa
9788491708629
277 Páginas

El rencor y las ansias de venganza se desvanecen con la fuerza del amor.Manuel Ángel Segarra ha nacido en un barrio obrero, ha pasado por la cárcel y ha sido capaz de construir un imperio empresarial que dirige desde la Torre Espacio, una de las cuatro torres del Parque Empresarial creado en el Barrio de La Paz en Madrid. Sin embargo, no olvida a los que le pusieron la zancadilla en sus comienzos. Cuando descubre que Marta Sánchez de Prada, una de las culpables de que él acabara entre rejas, es empleada en su compañía, decide que ha llegado el momento de hacer justicia.Marta Sánchez de Prada ha entrado a trabajar en la multinacional Segarrax falseando su curriculum. Cuando Mángel Segarra, el dueño de la empresa, le proponga que finja ser su novia para evitar el despido, aceptará sin saber que el mayor objetivo del empresario es vengarse de ella por un hecho del pasado.

Cómpralo y empieza a leer